

LA FIESTA QUE LO COMENZÓ TODO

—...y Kiara le dijo a Justin, que le dijo a su amigo, que se enteró por su primo, que supo por mi vecino, que hay una fiesta —terminó de narrar Rose, a la vez que guardaba sus cosas en el casillero.

—Aún no sé a dónde quieres llegar al hablarme de ese complicado círculo de chisme, pero sea lo que sea perdiste mi atención —comentó Annabella con un leve tono sarcástico acompañado de una sonrisa.

Jamás fue una chica de fiestas, pero debía admitir que tampoco le desagradaban. El problema no era ir a la casa de un desconocido del cual ninguna había oído hablar, sino que radicaba en el hecho de ir exclusivamente con Rose y no con otro de sus amigos. Rose era simpática, se hacía llamar a sí misma la mejor amiga de Ann, pero eso no evitaba que en cada fiesta fingiera que no la conocía para irse con los más populares. De cualquier modo, prefería quedarse leyendo un libro en vez de aguantar a los borrachos sola.

—Vamos, ¡esta fiesta va a ser la mejor de todos los tiempos! —exclamó la exaltada pelinegra.

—Es lo mismo que dijiste en Halloween; justo tres horas después estaba sujetando tu cabello mientras vomitabas los ositos de goma con vodka —cerró su casillero y comenzó a caminar con una sonrisa en sus labios, recordando lo gracioso que fue ese momento.

Rose la miró con un poco de fastidio, pensando lo aburrida que era a veces. Cerró su casillero con fuerza y comenzó a seguir a la morena sin detenerse a discutirle, pues sabía que iba a terminar aceptando de una forma u otra. El timbre de la escuela sonó, lo que claramente significaba que tendrían que separarse para ir a clases. Ann exhibía una mueca de fastidio, sabía que su siguiente tortura sería ir a la clase de «La Fósil», como era llamada por muchos, y tendría que sufrir de su nulo conocimiento sobre matemáticas. No le dio muchas vueltas a la idea de hacerse la enferma para no asistir, por lo cual se resignó a despedirse de Rose y caminar tranquilamente a su sala.

La verdad lo comenzó a meditar un poco. Hace tiempo que no iba a una fiesta y necesitaba comenzar a socializar un poco más con las personas que veía casi cinco días a la semana, pero que no sabía ni sus nombres.

Al entrar, notó que la mayoría de los asientos ya estaban ocupados y que el único que quedaba era, para su suerte, al lado de un chico con el cual compartía una que otra palabra en clases anteriores. Sin dudarle, se sentó a su lado, y recibió una sonrisa simpática.

—¡Miren a quien tenemos aquí! Es la señorita cero a la izquierda —le guiñó un ojo a la Ann para molestarla.

—Oye, que sea mala en matemáticas no significa que no entienda esa expresión —rio un poco y comenzó a sacar sus materiales.

El chico era simpático y parecía una buena persona, tanto así que incluso a Ann le apenaba un poco no recordar su nombre.

—Oye, ¿oíste sobre la fiesta antes del campeonato? —habló el chico con tanta, o más, emoción que Rose anteriormente.

—Sí, pero la verdad es que no me llama mucho la atención —la chica se encogió de hombros—. Ni siquiera sabía que el equipo de básquetbol había llegado a las finales hasta que una amiga me lo dijo.

—Dejando de lado tu falta de entusiasmo por Los Halcones, deberías ir conmigo para divertirte y saber más del equipo.

No estaba coqueteando y ella lo sabía, pero tenía que admitir que él tenía lo suyo y en más de una ocasión lo vio besuqueándose con alguna chica en una esquina oscura, así que no veía muchas posibilidades de que fuera gay y solo se estuviera imaginando las miradas que de vez en cuando le dedicaba. Era atractivo, sus ojos eran de un azul intenso, y su cabello café claro parecía tan suave que te daban ganas de pasar tus manos por él. No obstante, no era el tipo de Ann porque, según ella, sus facciones eran un tanto infantiles.

—Sabes que mi respuesta va a ser *no* hasta que encuentre una razón válida para ir —le dio un ligero golpe en el hombro—. Cambiando de tema, ¿podrías decirme tu nombre?

—Llevamos de compañeros desde hace un año... y no sabes mi nombre —afirmó para sí, creyendo en parte que la chica estaba jugando con él.

Si de casualidad Ann hubiera nacido con un toque de delicadeza, feminidad, o un filtro verbal; se habría detenido a pensar en una forma más adecuada para preguntarle algo tan importante en una relación amistosa. No era su culpa que la única vez que él le dijo su nombre no le prestara suficiente atención. La morena le dedicó una media sonrisa, como de esas que el hombre del clima que veía cada mañana usaba para fingir que le agradaba su trabajo, y antes de sopesar en decirle que no era ningún tipo de broma de mal gusto, la profesora entró a clases y dejó caer el libro que traía con fuerza sobre la mesa. No existía motivo para llamar la atención de sus alumnos con tal acto, pero ella creía que así se ganaba la «intimidación» y el «respeto» de sus alumnos; dos palabras que costaba poner juntas en una oración sin que sonaran a algún tipo de tortura y/o extorsión.

Según Annabella, no podía culparla de ser una amargada cuando toda la escuela sabía que se enrolló con el profesor de Castellano; dejando el rumor de que se juntaban cuando ninguno de los dos estaba en clases y terminaban en el escritorio de la directora. La alumna que «los vio primero» fue nada menos que Megan Benson, quien lanzó un chillido que alarmó a la secretaria de la directora, a los maestros, a los alumnos y al pequeño conserje: Willy. Después de eso, los rumores insólitos se esparcieron como alcohol en una fiesta y la reputación de la profesora se conocía hasta en los colegios del otro lado del país; dejándola atrapada en este lugar con la vigilancia de la directora, y sabiendo que ningún colegio la contrataría a no ser que se cambiara el nombre.

Resumiendo todo eso: se desquitaba con los alumnos, a pesar de que eso pasó hace tres años, y quien más sufría era Ann.

La chica se irguió en su asiento y respiró profundamente, esperando que esta vez sí entendiera al menos todo lo que se explicaría en clases.

«Bien, si logro entender una sola palabra de lo que diga no estaré tan mal y podré saber que al menos pasaré el examen por los pelos», pensó, siendo pesimista desde un principio.

—Jasper —susurró el chico a su lado, aprovechando que «La Fósil» se había volteado.

Jasper era un lindo nombre para el chico. Abrió su cuaderno y le sonrió de lado, para hacerle entender que esta vez sí lo había escuchado. El chico pareció contento con su respuesta, y no la volvió a molestar de ninguna forma.

Media hora después se estaba lamentando por haber desviado la vista al patio durante diez segundos, ya que sin darse cuenta había perdido el delgado hilo de la clase. Todo lo que escuchaba no lo entendía, y lo que había comprendido antes no hacía más que confundirla con la materia de ahora. Resignada después de estar el resto de la hora tratando de encontrar sentido a lo que había en la pizarra, dejó caer su lápiz sobre el cuaderno con apuntes mientras gritaba internamente lo mucho que odiaba ser un cero a la izquierda en Matemáticas.

«De acuerdo, aún tengo oportunidad si busco en Internet la materia que estamos pasando», trató de subirse el ánimo, un tanto desanimada por no comprender de nuevo.

El timbre sonó y la profesora, como habitualmente hacía, dejó unos ejercicios pendientes que serían revisados el lunes de la semana siguiente. Tomó sus cosas y salió apresuradamente de clases, aliviada de que era hora del almuerzo y que hoy era viernes de pizza.

Suspiró mientras caminaba por el pasillo cuidadosamente. Se escuchaban los cotilleos de los adolescentes sobre la fiesta de hoy, cosa que no hacía más que molestarla, pero reconsideró la idea de ir porque al parecer le estaban dando señales del cielo o algo parecido. Sumida en sus pensamientos y paranoias, un cuerpo más alto que el de ella apareció por su lado y se encontró con la ancha, y perfecta, sonrisa de Megan Benson.

—Hola, mmm... Annabelle —le dijo sin sacar la sonrisa, creyendo que había acertado en el nombre—. ¿Pasarás por la fiesta de Derek?

Había muchas preguntas que quería hacerle a Megan en ese momento, algunas eran:

¿Cómo es que —casi— sabía su nombre?

¿Le estaba hablando a ella o era su imaginación?

¿Se había blanqueado los dientes o nació con genes perfectos?

—¿Es necesario que yo vaya a esa fiesta? —preguntó un tanto confusa, seguía sin fiarse de ella—. Por cierto, mi nombre no es ese.

La chica bajó un poco su sonrisa y puso una cara de confusión que al momento cambió nuevamente por la radiante sonrisa de antes y rio tontamente.

«Rara».

Megan era el tipo de chica que acaparaba toda la atención del pasillo, escuela, ciudad y, en especial, espécimen del sexo masculino. Si ella llegaba, la gente se abría y la dejaba pasar como si fuera una especie de celebridad que tenía alergia a la humanidad. Sus sólidos ojos azules se remarcaban en su rostro, sus labios rojos focalizaban toda la atención y ni hablar de sus curvas, que parecían sacadas de una modelo con buen Photoshop encima. Por otro lado, era una chica simpática, de promedio regular y un

dudoso límite en la tarjeta que su mami le dio. En otras palabras, la envidia de toda chica y el deseo de todo chico.

—Claro que sí, todo el mundo va a ir y tu... —su sonrisa perfecta vaciló por unos instantes—. Y tu novio, Alex, también debería ir.

Por un momento le dieron arcadas a la pobre de Ann, quien sintió como si le hubieran golpeado fuertemente en el estómago con un bate de béisbol. Trató de recomponerse, pero el mero pensamiento de ella besándose con Alex le provocó un escalofrío tremendo.

—No es mi novio, no tengo ninguna relación con él a menos que sea necesario —respondió, diciendo en parte la verdad—. Ahora, me encantaría continuar esta charla contigo, pero me estoy perdiendo la oportunidad de tener un buen y grasiento trozo de pizza entre mis dedos. Adiós.

Le hubiera gustado decir eso último, pero decidió guardárselo para sí misma porque no quería meterse en problemas con uno de los peces gordos del lugar. Se quedó quieta ignorando la felicidad que parecía haberle provocado su confesión a Megan, quien estaba siendo llamada desde el otro lado del pasillo.

—Bueno, pero si tú vas supongo que Alex también irá... Así que espero que vayas si puedes —se despidió con la mano y parecía más alegre de lo que Ann creyó posible.

Comenzando a creer que de verdad ir a la fiesta era su destino o algo parecido, retomó su camino al comedor de la escuela. Olía el aroma a queso y orégano desde lejos, por lo cual no pudo evitar el apurar el paso y que se le hiciera agua a la boca cuando entró al lugar donde todos los grupos de la pirámide escolar se juntaban.

—¡Ann! —la llamó una voz masculina a su espalda que le generó un desagrado notable. Al inicio, fingió que no la había escuchado, pero no tuvo escapatoria cuando una mano le tomó el antebrazo. Puso los ojos en blanco y se volteó. Se trataba de Alex que la miraba con una sonrisa que significaba algo bueno para él y algo malo para ella. Observó la fila para recibir la porción de pizza con añoranza, pero no luchó contra el chico que la jalaba de nuevo al pasillo.

—Sea lo que sea que quieras, no —respondió Ann con mal humor.

—Sabes que siempre obtengo lo que quiero —Alex la soltó cuando estaban lejos de la mayoría de los alumnos—. Necesito que me acompañes esta noche a la...

—Atrévete a decir algo sobre la fiesta de hoy y te juro que no seré tía en el futuro.

—Como bien sabes que soy el responsable de la familia... —la ignoró Alex, con la típica introducción al discurso que decía desde que su madre había entrado a trabajar en el hospital—, hoy tengo una fiesta y no podré dejarte sola en casa. Tienes que acompañarme o mamá literalmente me colgará del árbol. Sabes cómo son sus castigos.

Si Ann no había tendido su cama al día siguiente y como por acto de magia su móvil aparecía sostenido con cinta adhesiva en el techo de su adorado hogar. ¿El problema? Ann apenas si alcanzaba el metro sesenta y, para variar, la escalera se encontraba en el entretecho.

—¿No sería más responsable de tu parte no ir a la fiesta y quedarte en casa conmigo? —Ann sonrió con superioridad, esperando que su hermano perdiera toda esperanza.

—Entiéndeme, tengo que ir porque es la fiesta antes del campeonato. —Alex inclinó la cabeza a un lado, fingiendo ser un cachorro adorable.

Era la peor excusa del mundo, ambos lo sabían, pero aún así ella sabía que no perdía

nada al ir o no. Sus opciones eran quedarse en casa a leer y comer frituras, o ir a la fiesta y aprovechar la comida chatarra que siempre estaba a su alcance. De cualquier modo acabaría comiendo y echada en algún sofá. Quizás podría conocer a algún chico que fuera su tipo.

—Como me dejes sola, Alexander —comenzó a amenazarlo Ann entre dientes. Alex era bastante responsable cuando se lo proponía, y otras... bastante imbécil. Todo dependía de qué humor estaba. Su hermano sonrió y sus ojos se achinaron.

—Te estaré vigilando como si mi vida dependiera de ello —se acercó y le aplastó los labios en la frente en un gesto molesto—. Eres mi hermanita preferida, gracias por aceptar.

Alex se fue con una sonrisa ganadora.

—¡Soy tu única hermana, idiota! ¡Y no he aceptado nada, no te acompañaré! —gritó a espaldas de su hermano, mientras él la ignoraba.

Ann se tragó sus propias palabras.

Estaba parada frente a una casa repleta de personas, esperando a su hermano que había olvidado el celular en el auto que compartía con su madre de vez en cuando. A estas alturas, Ann ya estaba dudando sobre su promesa de *te estaré vigilando como si mi vida dependiera de ello* y no creía que fuera capaz de vigilarla toda la noche como un halcón sobre su presa. Por irónico que sonara.

—Perdón por la demora, estaba tirado en el piso —Alex volvió a su lado tranquilamente, sin notar la mirada de fastidio que su hermana le dedicó.

Ambos comenzaron a caminar en dirección a la puerta de entrada a la propiedad del que organizó la fiesta. Ann con un poco de nervios y ganas de volver a casa, y Alex esperando a que Félix estuviera ahí para retarlo a la «carrera del borracho» como le llamaban a un juego que ellos habían puesto de moda.

Un chico estaba recibiendo a las personas que entraban por el portón, dándoles algo que Ann no podía observar desde esa distancia. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, notó que se trataban de preservativos.

—¡No sean tímidos, la protección es primero! —exclamó sin escrúpulos. Como si estuviera hablando de cepillarse los dientes.

Le entregó un paquete plateado a Alex y luego a Ann, quien lo aceptó más que nada por curiosidad que por planear usarlo. Antes de darse cuenta, su hermano se lo arrebató de los dedos y lo lanzó lejos de ahí.

—¿Era necesario hacer eso? —preguntó un tanto divertida por su acción—. ¿No sería mejor que los tuviera conmigo?

—Nah, sé sobre tu condición virginal y que no te entregarías así de fácil porque voy a estar ahí para alejar a los imbéciles —le sonrió de manera algo forzada.

—¿Y si ese imbécil fuera Félix? —no tomó en cuenta el condición virginal y trató de relajar el ambiente.

—Es diferente, es un imbécil conocido y no eres su tipo —sonrió de forma triunfal.

Ann hizo una pausa considerable, ya que le había encontrado la razón.

—¿Y si fueras tú? Según la mitad del instituto somos novios y la otra mitad dice que yo te sigo como perrito faldero —dijo con asco.

—Qué asco —su hermano puso una mueca—. Solo tienes que decir que somos amigos

de infancia, si supieran que eres mi hermana, mis fans y mis enemigos no dejarían de perseguirte.

—Egocéntrico.

Ann rodó los ojos pero no mencionó nada más después de eso. Se estaban acercando a la fiesta y pronto la chica notó lo grande que resultaba ser el lugar en comparación con su casa. Parecía ser una de esas casas donde se hacían las películas de vacaciones para millonarios, esas en las que todas las chicas están en bikini y la comida sale mágicamente de cualquier parte. La música parecía hacer temblar los vidrios de la casa y los gritos de euforia, desenfreno y diversión atraerían a cualquier persona que buscara pasar un buen rato.

—¿Ann? —dijo su mejor amiga, pasando por su lado.

Ann puso los ojos como platos, ¿en serio esa era Rose? Traía una playera que tenía un escote en forma de corazón, por lo cual los chicos se quedaban con ganas de jugar ¿Hay o no hay sujetador?, y unos shorts que bien podrían quedarle pequeños a una chica de 9 años. La mirada de Rose pasó directamente a Alex y comenzó a comérselo con la mirada sin ningún tipo de vergüenza.

No había alguien en el mundo que pudiera negarlo. Alex era guapísimo. Su sonrisa era perfecta, sus ojos eran de un café oscuro haciendo que su pupila no se notara. Le ganaba por un poco más de dos cabezas a su hermana y estaba bastante preocupado por su condición física. Más de alguna chica se había acercado a Ann para preguntarle si era su novia, incluso amenazándola; pero ella siempre lo negó sin dar muchos detalles. La razón de este anonimato era fácil: no quería llamar más la atención.

Falsas amistades, auto-invitaciones a la casa de ellos, salidas que debían incluir a su hermano... Se volvió tan normal que eso pasara cuando tenía 12 años que terminó dejando de decir que Alex tenía parentesco con ella. Finalmente, cuando se cambiaron de instituto en secundaria, ella dejó de juntarse con él y comenzó a tener algunas amistades que no tenían idea de lo que ellos eran. Al menos fue fácil después de que tuvieran apellidos diferentes gracias al divorcio de sus padres.

Actualmente, nadie, excepto Félix y Rose, sabe que son hermanos y es mejor así.

—¡Oh, parece que Alex te está acompañando en esta ocasión! —habló con falsa sorpresa.

Pronto comenzaron a hablar de cosas del equipo y las finales, por eso, poco a poco, Ann se iba quedando más de lado en la conversación a medida que esta avanzaba. Se alejó de ambos, con cuidado de no alarmar a su hermano, en busca de algo para beber y la mesa donde podría encontrar algo para llenar su estómago. No sabía dónde estaba exactamente, pero supuso que la cocina no estaba lejos ya que los adolescentes solían juntarse donde pudieran mantener las cervezas frías y el hielo a mano. Un chico ebrio que no había considerado su límite de alcohol se apoyó en el hombro de Ann por accidente, siendo que en un principio iba a caer al piso por su incapacidad de mantenerse en pie, y ella lo miró con sorpresa y diversión al notar que se trataba de Jasper. El moreno pudo apoyarse en ambos pies, pero aún así tomó a Ann por los hombros como si se conocieran de toda la vida.

—¡Ann! —exclamó él con alegría. Olía a cerveza, demasiada—. ¡Viniste!

No tenía la intención de contestarle de manera sarcástica su último comentario, desaprovechando su oportunidad de hablar con alguien normal y no quedarse sola de nuevo. Le sonrió de medio lado y no se liberó de sus manos, mandando un poco su falta

de diversión a lo más lejos de la fiesta.

—¡Sí, al final me convencieron! —habló un tanto más alto que la música.

Después de eso Jasper le invitó una cerveza y comenzaron a hablar de cosas triviales de las cuales probablemente el chico no se acordaría a la mañana siguiente. Después de la segunda botella de cerveza, Ann se sentía un poco más risueña y atrevida, en el sentido de confianza, por lo cual ya no le costaba hablar con esos desconocidos.

La charla que se mantenía fue interrumpida por el sonido de golpes en un micrófono, acompañado de los ruidos de un chico tratando de subirse a la mesa de la sala. Cuando estuvo arriba, la mayoría de los adolescentes de la fiesta comenzaron a aplaudirle mientras él hacía torpes reverencias, así que no fue difícil saber quién era el que organizó todo.

—¡Pongan atención! —comenzó a hablar. Era aquel que le ofreció preservativos en la entrada a ella y Alex—. ¡Eh, gilipollas, ponme atención y cállate! —señaló a alguien entre la multitud.

La fiesta quedó en silencio poco a poco, solo siendo interrumpida por los típicos payasos que comenzaban a gritar obscenidades y cosas sin sentido. Cuando el que se hacía cargo de la música empezó a bajar el volumen hasta que no quedara rastro mínimo de sonido, el rubio sobre la mesa se aclaró la garganta y una sonrisa de comercial para dentífrico apareció en su rostro.

—Estamos aquí para celebrar que nuestro equipo ha llegado a la final, ¿no? —un par de gritos y aplausos se escucharon en el lugar. Los silenció rápidamente—. Pues esto no sería posible sin nuestro querido capitán —dijo *querido* con un leve toque de sarcasmo. Algunas chicas suspiraron. Ann estaba tratando de ponerse en puntas para mirar mejor al chico que estaba gritando, pero lo único que lograba era obtener un poco de cabezas que afectaban su visión—. ¡Chicas, sostengan sus bragas y denle la bienvenida a Peter Harrison!

Si estuvieran en una obra de teatro, probablemente en ese instante una luz se habría instalado en la cima de las escaleras, donde un chico bastante apuesto alardeaba de forma un tanto juguetona. No había que ser un genio para notar que ese era el capitán del equipo de básquetbol de su hermano, ni tampoco para ver su atractivo que solía llamar la atención de muchas chicas. Comenzó a bajar la escalera como una celebridad y Ann pensó que quizás había practicado mucho antes de realizar su presentación.

«Parece que le gusta llamar la atención, pero es guapo», admitió Ann en su mente.

Peter Harrison era conocido por la mayoría de los estudiantes de su escuela, pero eso no iba de la mano con su personalidad. Pocos lo conocían de verdad y aquellos que intentaban acercarse a su círculo de amistades, normalmente se quedaban fuera de alguna forma u otra. Ann sabía que sus mejores amigos eran nada menos que Alex y Félix, los cuales eran el trío más buscado por las chicas.

Y hablando de chicas, tenía más de una interesada en él, y había salido con varias a pesar de que aún tenía más años para coquetear en el futuro. Como siempre, le encantaban las piernas largas y una pequeña conversación antes de la acción.

Los demás miembros del equipo le daban palmadas en la espalda y algunos le revolvían las ondas salvajes del cabello. Ann lo veía desde una distancia prudente, tomando de vez en cuando sorbos de su botella medio llena. Antes de darse cuenta ya se había volteado hacia la cocina para ir a buscar algunas papas, ignorando el escándalo que armaron las chicas a su lado.

—¡Gracias, gracias! —en algún minuto, Peter había tomado el micrófono que antes tenía el anfitrión—. Aunque debo admitir que el mérito no es solo mío, ¡sino de todos los jugadores! —las personas aplaudieron, gritando *Halcones* como si se tratara de alguna nueva secta—. Incluso gracias a ti, Derek, por estar apoyando desde la banca —no había mala intención en esas palabras, pero eso no evitó que el nombrado mostrara una sonrisa bastante forzada en sus labios.

Ann terminó de escuchar atentamente hasta ahí, porque lo demás que el capitán estaba diciendo no le parecía más que un discurso de campaña presidencial. Le estaba comenzando a doler la cabeza.

Al otro lado de la casa, Alex se encontraba riendo con Félix sobre una anécdota de hace años; ajenos a la escena que el capitán del equipo y uno de sus mejores amigos estaba haciendo.

La mirada de Megan no se alejaba de él en ningún momento, en espera de que Alex se dignara a siquiera notarla. Él no era idiota, sabía interpretar las miradas que le estaba dedicando perfectamente pero no se atrevía a dar el primer paso. Megan le había gustado desde que se cambió de instituto, pero a pesar de que su ego, confianza y popularidad lo ponían en una ventaja bastante notable con el sexo femenino, era alguien que no sabía si la chica de sus fantasías lo tomaría en cuenta. Era una tontería, pero a pesar de que hasta sus amigos le decían que se atreviera, él simplemente no lo hacía.

Una verdadera pena.

—Alex, sabes que te está mirando y que esas piernas te llaman a gritos —susurró Félix en su oído.

Alex volvió a pasar su vista disimuladamente por el cuerpo de la morena, quien se encontraba riendo con la mejor amiga de Ann. Literalmente, esas piernas lo llamaban a gritos y su sonrisa no hacía más que distraerlo de la realidad en la que se encontraba.

—Debe haber una trampa, no puede ser tan fácil como con otras chicas —Félix miró con reproche, como cada vez que daba la misma excusa pobre.

Su mejor amigo sonrió con complicidad y se tronó los dedos para fingir un aire más profesional; como en las películas. Alex lo observó con horror y un tanto de diversión, porque sabía que cuando el rubio hacía ese gesto era que algo malo pasaría.

—¿Porqué no jugamos a algo, chicas? —habló lo suficientemente alto para que Megan se diera cuenta de lo que decía. Ella se volteó y Alex no pudo evitar guiñarle un ojo en signo de complicidad.

No era tan mala noche, después de todo, pero sentía que se había olvidado de algo importante.

—¡Me dejaste solo! —lloriqueó Jasper, por tercera vez.

—Lo sé, estabas distraído babeando por el capi de Los Halcones —dijo Ann en broma.

No iba a echarle en cara que recién se había dado cuenta de su huida, cosa que había pasado hace quince minutos más o menos, pero decidió que tampoco debía decirle algo después de que no le importaba el quedarse sola o no.

—Yo no babeé por él; yo aspiro a ser como él —sonrió con orgullo.

—¿Bueno en el básquetbol? —habló con un leve tono de sarcasmo.

—Bueno bajando bragas —le sonrió de forma coqueta y ella lo empujó colocando una mano en su cara.

—Voy a buscar más papas, ¿quieres algo? —apuntó su cerveza y Jasper le agradeció, pero negó de todos modos.

Se volteó para irse y conseguir algunos bocadillos para ella, pero en medio del camino entre la multitud alguien le golpeó en la cabeza con un bolso de mano. Un tanto aturdida y algo sorprendida, trató de identificar quien era la persona que había aumentado su dolor de cabeza que ya traía de antes, y se encontró a una rubia que medía más que ella. Parecía alguien con la que no te gustaría meterte, pero Ann tenía el don de no medir lo que decía.

—Oye, no me interesa por qué traes un bolso como ese a una fiesta, pero al menos discúlpate por lo que hiciste —dijo con un tono desagradable.

Antes de que la rubia pudiera mirarla mal, alguien masculino se interpuso entre ella y su atacante. Era más alto que Ann y le resultaba ligeramente familiar.

—¡Oye!, ¿ese es Peter? —preguntó el chico con falso tono de asombro.

La rubia y sus amigas voltearon rápidamente en la dirección que había apuntado, y él aprovechó la oportunidad para jalar a Ann lejos de ahí. Cuando estaban a una distancia prudente y detuvieron su huida, se dio cuenta de que quien la salvó era Derek, el anfitrión de la fiesta.

—Eso debió doler —le sonrió en forma de disculpa—. Perdona mi actitud de antes, quizás buscabas pelea, pero tengo que evitar que alguien resulte herido por temas del seguro.

—No te preocupes —«de cualquier modo no buscaba pelea. Gracias por nada», pensó y agregó—: No tendrás algo para el dolor de cabeza, ¿o sí?

Derek le indicó que fuera al baño de la segunda habitación a la derecha de la escalera, el baño de sus padres. Ann se despidió de forma algo pobre con un gesto de su mano, y rápidamente comenzó a subir las escaleras con cuidado de no llamar la atención de la rubia que se encontraba a unos metros de ella. Era increíble como todo su buen humor estalló por tan simple cosa, pero supuso que se estaba reprimiendo desde la mañana.

Ya lo había decidido, después de encontrar aspirinas se iría a buscar a Alex y lo sacaría de la fiesta a la fuerza si era necesario. Subió las escaleras lo más rápido que le permitían sus piernas, y encontró la habitación de los padres de Derek sin mucho esfuerzo. Se llevó una sorpresa cuando notó que la puerta del baño estaba cerrada con llave, lo cual no hizo más que aumentar su dolor de cabeza. Tocó la puerta reiteradas veces, pero como nadie contestó, pegó la oreja a la madera, solo para comprobar si había una persona —o dos— adentro. No se oía nada. Pensó en la idea de bajar de nuevo y pedirle la llave a Derek, pero no tardó en darse cuenta de que la cerradura era igual a la que había en su habitación. En otras palabras, podía abrirla con una moneda.

Agradeció tener cambio suelto en su bolsillo, metió la punta de la moneda en la cerradura y la movió hacia la derecha, logrando que se abriera con éxito. Entró sin siquiera pensar en lo que hacía, y cerró la puerta para disminuir la música que se oía más insoportable que nunca. Suspiró con fuerza y se hincó para comenzar a registrar el mueble que estaba debajo del lavado, con la esperanza de que algo le saliera bien.

—Debo suponer que no eres Derek porque me habrías echado enseguida, pero si quieres saber, las drogas no están aquí —comentó una voz que provenía de la bañera, por lo cual Ann chilló un poco y cayó de trasero.

—¡Mierda! —se quejó por la sorpresa y el frío del piso.

Comenzó buscar alguien más en el cuarto y notó por primera vez que unas piernas sobresalían de la bañera, justo donde estaba la llave del agua, mientras que el resto del cuerpo se encontraba detrás de la cortina. Calmó su respiración, se sentó en sus rodillas y se dispuso a encarar al misterioso de la bañera, pero este habló primero.

—¿Cómo entraste? Juraría que había cerrado con llave para que nadie me molestara —habló con un poco de curiosidad.

No estaba obligada a responderle, pero pensó podía hablar con él por un rato y luego irse sin decirle nada al misterioso chico. Se acomodó sobre la alfombra sin dejar de estar alerta a cualquier movimiento sospechoso y volvió a su primera tarea, buscar las aspirinas.

—Sé cómo abrir esa cerradura, en realidad sí habías cerrado —habló normalmente, pero aún no sabía si hablar con él era una buena idea.

—¿Estás robando la casa? Mmm... No suena mala idea robar en medio de una fiesta, casi nadie lo notaría —parecía que en verdad lo estaba meditando, cosa que no hacía más que darle mala espina a Ann.

—No soy una ladrona, solo quiero conseguir aspirinas y evitar que mi cabeza estalle.

—Vaya, y yo que pensé que alguien más le aburría la fiesta y se había convertido en un bicho raro como yo —habló con fingida pena.

Ann no volvió a hablar por unos instantes, ya que parecía que no existía otra razón para que intercambiaran más palabras. El dolor de cabeza no era tan fuerte como antes, pero seguía sin encontrar las aspirinas y eso la comenzó a sacar de quicio.

—Oye, ¿sabes dónde puedo encontrar aspirinas? —le preguntó finalmente a la cortina que se interponía entre ellos.

—No tengo la menor idea, acabo de llegar y no tenía como misión buscar medicamentos —parecía estar pensando en otra cosa cuando dijo eso—. Pero si quieres aquí tengo hielo, eso podría ayudar —el desconocido asomó su mano por debajo de la cortina.

Ann estaba confundida por el hecho de que tenía hielo en una bañera, pero no lo pensó mucho y tomó lo que él le estaba ofreciendo. No tenía claro si el hielo podría ser contaminado con algún tipo de droga o algo, así que con algo de duda apoyó la bolsa sobre su cabeza y frente. Suspiró de alivio cuando el frío calmó su dolor, y cualquier mal pensamiento se esfumó rápidamente.

—Gracias —se apoyó en la pared y cerró los ojos.

—¿Te sentías así por la fiesta o...?

—En parte. La fiesta ya me estaba aburriendo y cuando iba a buscar comida una rubia ruda me golpeó con su bolso —hizo una mueca infantil—. El dueño de la casa me salvó de un escándalo y terminé aquí, hablando con una cortina y con hielo en la cabeza —sonrió un poco al oír la leve risa del chico al otro lado—. ¿Por qué razón trajiste hielo contigo a la bañera?

La curiosidad le había ganado una vez más, e ignoró lo bien que sonaba la risa del chico cortina. Era masculina y algo ronca, pero eso no le quitaba un cierto encanto juvenil que le sonaba ligeramente familiar.

—Como te dije anteriormente, llegué hace poco. Eso explica el porqué no se ha derretido todavía —hizo una pausa—. Y la razón de tenerlo es simple; una chica me golpeó con fuerza en los bajos, así que usé ese hielo en mis...

—¡Eugh...! —se quejó Ann antes de dejarlo terminar, soltando la bolsa de golpe y alejándola con un movimiento brusco.

Las carcajadas del chico cortina no tardaron en producirse, cosa que al principio molestó a Ann pero terminó uniéndose a él en poco tiempo. Si previamente había tensión o dudas por parte de ella, ahora no quedaba ni un rastro de esa sensación. El ambiente se había vuelto tan agradable con tan pocas palabras que ya ninguno recordaba la fiesta que había afuera, ni la razón por la cual él seguía en la bañera y ella sentada sobre la alfombra.

—¿Crees que la chica con la que estaba antes es la misma que te golpeó? —preguntó el chico con un tono animado.

—Quizás, de ese modo podría lanzarle la bolsa de hielo a la cara en modo de doble venganza —rio un poco y abrazó sus rodillas—. Claro que no me habría pasado eso si mi hermano no me hubiera dejado sola en primer lugar.

—Dejar sola a una dama inofensiva, yo jamás haría eso si fueras mi chica —habló en tono coqueto, pero se notaba que no iba en serio.

Ann no pudo evitar rodar los ojos con diversión ante eso. O este chico estaba desesperado por una conquista, o simplemente no tenía en cuenta la cantidad de cosas que podrían salir mal con ella alrededor.

—No deberías decir eso, podría ser una mujer mitad perro que está a punto de atacarte —fingió ladrar y su acompañante se rio sin poder evitarlo—. Aunque yo debería preocuparme; en una de esas eres un perverso que ataca a sus víctimas en la bañera.

—Tranquila, hoy es viernes y mi día de atacar personas en una bañera son los sábados y domingos.

—Pero hace mucho vi que eran las doce de la noche —Ann sonrió inevitablemente—. Así que estoy en peligro, ¿no?

—Sí, pero como me pareces agradable fingiremos que aún es viernes —comentó con un tono que le pareció muy gracioso a Ann.

Así pasó el tiempo; hablando sobre tonterías y cosas que mucho sentido no tendrían para otras personas. Ella supo que el chico de la cortina odiaba el sushi, las polillas y que prefería salir con sus amigos a estar en una fiesta. Él le prestó atención a sus disparates y a sus gustos raros: como el leer con los pies en la pared, su obsesión con la crema de avellanas, y que andaba en cualquier cosa que tuviera ruedas (excepto un auto o motocicleta). La conversación algunas veces contenía un coqueteo por parte de él y una respuesta sarcástica por parte de Ann, cosa que parecía divertir en cierto modo a ambos. Chico C —como comenzó a llamarlo— seguía teniendo una voz bastante familiar y a cada minuto que hablaban le daba más curiosidad saber quién era la persona detrás de la cortina.

«Quizás no lo conoces y en verdad es un perverso».

«Quizás es un hombre mayor».

«Quizás es un fantasma de alguien que murió en esa tina».

Dudas tan tontas como esas se hacían más presentes en la cabeza de Ann, por lo cual en algún punto decidió que ya era hora de ver de quién se trataba. Sus manos estaban temblando ligeramente en su regazo, cosa que no hacía más que ponerla nerviosa. Con cuidado de no llamar la atención de Chico C, que estaba contando una anécdota de sus amigos y él, se apoyó en sus rodillas y comenzó a gatear cerca de la bañera. Estaba

cerca cuando se detuvo y quedó en cuclillas, dispuesta a estirar su mano para tirar la cortina.

—¿Tienes curiosidad de cómo me veo? —preguntó la chica, sin poder darse cuenta de que sonaría más cerca que antes.

Hubo un silencio de parte del Chico C, ya que efectivamente se dio cuenta de que Ann estaba más cerca. En el fondo sí tenía curiosidad, pero no podía explicarse a sí mismo por qué no apartó la cortina cuando comenzaron a hablar. Sí, podría ser desde fea a resultar ser un chico con voz aguda. Lo último lo dudaba, ya que jamás existiría un hombre que pudiera imitar esa risa que le resultaba un tanto encantadora. Él estiró su mano un poco hacia la cortina, rozando con la punta de sus dedos el género.

—Un poco, no acostumbro tener citas a ciegas —sonrió, sin importarle que ella no lo viera.

—Esto no es una cita a ciegas, es una amigable charla entre... desconocidos.

Eso fue lo último que dijo Ann, justo un momento después se levantó un poco para poder quitar el género que los separaba. Como ambos lo hicieron al mismo tiempo, la cortina terminó cediendo por la fuerza del movimiento y se separó de las argollas que la sostenían del tubo. Todo pasó rápido, así que cuando Ann se dio cuenta de que gracias a su torpeza estaba cayendo hacia adelante, no tuvo más opción que apoyarse en la pared que estaba al otro lado de la bañera, con la cortina todavía en sus dedos. El Chico C, sorprendido por lo que pasó, se quedó quieto en su lugar notando cómo estaban más cerca de lo que había esperado para conocerse.

Fue un sentimiento extraño el que recorrió a ambos, y a la vez diferente. Ann tenía la boca ligeramente abierta y su cuerpo no estaba en una pose muy cómoda; tampoco sabía qué decir, porque esos ojos miel que la observaban con curiosidad y un tanto de diversión... sabía a quién le pertenecían, a pesar de que lo había visto de cerca con suerte tres veces en su vida. Era más claros de lo que hablaban las chicas.

Por otro lado, Peter no sabía cuánto tiempo llevaban viéndose a los ojos, solo podía notar que el color de los ojos de la chica eran algo que no había visto nunca antes. Su mente estaba en blanco, incluso olvidó que abajo había una fiesta donde tendría que volver a aparecer en algún momento. Quería hablar de forma sarcástica, con alguna broma, e incluso reírse del incidente que había ocurrido justo hace unos segundos; no pudo hacer nada de eso, así que contestó lo que pareció más claro en su mente:

—...verdes —fue la única palabra que salió de los labios de Peter Harrison.

Ann comenzó a balbucear cosas sin sentido, enredándose con las frases incompletas que se formaban en su cabeza.

«Mierda... ¡mierda! ¡Es Peter Harrison!», gritó su conciencia con pánico y emoción.

—Yo... yo —comenzó a decir, rompiendo el silencio que antes había—. Adiós.

Tomó la cortina con ambas manos y, sin pensarlo, mucho le lanzó el género en la cabeza al capitán del equipo de su hermano. Aún estaba impresionada, así que le costó unos instantes valiosos levantarse y abrir la puerta del baño para cerrarla a sus espaldas. Su corazón latía a mil y sus piernas se sentían extrañas por haber pasado tanto tiempo sentada, pero eso no evitó que comenzara a correr hacia las escaleras, evadiendo a las parejas a su lado.

—¡Espera! —escuchó un grito ahogado por la música y las paredes, lo cual no hizo más que apresurarla.

«¿Por qué su corazón latía tan rápido? Quizás era la adrenalina».

«¿Por qué huir de Peter Harrison de ese modo? No quería tener nada que ver con ese tipo de personas».

«¿Cómo llamarle a ese sentimiento de comodidad que había sentido cuando habló con él?», prefería no pensarlo.

Llegó al inicio de las escaleras, dispuesta a bajar cuando, una voz la detuvo de golpe y su vista se desvió hacia el final de los escalones. Alex y Félix estaban ahí, tomados por los hombros y sonriendo de forma bastante estúpida. Parecían, y estaban, ebrios.

Los sentimientos que estaba sintiendo Ann en ese momento no era más que un revoltijo; enojo por su hermano, miedo porque alguien llegara a su lado, ganas de salir corriendo... Incluso algo extraño en su pecho. Casi pisa el primer escalón para bajar, cuando una mano se cerró en su muñeca izquierda y ella se quedó paralizada por unos momentos antes de, por mero impulso, girar a la derecha y clavar su codo en la nariz de Peter. Era muy tarde cuando se dio cuenta de lo que había hecho, y también lo fue cuando trató de acercarse a él para disculparse y terminó pisando uno de sus pies. El chico de ojos miel, aturdido y sin saber dónde estaba, acabó dando un paso en falso. Cayó por las escaleras y pronto las personas, la música, las carcajadas e, incluso, el tiempo, se detuvieron. Por mera inconsciencia, Ann se quedó viendo cómo el chico estaba tirado en el piso y algunos trataban de hacer que reaccionara.

«Maté a Peter Harrison», pensó con horror.

—¡Peter! —fue lo primero que se escuchó justo después de que todos se quedaran en silencio.

Megan comenzó a abrirse paso entre la multitud que rodeaba el cuerpo de Peter en el piso, lo cual comenzó a generar murmullos y más de una persona que entraba en pánico ante lo que acababa de ocurrir frente a sus ojos. Alex no tardó en reaccionar y golpeó el hombro de Félix para que ambos se acercaran a ayudar a su amigo inconsciente.

Ann seguía en el mismo lugar donde estaba antes de noquear al capitán del equipo, dudosa entre correr o hacerse la valiente y bajar para prestar ayuda. La gente que se encontraba en la fiesta comenzó a huir en multitudes, excepto algunos que se quedaron grabando la escena y planeaban en secreto subirlo a Internet. Consideraron que no era buena idea levantarlo, así que después de revisar que seguía respirando y que no tenía ningún tipo de herida, un chico llamó a una ambulancia.

—¡Peter! —chilló Megan al lado del inconsciente de Peter—. Dios mío, ¿Peter? Peter, ¿estás bien?

Ann consideró que la pregunta era bastante tarada, pero en el fondo sabía que no podía aspirar a más por parte de Megan.

No sabía qué hacer, seguía observando cómo Alex trataba de despertar a su amigo, el cual por suerte parecía comenzar a moverse un poco. Había caído desde muy alto, pero aun así solo su nariz había comenzado sangrar, logrando que su mejilla estuviera cubierta de sangre.

Se sentía muy mal por lo que había hecho, y el sentimiento duró incluso a pesar de que Peter ahora estaba un poco más consciente, con Megan tomándolo del rostro y sonriéndole de manera aliviada.

Ann bajó el resto de las escaleras que le quedaban y recién notó que Derek estaba sacando a las personas de la fiesta con una calma casi envidiable. Félix estaba hablando

con alguien por teléfono y una chica se apresuró a tomar una foto con su cámara antes de irse, excusándose que era para el periódico escolar.

Ese fue, sin dudas, el peor viernes de Ann.

PETER HARRISON

ANN

Desperté tomando una gran bocanada de aire, teniendo como consecuencia el sabor de la colonia de Alex en mi garganta. De nuevo no encontré algo mejor que venir mi habitación, para después bañarse en colonia masculina y provocar que me despertara con el fuerte olor de la menta. Ya, con mal humor, traté de levantarme de la cama con cuidado de no pisar el pedazo de pizza que había quedado de ayer, pero las sábanas se enredaron en mis piernas y el cabello lleno de nudos me cayó en la cara al mismo tiempo que mi cuerpo impactaba en el piso. Probablemente si alguien estuviera viendo desde la puerta pensaría que está en pleno proceso de exorcismo... pero no. Solo era una mañana común y corriente para Annabella Berries.

A pesar del dolor que tenía en la rodilla por aterrizar de frente, traté de levantarme con cuidado. Y después lo poco de alegría que había ganado al estar de pie se perdió cuando intenté caminar y mi dedo pulgar del pie se quedó en la alfombra, dejando que cayera nuevamente contra la madera del piso.

—Estúpida alfombra —exclamé, con el rostro aún en el suelo y la frustración de una mañana de un lunes haciéndose presente.

Mi estado emocional en estos momentos podría catalogarse de la siguiente forma: agresivo.

Cuando levanté la mirada, Alex estaba apoyado en la puerta con una sonrisa burlona en su rostro. No pude evitar fulminarlo con la mirada porque culparlo de mis problemas esta mañana era mucho más sencillo que cualquier otra solución. Desde que éramos pequeños hemos hecho eso: culparnos de cualquier cosa que pase en la casa. Incluyendo romper un plato de la abuela, a pesar de que esa vez yo estaba jugando con mis primos, hasta chocar el auto de mamá cuando él tenía 16 y yo 15 años.

—Buena forma de empezar el día, enana —eso fue lo que le entendí, pues tenía su cepillo de dientes en la boca.

Resumiendo años de tortura emocional y física, se podría decir que nuestra rivalidad comenzó cuando pude respirar.

Noté que ya no llevaba puesto su pijama, lo cual me pareció un tanto extraño si se considera que solo se viste cuando quedan pocos minutos antes de que inicien las clases. Giré mi cabeza unos cuantos centímetros en dirección a mi mesita de noche, y casi me ahogo con mi propia saliva al ver que me quedaban diez minutos para llegar a tiempo a la escuela. La ira y la preocupación estaban realizando un debate bastante agitado respecto a si debería tirarme encima de Alex y lanzarlo por la escalera, o correr para no llegar tarde.

—¿Por qué no me despertaste?! —me levanté rápidamente de la alfombra y comencé a tomar del suelo la ropa que me había puesto ayer. No tenía mucha importancia si me

la ponía, después de todo ayer no había salido de casa—. ¡Es lo único que mamá te pide en caso de que no suene mi despertador!

Se encogió de hombros de manera inocente. Inútil.

Empujé a Alex una vez que tenía todo lo necesario para parecer una persona decente en mis manos y comencé a bajar las escaleras como si mi vida dependiera de ello. Solo tenía una playera de mi hermano encima, dejando mis bragas a la vista de los vecinos por las cortinas abiertas.

Cuando llegué a la planta de abajo, pude saber que mamá estaba cocinando panqueques incluso antes de cruzar la puerta. Con la ropa aún en mano, busqué rápidamente un plato hondo y lo dejé en la mesa para sacar el cereal de la despensa y la leche que mamá ya había dejado encima de la mesa.

Alex ya estaba sentado, comiendo sus panqueques, cosa que me dio un tremendo asco porque se había lavado los dientes hace poco. Cuando traté de relajarme, noté que solo me quedaban cinco minutos para bañarme. Dejé la caja de cereal tirada sobre la mesa y me acerqué rápidamente a mamá.

—Adiós, mami —le besé la mejilla—. Llámame cuando mis panqueques estén listos.

Subí corriendo las escaleras e incluso casi caigo en el proceso, pero una vez llegué a mi habitación, corrí hasta mi baño y me miré en el espejo. Mi cara estaba toda baboseada y con las arrugas de la almohada marcadas en ambas mejillas.

Normalmente cuando despierto mi cerebro dice: «¡Vamos a despertarla con una inundación, chicos!», y mi rostro queda como si volviera a ser la bebé babosa que era antes. Traté de ducharme lo más rápido posible al mismo tiempo que cepillaba mi cabello, pero después al estar vestida y mirarme en el espejo, noté que quizás fue una mala idea. Ignoré mi cabello de león y aproveché de pintarme un poco los ojos, solo un poco echándole a mis pestañas rímel y delineando la parte de abajo. Me hice una coleta alta cuando iba bajando por las escaleras, así que tuve que tomar mi celular con una sola mano y ponerlo entre mi hombro y la oreja.

—¿Hola? ¿Quién te crees para llamarme a esta hora? —gruñí una vez que llegué a la cocina.

—La persona que te tuvo como parásito por ocho meses y medio —habló mi mamá por el otro lado de la línea—. Me fui antes porque voy a pasar a buscar a Daisy; tus panqueques están sobre la mesa. También te dejé crema batida y crema de avellanas si tienes tiempo de comer algo.

—Yo no veo nada —lo único que noté fue un plato vacío, pero tuve un mal presentimiento al notar que la puerta de entrada estaba medio abierta.

—Adiós, te quiero.

Se mantuvo en silencio y antes de que le cortara me advirtió «no mates a Alex».

Mi teléfono se resbaló de mis manos en el mismo momento en que salía corriendo para atrapar al captor de mis panqueques. Alex.

Cuando estuve afuera, él ya se encontraba comiendo uno de mis panqueques haciendo un baile extraño en mi dirección que representaba su victoria inminente. Por un momento pensé que estaba haciendo eso en una clase de venganza por casi matar a su mejor amigo, pero descarté la idea al notar que ese plan era demasiado para la mente de mi hermano.

—¡Vas a morir, Alex! —grité, logrando que él comenzara a correr al otro lado de la acera

justo cuando el inconfundible auto de Félix se paraba a recogerlo.

No gasté energía en salir a buscarlo, porque sabía que justo cuando lo podría alcanzar aceleraría el auto de golpe. Regresé corriendo adentro y recogí mi celular del piso con una mueca de enfado, solamente para ver la hora y que mi frustración matutina aumentara. Tomé mi mochila que estaba tirada al lado de la chimenea —se había quedado todo el fin de semana ahí— y saqué las llaves del bolsillo pequeño para poder irme sin desayunar. Cuando estuve afuera, lista para tomar mi bicicleta para irme, recordé que el fin de semana pasado le había pinchado una rueda y aún no me había encargado de eso. Solté un gruñido de frustración y arreglé mi mochila para comenzar a correr.

Mi día había comenzado de la peor forma, así que si alguien se me acercaba iba a morir lenta y dolorosamente.

k

Todo el esfuerzo y las maratones que hice en mi casa no habían resultado. Al final, había llegado quince minutos tarde —cosa que tampoco es tan grave en mi opinión ya que nos tocaba Castellano y el profesor suele llegar mucho después— y para rematar me encontré con la directora en la entrada, por lo cual casi me manda a dirección.

Ahora estaba esperando que la hora de Castellano del profesor Calvin terminara, además, estaba quedándome dormida y mi hambre no me era de mucha ayuda para soportar los minutos que quedaban de clase.

Ahh... El tan querido profesor Calvin que nos escupe en la cara mientras nos cuenta las historias de cuando tenía sus dinosaurios de mascotas, ahora estaba narrando, por tercera vez, una de sus increíbles vacaciones en Perú. Mi paciencia no estaba para soportarlo por mucho más tiempo, así que le pedí permiso para ir al baño y librarme un poco antes de la tortura. Le tuve que hacer ojitos —tiene una debilidad por las chicas— hasta que al fin me dejó.

«Necesito algo para comer» fue mi primer pensamiento.

Me apresuré hacia la salida del salón de clases y cuando crucé la puerta comencé a correr para alejarme del lugar. El baño estaba al otro lado de mi dirección, pero mi meta eran las máquinas expendedoras que tenían uno de mis chocolates preferidos. Llegué hasta mi casillero y saqué mi monedero de la mochila en un movimiento un tanto desesperado, he de decir.

El pasillo estaba vacío, así que pude correr como si el diablo me persiguiera después de tener mi preciado dinero para alimentarme, pero cuando doblé en una esquina logré notar algo azul que se interpuso en mi camino. Logré poner mis manos frente a mí en un acto reflejo, pero choqué con la puerta del casillero de todos modos y caí de trasero al piso.

—¿Quién fue el mald...? —levanté la mirada hecha una furia, hasta que la puerta azul se cerró de golpe.

Unos ojos miel me miraban desde arriba, con un tanto despreocupación.

Era Peter Harrison, aquel al cual casi maté el viernes.

«Menuda suerte», pensé.

—Aprende a ver por donde caminas, enana —dijo después de unos momentos analizándome. Era más alto de lo que aparentaba.

Su ojo tenía un hematoma que estaba notoriamente violáceo, pero no le quitaba protagonismo al que había en parte de su nariz.

Intenté tragar el nudo que se había formado en mi garganta, pero parecía imposible. Seguí mirándolo desde el piso, lo cual no me favorecía a la hora de enfrentarme a él y pedirle disculpas por todo lo que pasó en la fiesta.

—Oye, respecto a lo que pasó el viernes en la noche... —comencé a hablar un tanto nerviosa porque quisiera vengarse tirándome por las escaleras también.

—No te preocupes, todas las de tu tipo son iguales —se encogió de hombros con una sonrisa falsa—. Aprende que cuando te dicen que no, es no. No es necesario que me empujes por las escaleras a propósito.

Alto, ¿qué?

—¿Cómo que las de *mi tipo*? —pregunté un tanto indignada—. Y no te empujé a propósito.

—Claro, claro. Sabía que dirías eso —se cruzó de brazos, entre divertido y molesto—. Por tu culpa casi no participo en la final del campeonato.

—Te dije que no lo hice porque quería. —Notaba como mis mejillas se calentaban por la rabia.

Rodó los ojos y un silencio incómodo se instaló entre los dos. Lo único que se escuchaba eran los gritos de excitación del profesor de Castellano a lo lejos.

—¿Qué no te enseñaron a ayudar a una chica a levantarse? —dije entre dientes segundos después. Me estaba comenzando a ganar el enojo acumulado del día.

—Oh, disculpe pequeña dama —me tendió la mano y yo, con duda, la tomé. Me levanté del suelo y le di una última mirada a su mueca confiada antes de darle la espalda caminando lejos de ahí.

—¿Y mis gracias?, tienes que agacharte como las damas antiguas —gritó en tono burlón.

Oh, claro que estaba en condiciones para estallar con una tontería como esa. Sí, tal vez casi lo mato la otra noche pero tengo las intenciones de disculparme desde el fondo de mi negro corazón. No tiene porque tratarme así.

—Primero —me volteé a encararlo de una vez— tú llegaste y comenzaste a insinuar claramente que traté de seducirte o algo así. Segundo, choqué con *tú* casillero y ni siquiera me preguntaste si estaba bien y, tercero..., solo te daría las gracias si fuera *sumisa* y *masoquista*.

—O podría matar dos pájaros de un tiro —me miró con una sonrisa decidida.

No sé cómo pasó, pero sentí una mano sobre mi boca y a Peter empujándome desde atrás hacia los baños de los chicos. La ansiedad apareció rápidamente e intenté de evitar a toda costa entrar, aunque sin darme cuenta ya estaba acorralada entre sus brazos y la pared del fondo de los baños.

Me va a violar. Me va a violar. Dios, perdón por todo lo que hice en esta vida, sé que no debería haberme comido las uñas cuando era pequeña, siento haberle pisado la patita al señor Conejo, que por cierto es un gato, siento haber culpado a Alex de chocar el auto de mamá...

Basta, tenía que intentar librarme de esto.

—¿Qué crees que haces? —reclamé furiosa y con la voz algo extraña—. ¡Suéltame o te pego en las bolas!

Traté de sacar mis brazos, pero él sujetó con más fuerza. Lo miré a los ojos furiosa, pero no vi nada en ellos. No era la misma mirada del viernes.

Me invadió un momento de decepción, aunque se esfumó tan rápido como llegó.

—Tranquila, princesa —dijo con media sonrisa—, *será rápido*.

Sus palabras se quedaron grabadas en mi cabeza y un escalofrío incómodo recorrió mi espalda. Comenzó a acercarse y yo no podía hacer nada para evitarlo. Me tenía sujetada fuertemente y mientras más me resistía, sus manos me hacían más daño. Sentía su aliento en mi rostro, el cual era una mezcla entre menta y café. Me di cuenta que sus labios estaban bastante cerca, pero lo que más me hipnotizaba de él eran sus ojos miel.

—¿Qué haces, tarado?! —volví a la realidad al ver que se acercaba.

Lo único que logré fue que sacara una de sus manos de mis muñecas y la llevase a mi barbilla. Dejó mi rostro de perfil, dándole acceso a mi cuello.

—Shh... ya casi —dijo en un susurro.

Sentí un cosquilleo en mi cuello y los pensamientos se alejaron de mi cabeza. Me quedé quieta con una mueca y luego sentí que succionaba... esperen, ¿succionaba?

¿Acaso era un maldito vampiro? ¡Peter estaba haciéndome un chupón!

—¡Aléjate, maldito perverso! —dije algo afligida.

Al parecer tuvo lo que quería y se alejó de mí dejándome libre. Me llevé las manos al cuello de forma involuntaria, tratando de notar lo que había dejado ahí.

—Bienvenida... —creo que dijo algo más pero no lo escuché—. Espero que con eso hayas quedado satisfecha.

Se comenzó a alejar y todo se volvió malditamente confuso. ¿Por qué me dejó el chupón?, ¿cree que soy una fácil?, ¿por qué me dijo *bienvenida*? ¿Por qué me hago tantas preguntas?

—Adiós, enana —no miré pero supuse que esas palabras salían acompañadas de una sonrisa.

De la confusión pasé a la ira.

Mucha ira.

Levanté mi vista en el momento que la puerta del baño se cerraba tras él, dejándome sola. Me alejé de la pared de golpe y empecé a prepararme mentalmente para lo que haría a continuación. Salí al pasillo, logrando ver que Peter no estaba a más de unos metros de mí.

—¡Oye, grandísimo imbécil! —le grité mientras trataba de dar grandes zancadas hasta él.

Se volteó con una gran sonrisa en sus labios. Oh... Por supuesto que iba a quitársela.

Cuando estuve lo suficientemente cerca, lo golpeé su nariz morada con tanta fuerza que llegó a tambalearse hacia atrás, llevándose las manos al rostro.

—¿Pero qué te pasa por la cabeza?! —dijo agachándose un poco y mirándome

sorprendido.

—Escúchame, pedazo de mierda —sacudí mi mano por el dolor que empezaba a hacerse presente en mis nudillos—, me vuelves a tocar y créeme que te dejaré sin nada ahí abajo, ¿entendido?

Me di la vuelta antes de que pudiera decir algo y me comencé a alejar. Sentía como sus pasos venían en mi dirección, pero poco me importó pues los alumnos comenzaron a salir como zombies de sus aulas de clase.

Corrí hacia el baño de chicas y apenas entré, miré mi cuello con detenimiento. Nunca me habían hecho un chupón..., pero había visto fotos y este era muy raro. Estaba en su gran mayoría rojo, y parecía que iba a durar unos cuantos días... si no es que más.

La puerta se abrió y escondí mi cuello con mi cabello instintivamente.

—Hola, Anni —el reflejo de Rose me sonrió y suspiré aliviada. No sé porque me ponía así de paranoica, pero quizás no me quería meter en más problemas—... Anni, ¿qué es eso?

Sacó el cabello de mi cuello y luego me miró con los ojos muy abiertos, como si nunca se hubiera pensado encontrar algo como eso en *mi* cuerpo. Me alejé un poco de ella cuando la puerta se abrió nuevamente y Rose comenzó a fingir que se arreglaba el cabello. Siempre que alguien se acercaba y estábamos juntas hacíamos como que no nos conocíamos.

Sí, cosas de rutina.

—¿Quién te lo hizo? —preguntó una vez salió la chica—. ¿Fue Félix?

—¿Félix? —la miré con una ceja alzada—. ¿Por qué no podría ser otro chico?

—¿Entonces quién fue? —rodó los ojos y se cruzó de brazos.

—Peter... —alzó una ceja esperando—, Harrison —bufé y nuevamente me observé el cuello en el espejo.

—¿Peter? —asentí sin mirarla.

Susurró algo para sí misma pero luego negó, como si se negara a creer lo que sea que cruzó por su mente. Parecía que le había dicho el mejor cotilleo del mundo, porque nunca la había visto tan seria pensando sobre algo.

—¿Estás bien? —pregunté cautelosa.

—Sí... ¿sabes por qué lo hizo?, ¿te dijo algo? —me interrogó rápidamente a la vez que sacaba un pañuelo de su bolso y me lo pasaba por el cuello.

—No lo sé, creo que solo es un imbécil —me apoyé en el lavamanos—. ¿Estás segura que estás bien?

Asintió y luego me miró con una sonrisa que era obviamente falsa. Le quité importancia y me acomodé la tela de forma que no se viera el chupón. Olía a la colonia de Rose, algo un tanto dulce que me parecía muy empalagoso.

—Trataré de averiguar lo que pasó —puso una mano en mi hombro—, ¿nos veremos esta noche en tu casa? —asentí—... está bien, te dejo. Te quiero.

Miré la puerta que se cerraba y luego me miré al espejo. La marca no se veía, pero sabía que seguía ahí. Suspiré.

Cuando salí del baño vi a mi hermano conversando con Félix. Topamos miradas y ambos me sonrieron con familiaridad, para luego seguir hablando con mucha emoción.

Iba a acercarme, pero pude ver como Peter se había asomado por la esquina del pasillo y saludaba a unos compañeros de básquet. Me detuve en el acto y di media vuelta para ir a la cafetería rápidamente.

Aún tenía hambre.

Una vez entré, lo primero que hice fue acercarme a la máquina que me daría mi tan preciado chocolate. Estiré el billete al notar que no había funcionado a la primera, y seguí así hasta que conté a lo menos veinte veces intentando hacer que mi dinero entrara. Tal vez debía rendirme, pero quería mi chocolate a toda costa. No me importaba que pudiera conseguirme una si esperaba a salir de la escuela. Estaba enojada y cuando estoy enojada tengo que conseguir lo que quiero.

Cuando el billete no salió y en la pequeña pantallita decía *marque opción* solté el aire que tenía retenido. Presioné el botón y esperé a que cayera, pero pude ver cómo se atoró por culpa del vidrio.

—Vamos, porquería —pateé la máquina poco después de unas cuantas veces, pero el chocolate no se movía.

Unas manos me tomaron de los hombros y me empujaron levemente justo antes de que la ira me ganara y comenzara a maldecir a todo pulmón. Era una chica con una coleta y podía ver claramente que sus ojos eran de un verde más claros que los míos. Le pegó tres veces a la máquina en diferentes lugares y el chocolate cayó.

—Ten —soltó una risa—. ¿Sabes que esta máquina está averiada, verdad?

Señaló un pequeño cartel en la esquina superior derecha.

La sangre subió a mis mejillas y sonreí nerviosa. Noté que el resto de la cafetería me miraba con diversión y sentí que yo misma me había buscado la atención innecesaria, por lo cual agradecí internamente a la chica que me salvó de dar más vergüenza ajena.

—No te preocupes..., tienes suerte de que sepa cómo sacarlos —me extendió el chocolate—. Soy Elizabeth, reportera en jefe del periódico escolar.

Era más o menos de mi estatura, pero parecía un poco más alta y más simpática.

—Annabella Berries, pero prefiero solo Ann —sonreí.

Me sonrió y su móvil sonó. Lo sacó de su bolsillo trasero y miró la pantalla, para poner una mueca de emoción y asombro.

—Te dejo —miró la máquina y luego a mí—, de nada por el chocolate y lee el cartel para la próxima... ¡O mejor: lee mi sección en el periódico! —dijo ya estando bastante lejos.

Se despidió con la mano y luego salió a paso apresurado por la salida de emergencias. Parecía algo extraña... Pero al menos era simpática.

Me senté en una banca que había en el patio y le saqué el envoltorio al chocolate rápidamente, para poder saborear a mi precioso.

Comencé a pensar en lo que había pasado, y aún no entendía por qué Peter actuó de esa forma tan esquiva y desagradable. Quizás era su verdadera personalidad y en el fondo se portó amable el viernes porque estaba medio borracho y con suerte sabía lo que hacía. Parecía la opción más razonable, pero nunca me le ofrecí...

El timbre que indicaba el retorno a clases sonó y me levanté sin mucho ánimo, ya que tenía Matemáticas e iban a entregar los exámenes de la semana pasada. Odiaba esa asignatura con todo mi ser, así que mis notas no podían ser las mejores de la clase, obviamente.

Me fui a clases a toda velocidad para no tropezarme con Peter de pura mala suerte, y entré de las primeras al aula. Jasper estaba sentado al lado de mi asiento usual, así que ya no me parecía tan mala la clase de hoy.

—Hola, Ann —Jasper me sonrió como siempre una vez me senté junto a él.

—Hola, Jasper —me dejé caer con un movimiento brusco en mi asiento y bufé sonoramente.

Poco a poco los alumnos entraron al aula, con la profesora detrás de ellos. Cuando todos estuvieron sentados y callados en su lugar, nos miró uno a uno y dejó caer fuertemente un libro con unos papeles que sobresalían de él.

—Está bien, clase... —comenzó la profesora, sacando las hojas del libro—, hoy entregaré los exámenes que tomamos la semana pasada. Atentos, que están de menor a mayor.

Mi nombre estuvo de los primeros, como ocurría usualmente, pero no me preocupé mucho porque ya lo veía venir. Me levanté lentamente, extendiendo lo más posible el momento de la entrega, a pesar de la mirada de superioridad de la profesora.

—Berries... —dijo con decepción.

¿Qué les da a todos los profesores por llamarme por mi apellido?

—Profesora Charlotte... —le hice una mini reverencia.

—¿Cuándo será el día en que ponga una calificación decente en tu hoja? —negó con la cabeza e intentó hacer contacto visual conmigo.

—Cuando usted confiese que sigue teniendo sentimientos por nuestro profesor Calvin.

Al parecer, mi humor había mejorado desde que golpeé a Peter en la nariz, porque lo que dije fue medianamente divertido y algunas risitas se escucharon desde la parte trasera. Charlotte sonrió sin humor.

O quizás fue el chocolate que comí.

—No te hagas la graciosa... —me entregó mi examen—, no quiero ninguna otra mala calificación desde ahora, Berries... quiero que...

Unos golpes en la puerta interrumpieron el comienzo de la charla motivacional de esta semana. La atención de todos se centró en la puerta que se estaba abriendo de forma un tanto lenta para mí. Cuando vi quién era, mi humor se volvió agrio como por arte de magia.

—Perdón, Charlotte, tuve algunos asuntos que atender... —A que no adivinan quién era.

Pues les doy una pista... Peter chupador Harrison.

Algunas chicas rieron de la forma más falsa que había escuchado hasta ahora, tratando de parecer encantadoras ante el capitán del equipo. Yo me tapé el rostro con mi examen y rodé los ojos. Parecía no importarles que él tuviera un papel higiénico en su nariz, seguía siendo atractivo para ellas.

—Señor Harrison... —la profesora ya no sonaba tan molesta—, es bueno que llegue...

—me asomé por el lado de la hoja—. Me he dado cuenta de tus excelentes calificaciones en tus materias, a diferencia de la señorita —me señaló con la cabeza y volví a esconderme—, sus calificaciones están por el suelo, así que ya lo decidí. *Serás su tutor.*

—¿Qué?! —grité indignada y me quité hoja de la cara.

Peter me miró con sorpresa y me apuntó con su dedo índice.

—¿Tú? —exclamó enojado.

—No, no y mil veces no —comencé—, ¡no pienso tratar con este mujeriego de segunda!

—lo miré con todo el odio que podría demostrar.

—Y yo no pienso enseñarle a esta burra apellido de frutas —dijo negando.

¿Eso es todo lo que se te ocurre, Harrison?, ¿apellido de frutas? De todos modos, ¿de dónde sabe mi apellido? No recuerdo habérselo dicho antes.

—Imbécil —gruñí.

—¿Tu coeficiente intelectual no da para un insulto mejor? —preguntó inmediatamente.

La profesora abrió los ojos de par en par, pero antes de que pudiera decir algo, le respondí.

—Chupador compulsivo —eso se podía mal interpretar, pues la clase comenzó a reír.

—¡Basta! ¡Esto queda hasta aquí! —nos regañó la profesora—. Peter Harrison, vas a ser su tutor si es que de verdad quieres una buena recomendación de mi parte; y Annabella Berries, más te vale tener buenas notas si no quieres repetir el año, ¿entendido? —dijo con tono enojado, para después señalarnos a ambos—. Y se van a detención por tener un lenguaje inapropiado.

—Tengo entrenamiento de baloncesto —Peter se excusó.

—Entonces, Berries —me miró y abrí la boca—. Sal rápido.

No dije nada y tomé mis cosas rápidamente para salir de la sala de clases. Mis mejillas ardían y maldecí internamente por ponerme como tomate cuando estoy molesta.

Lo que más pedí era no tener que hacer contacto con él nunca más.

Peter Harrison, me las vas a pagar...

Y créeme que no será bonito.

II

COMIENZA LA TORTURA

PETER

¿Cómo se había dignado a golpearme? Sé que fui un total cretino, pero si no lo soy cualquiera se podría acercar a mí de manera más personal y sabría que en el fondo no quiero ser el «macho alfa». Esa enana... la recuerdo vagamente como la chica que me dio una patada en los huevos solamente porque no me mostré interesado en ella. Si se iba a hacer la difícil ahora, ¿yo tenía el problema? Parecía muy molesta, y eso que yo debería estarlo después de que casi me mata tirándome de las escaleras a propósito. Solo tomé mi venganza y recibo un golpe en mi nariz solo por hacer justicia.

El profesor de gimnasia nos había dado una hora para practicar, así que podría contarle

a Alex lo que pasó un poco más relajadamente. Vi que a lo lejos estaba haciendo rebotar un balón de básquetbol mientras miraba hacia el lado derecho observando a Megan, que usualmente venía a los entrenamientos con el consentimiento del entrenador. El chico estaba loco por ella, pero no ha dado el primer paso todavía.

Era un tanto incómodo tenerlos a ambos juntos.

—¡Oye! —le grité—, ¡ya llegó por quien llorabas!

Fijó su mirada en mí y luego me puso una cara de pocos amigos. Reí levemente ante su actitud de novia celosa.

—Casi estaba por ir a buscarte, Berni —dijo serio y luego le salió una sonrisa idiota. Sabe que odio que me llame así, solo porque tenía un perro San Bernardo que se «parecía» a mí.

Según él porque yo soy testarudo, lento, grande y con el pelo suave por usar demasiado acondicionador. Igual que su anterior perro.

—No creo que sea necesario ahora, Rosmmot —lo llamé por su apellido. Odia que lo llamen por su apellido y en los años que llevamos siendo amigos, nunca me ha dicho el porqué.

—Imbécil —golpeó mi hombro—. ¿Hoy practicaremos para el campeonato en tu casa?

—¿No puede ser en la tuya? —pregunté y negó—. Oh... vamos, no he ido a tu casa desde que teníamos como 13 años, además te cambiaste de esa y ahora estás en otra. ¡Solo fui una vez a esa!

Por otro lado, siempre que iba solo nos quedábamos en el patio o en la sala. Su mamá nos cocinaba galletas de chocolate con chispas de chocolate en invierno, y siempre le ordenaba a Alex que le llevara unas cuantas a Jas a su cuarto. Al parecer tiene un hermano, pero nunca lo he visto en realidad. Un día, de pura curiosidad, le pregunté si tenía una mascota o un hermano, y él me contestó «algo así» mientras reía.

—No me digas que cambiarse de casa significa eso —dijo con sarcasmo—. Peter, a mi madre le caes mal, lo siento.

Sabía que eso era mentira, su madre me amaba desde que comencé a lavar los platos cada vez que iba a su casa.

—Yo creo que Jas me ama —sonreí con suficiencia.

—Si le sigues llamando por su segundo nombre, te odiará más de lo que me odia a mí —rodó los ojos—. ¿Y... puedo saber qué es lo que te pasó en la nariz? Está mucho peor que antes —me apuntó.

Suspiré, recordando la escena que pasó hace como una hora.

—Una chica me golpeó... y resulta que ahora debo darle tutorías porque además de luchadora está hueca —comenzamos a entrar tirarnos pases entre nosotros.

—¿Te golpeó tan fuerte? —rio.

No quería admitirlo, pero golpea bastante fuerte. Me reí por lo bajo al recordar sus grandes ojos verdes llenos de furia y sus mejillas rojas. De no estar enojado con ella a niveles que desconocía que tenía, diría que me resultó un tanto linda.

—¿Y cómo era? —Alex me sacó de mis pensamientos—, ¿era sexy?

—No estaba nada mal, pero no me agrada que me golpeen por hacer justicia —le quité el balón de sus manos y encesté desde lejos—. Es la misma que me empujó de las

escaleras, así que tengo suficiente de ella con las tutorías —lo miré con una mueca, a la cual él respondió con una mirada sorprendida.

—No creo que sea ella, de cualquier forma estabas un poco bebido como para recordar lo que pasó —tomó otro balón y lo examinó como si meditara algo—. Puede que ni haya sido ella.

No podría olvidar esos ojos ni aunque cayera diez veces de una escalera.

—De cualquier forma, ya me vengué haciéndole un chupón por hacerse la difícil... pero no me esperé que me golpeará —sonreí y él rodó los ojos—. Igual, es solo la primera fase de mi plan, su jueguito casi me cuesta mi participación en el campeonato.

—¿Será la siguiente de tu lista? —me miró con una ceja alzada—. Ojalá que no haya estado con ella, sabes que no me gusta la idea de compartir chicas.

—Yo creo que es nueva, nunca la había visto... y sabes que no hay una lista —vi llegar al entrenador y los chicos también—. De hecho, creo que la conoces, te vi saludarla hoy.

Me miró extrañado y antes de que pudiera decir algo el profesor nos llamó con sus típicos gritos con cambios de tono.

—¡Harrison y Rossmot! ¡Vengan aquí!

—Luego te explico —tomé un balón del suelo y corrí hacia el pequeño círculo que tenían hecho los chicos para recibir las instrucciones del entrenador.

ANN

—Hola otra vez —la voz de Jasper me sobresaltó—, ¿puedo sentarme aquí? —preguntó mientras acomodaba su trasero en el asiento frente a mí.

—Ya lo hiciste... pero sí —reí y comencé a enredar los fideos de mi almuerzo con el tenedor.

Soltó una carcajada llamando la atención de varios y yo solté una risita. Siempre es tan exagerado, pero supongo que por eso me agrada.

Después de que Charlotte me mandara a la oficina de la directora y Peter se fuera a su entrenamiento, me di cuenta de que no lograría nada si trataba de negociar en mi situación. No era la favorita de la profesora de Matemáticas, y, además, si la directora supiera mis calificaciones no haría más que empeorar la situación. Al final no me dieron un castigo porque siempre habían considerado a Charlotte exagerada y yo no solía meterme en problemas. Aún así, saber que tendría que encontrarme a propósito con Peter al menos tres días a la semana..., el castigo sonaba más atractivo.

Me entretuve hablando con Jasper durante el almuerzo, debido a que casi siempre comía sola o me sentaba con personas que no conocía, y me reí exageradamente cuando se puso dos espárragos en la nariz y puso cara de idiota. El día ya no me parecía tan malo, pero al poco tiempo noté como alguien se acercaba a nuestra mesa y puse una mueca de horror.

—Oye, fenómeno —dijo Peter apenas llegó a nuestro lado.

No me digné a mirarlo y comencé a empujar una albóndiga con el tenedor. No tenía ganas de hablar con él ahora. De hecho, creo que nunca.

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó Jasper y yo sonreí un tanto divertida. Estaba jugando con él.

—No, le hablo a ella —habló con voz molesta—. ¿Es que ves a otro fenómeno?

Levanté la mirada y lo observé con una ceja alzada.

—De hecho, te estoy viendo... —dije con sorna y Jasper rio—. ¿Qué es lo que quieres?

Me analizó con la mirada y luego volvió la vista a mis ojos. Por un momento creí que iba a decir algo, pero pareció pensárselo mejor.

Ahora que lo pienso me pregunto por qué nunca nos habíamos hablado antes. Félix y Alex son sus mejores amigos al parecer, debería de haber estado en la casa más de una vez. Pero ahora que lo pienso, antes tenía muchas amigas y siempre me invitaban a ir a sus casas. Claro, siempre y cuando le dijera a Alex si quería ir o decirle cosas buenas sobre mis amigas. Y cuando no era eso, me solía encerrar en mi habitación a dibujar y ver las películas que pasaban por la televisión.

Además, no era lo mismo sin papá.

—¿Cuándo y dónde prefieres hacer las clases? —me trajo de vuelta a la realidad.

—Lo más rápido posible, en el gimnasio luego de clases —pinché una albóndiga y me la acerqué a los labios—. Me niego a que pongas un pie en mi casa —me metí la carne a la boca.

Frunció el ceño y negó, para después sentarse a mi lado. Por un momento me sentí un tanto incómoda, así que me alejé deslizándome por el asiento. Me observó extrañado y debí tener algo en mi rostro, porque sonrió levemente. Le quitó la servilleta a Jasper, y este se dedicó a masticar su manzana mientras nos observaba a ambos. Sacó un lápiz de su bolsillo y comenzó a escribir en la servilleta.

—Ten... —me lo pasó y yo lo tomé con desconfianza—, es mi dirección, no podemos quedarnos en el gimnasio porque los de coro practicarán ahí, pero yo no tengo problema en que vengas a la mía —sonrió y me guiñó un ojo.

—¿Crees que poniéndote trucho al guiñarme un ojo vas a lograr que suspire como las otras? —puse cara de aburrimiento.

Mi compañero de almuerzo soltó una carcajada y Peter nos fulminó con la mirada a ambos, en especial a Jasper.

—¿Y tú crees que con esa cara te vez muy linda? —contraatacó a la vez que se levantaba.

Tenía mil ideas de cómo contestarle su «insulto» pero me las guardé, ya que así se iría más rápido. Abrí la boca y alcé una ceja mientras movía la cabeza lentamente.

—Puedes ir los lunes, miércoles y viernes a las cinco de la tarde —dijo entre dientes—, trata de ser lo más puntual.

Jasper estaba aguantando una carcajada y yo asentí, rindiéndome.

Miré el papel otra vez, sin creer que esta fuera la casa de ese tipo.

Estaba frente a una casa-mansión-castillo bastante grande para mis ojos. Toqué el timbre y esperé que alguien me abriera pero nadie llegaba.

—No tenemos limosna, así que lárgate —dijo un tono bastante familiar desde el citófono.

—Si quieres me voy —dije mientras pulsaba el botón—, pero no volveré y tú te perderás la recomendación.

Tomé mi patineta y comencé a alejarme. En menos de dos segundos la reja sonó y me devolví a empujarla. Entré y luego la cerré con más fuerza de la debida a propósito. En

la puerta de entrada se encontraba una señora un poco mayor, pero parecía de la misma edad que mi mamá.

—¿Qué deseas? —me preguntó apenas llegué a su lado.

—Ehh... Vengo a que Peter... —comencé a decir algo nerviosa.

—Por supuesto —rio ligeramente—. Casi todas las chicas vienen a lo mismo... aunque eres mayor que las otras. Bueno, a veces también son chicos, la verdad —se dio la vuelta y frunció el ceño—. Peter está en el sofá.

Creo que me metí con un tipo con fetiche por las jóvenes.

Dejé la patineta afuera de la puerta y pasé a la sala, donde Peter se encontraba sin camisa y unos pantalones, estirado en el sofá. El lugar parecía más grande por dentro que por fuera, así que comencé a ver a mi alrededor lo más disimuladamente posible. Había un olor a madera y limón que parecía estar en toda la casa, y no se sentía una especie de ambiente de tensión. La casa era agradable.

Peter seguía sin mirarme, parecía que se estaba haciendo el dormido. Tosí fuertemente para que se fijara en mí y él me volteó a ver con una ceja alzada y una sonrisa confiada. Me hizo darme cuenta que estaba en su territorio.

—Bienvenida —suspiró a la vez que se levantaba y apagó el televisor. Me pasó a llevar un hombro cuando pasó por mi lado y yo apreté mis dientes—. Vamos a mi habitación, no me gusta estudiar en la sala —dijo desde el inicio de la escalera.

—No voy a ir a tu habitación, es una tontería seguirte así como así —me crucé de brazos y me paré firme en mi lugar.

—Tampoco es que tengas opción, Marissa va a hacer una reunión aquí y no creo que quieras quedarte a jugar póker con señoras de edad —se encogió de hombros y comenzó a subir a toda prisa las escaleras.

Subió tan rápido que cuando lo vi ya estaba casi en el final de esta. Maldecí en mi interior y apresuré el paso hasta estar cerca de él, y como estaba sin camisa no pude evitar fijarme en su pecho desnudo. Cuando estuvimos en el segundo piso entró a su habitación y yo me quedé en el umbral de la puerta, analizando el lugar. Vi que tenía una cama de dos plazas y un montón de pósters en las paredes que iban desde películas hasta de básquetbol. En una repisa había varios trofeos de básquetbol y unas fotos que no lograba distinguir del todo, así que me acerqué y comencé a verlas sin que me importara que Peter lo notara.

Me duele admitirlo, pero era bastante adorable. La que más se hacía notar era cuando tenía el pelo un poco largo y un mechón rebelde le cubría un ojo. Tenía un gorrito de cumpleaños y pastel en toda la cara. Parecía que estaba enojado, porque estaba haciendo un puchero que me hizo reír por lo bajo.

Peter se sentó en su cama y sentí como me observaba. Lo volteé a ver y él me evitó la mirada de inmediato.

—¿Por dónde quieres comenzar? —pregunté luego de un momento bastante incómodo de silencio.

—Matemáticas —dijo con tono obvio—. Sabes sumar, ¿no?

Caminé a sentarme en la silla del escritorio, ignorando su comentario.

Estuvimos estudiando duramente y traté de concentrarme lo mejor que pude, pero me seguía sintiendo incómoda respecto a estar a solas con él. Sin embargo, después de

una media hora comencé a ignorar quién era y me relajé. Sin saber cómo, me había sentado junto a él en la cama y de vez en cuando Peter me pegaba suavemente con el cuaderno si respondía mal cosas que me acababa de enseñar. En algunas ocasiones me defendía y reía un poco por su cara de frustración cuando decía que me equivocaba en cosas que, según él, eran simples. Se me olvidó el incidente que tuvimos en la mañana y me pareció que cada vez que sonreía se intentaba concentrar de nuevo en la materia que me estaba enseñando. Estuvimos así alrededor de dos horas, hasta que se comenzó a acercarse demasiado a mi cuerpo y empecé a ser consciente nuevamente de la situación en la que estaba.

—¿Entendiste? —me preguntó mientras se acercaba más a mí, cosa que ya me estaba cansando.

—Sí —dije cortante y cerré el libro de golpe. Peter se alejó un poco por el repentino ruido y yo aproveché esa oportunidad para guardar mis cosas rápidamente—. Gracias por enseñarme, pero no te pases.

Me levanté de forma brusca, pero cuando me estaba alejando para irme de la habitación sentí una presión en mi muñeca y antes de darme cuenta ya había caído en la cama, con Peter encima de mi cuerpo. Me sentí nerviosa por sentir nuevamente su respiración en mi cuello, y noté que en una de sus manos tenía la pañoleta que Rose me había prestado. Moví mi cabeza de forma que tapaba la parte donde debía estar el chupón, y al levantar la vista lo miré seriamente.

—¿Podrías bajarte, perverso? —dije en un tono seco.

—No quiero —dijo con una sonrisa mientras se acercaba a mi cuello y comenzaba a dar pequeños besos.

No entendía qué pasaba con él, primero me trataba como una fácil y ahora él se me ponía encima y empezaba a besarme el cuello. Supongo que todos los hombres son así de confusos, pero Peter se pasa.

Quizás podría simplemente seguirle el juego... que tome una cucharada de su propia medicina y dañe su ego. Después de todo, no parecía que pudiera salvarme de esta tan fácil.

—Peter... —subí mis brazos a su cuello y lo rodeé con ellos—, quiero decirte algo.

Me miró a los ojos y puse la mejor cara de seducción que Rose hacía con mi hermano. Lo oí tragar sonoramente y observarme con nerviosismo.

—¿Sí? —preguntó dudoso, mirando por unos segundos mis labios.

Dios, esto es lo peor que he hecho.

—Creo que quiero... que me beses —ugh, no entiendo cómo Rose puede hacer esto.

Al parecer mi petición lo tomó por sorpresa, ya que entreabrió los labios un poco y su vista volvió a mis ojos.

—Claro —comenzó a acercarse.

Tenía que esperar a que bajara la guardia por completo, pero se me estaba haciendo difícil al sentir nuestros labios a pocos centímetros de distancia. Comenzamos a chocar nuestras respiraciones, la suya parecía un tanto más agitada que la mía, y yo estaba preparada para terminar con esto. Apenas nuestros labios se rozaron retrocedí mi cabeza un poco y le di un cabezazo justo en la nariz. Se separó rápidamente de mí y cayó al suelo. Lo único que hacía era tratar de no reírme mientras le salía sangre de nariz, pero fue imposible después de que me levantara de la cama, tomara mis cosas y

saliera de la habitación, no sin antes darle una mirada de triunfo.

—¿Se puede saber con qué cabeza piensas? —dije entre risas y lanzándole un beso—. ¡Adiós, bebé!

Comencé a bajar por la escalera feliz de la vida, pero la señora que me abrió la puerta me sobresaltó tocándome el hombro.

—¿Te vas tan rápido? —dijo mirándome extrañada—. Normalmente se quedan más.

Yo no vine a lo mismo que las otras, así que tengo el derecho de salir con mis ropas bien puestas y el orgullo por las nubes.

—Sí, ya hemos terminado —le sonreí.

—¿Lo hizo bien? —preguntó con curiosidad y frunció el ceño—. A veces es muy frustrante su actitud, pero déjalo ir a su ritmo —me sonrió de forma maternal.

¿Cómo sonrío así después de decir eso?

Pasos apresurados se comenzaron a escuchar desde el segundo piso, lo cual me puso un tanto nerviosa.

—Escuche, me tengo que ir —acomodé mi mochila sobre mis dos hombros—. Fue un gusto, señora...

—¿A dónde te quieres ir, enana? —Peter habló desde el medio de las escaleras y comenzó a bajar los escalones que le quedaban rápidamente.

Tenía un algodón que se estaba tiñendo de rojo en un orificio, por lo que me tuve que aguantar una carcajada y que un sonido extraño se escuchara desde mi garganta.

—A mi casa —dije con tono obvio—. Terminamos por hoy, así que no tengo por qué quedarme.

—Marissa —le habló a la señora que tenía al lado—. ¿Puedes ir a la cocina a hacerle un té a esta loca para que se tranquilice? —me miró con los ojos entrecerrados.

La tal Marissa comenzó a caminar rápidamente hacia la cocina y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Así es como tratas a tu madre? —fijé mi mirada hacia arriba cuando el castaño llegó a mi lado.

Tensó la mandíbula y tomó mi brazo fuertemente. Me quiso arrastrar hacia arriba, pero me mantuve firme y no avancé lo suficiente como le hubiera gustado. No me soltó, así que pisé su pie y en el momento en que me soltó para llevarse las manos a la zona herida, comencé a correr hacia cualquier parte, ya que la salida estaba detrás de Peter, no era una opción pasar por ahí.

No tardé en escuchar los pasos rápidos que venían tras de mí apenas estuve un poco lejos, así que me apresuré y entré a una habitación que suponía era el garaje por la forma de la puerta. Estaba muy oscuro, aunque aún así cerré la puerta lentamente y comencé a caminar de espaldas. Mis piernas dieron con un metal y me hizo perder el equilibrio, caí de espaldas por lo que sea que me había tropezado y ocasioné un ruido estruendoso.

Abrí los ojos con susto y miré hacia todos lados en busca de una salvación. La puerta se abrió y suspiré en signo de rendición. Peter me buscó cansadamente por todo el lugar, y cuando me vio en el suelo, suspiró fuertemente y se acercó a mí. Me tomó de nuevo del brazo y me hizo levantar de forma brusca. Ahí fue cuando noté que me ardía la pierna, como si me hubiera cortado con algo.

—Duele —me quejé y saqué mi brazo de su agarre con un movimiento brusco.

—¿Por qué no solo escapaste por la puerta principal? —me regañó entre dientes mientras levantaba lo que había botado.

—Tú estabas enfrente, no soy tan lenta —estaba muy oscuro, apenas lo veía.

Me encogí de hombros acomodando mi mochila de nuevo. Me pregunté qué había botado, pero no parecía de mucho humor como para responder mis preguntas.

—¿Es muy importante esta cosa? —toqué mi pierna y solo noté un hilo de sangre, que pude sacar con mi dedo.

—Claro que es importante —gruñó—. No estás en tu casa como para correr como maniática y entrar a habitaciones las cuales no te incumben —habló serio.

Me extrañó su actitud, ya que nunca lo había visto tan molesto por algo. Fruncí el ceño y comencé a caminar hacia la puerta, otra vez. Miré sobre mi hombro y vi a Peter restregando su rostro fuertemente con sus manos. Salí de allí, tomé mi patineta y me alejé apenas se abrieron las puertas del portón.

—¡Escúpelo de nuevo! —me gritó Rose con la boca llena de galletas.

Me saqué unas cuantas migas de la cara y tomé mi vaso con gaseosa de la mesita de noche. Bebí un poco y lo volví a dejar donde estaba al mismo tiempo que mordía la galleta.

—Peter Harrison es mi tutor de Matemáticas —dije por tercera vez—. La profesora de Matemáticas no es capaz de enseñar bien, así que me dio a un intento de chico lindo como tutor.

—De nuevo, que no me lo creo —estaba atragantándose con otra galleta.

Me froté las sienes con ambas manos y me levanté de la cama, cansada de decirle una y otra vez lo mismo. Hoy no hablé con Peter respecto a lo que pasó el lunes, pero al parecer me estaba evitando porque mandó a uno de primer año a decirme que estaría ocupado y no podría darme tutorías hoy. Pensé que fue infantil, pero no le di muchas vueltas al darme cuenta de que si él no quería enseñarme no era mi culpa. Eso sí, estaba comenzando a pensar que tenía un serio problema de doble personalidad; pues en algunos momentos le excitaba y en otros me odiaba con toda su alma. Hoy salimos temprano de clases ya que el profesor de Biología no vino porque estaba enfermo, así que Rose decidió que debíamos hacer una tarde de chicas. El lunes me canceló, así que era lo mínimo que podía hacer.

—Mañana le voy a decir que mejor lo dejemos, que no resultó y ya —me encogí de hombros—. Peter no sirve para esto de enseñar.

—¿No crees que estás siendo muy dramática? —rodó los ojos y me señaló con otra galleta—. Además, ya conoces a la fósil de Matemáticas... nunca va a dejarte cambiar de tutor.

Es cierto, no me daría el gusto en nada ni aunque tenga la mejor calificación en un examen. Como las que tiene Jasper, siempre le va bien... oh...

—Podría decirle a Jasper —susurré para mí misma.

—Perdona, pero... ¿quién es ese? —preguntó confundida—. Me distraigo un momento y ya tienes cuatro chicos en tu vida.

—No hay ningún chico en mi vida además de Alex —me di vuelta y me le quedé mirando—. Jasper es mi compañero de asiento, es el mejor en Matemáticas de nuestro

año —paré porque ella me miraba con una ceja alzada—. Es mi mejor opción, tiene buenas notas.

—Buenas, pero Peter obtiene excelentes —dijo moviendo el índice.

—¿Me estás apoyando? —le dije cansada.

—Es que... le puedes dar una oportunidad —se encogió de hombros—. Peter es un buen chico, deberías ver qué pasa con él y luego formar una pareja y casarte.

La miré con horror, pero ella seguía mirando a la nada mientras soñaba en su mente rosa. Quizás tenía razón respecto a que debía darle una segunda oportunidad, él había salido perdiendo en más de una oportunidad y aún le debía una por lo de la fiesta. Me sentía con las manos atadas.

—Admito que golpearlo es divertido... —negué con una sonrisa un tanto cruel—. Bueno, me quedaré con él. Pero si suspendo mi próximo examen, pido cambio —la amenacé y ella subió las manos.

—Como digas, pero no me vengas después con cuatro novios —habló rápidamente y me abstuve de corregirla, porque sabía que su cerebro no daba para mucho—. Me voy a ver a Justin, nos vemos mañana —me abrazó y abrió la puerta de mi pieza.

—¿Quién es Justin? —le pregunté antes de saliera de mi habitación.

—¡Lo conocí en la fiesta! —me respondió desde las escaleras.

Pronto escuché como arrancaba su Jeep y aceleraba para que nadie la viera en mi casa. Odiaba que ocultara nuestra amistad, pero al final, ella era la única amiga que tenía.

Fui hacia la cocina para dejar los vasos y platos que usamos para comer en mi pieza. Abrí el frigorífico frotándome los ojos y me serví un poco de zumo de naranja que quedaba en una botella. Eran las seis de la tarde, así que debían de estar dando alguna película buena en el cable.

—¡Alex, busca una...! Oh, verdad que salió —recordé que estaba en la casa de Félix jugando fútbol.

Me encogí de hombros y me fui a la sala para echarme un rato en el sofá. Comencé a quedarme dormida después de la mitad de una película de romance empalagoso, pero el sonido de mi celular me sobresaltó de pronto y empecé a buscarlo por todas partes, hasta que revisé mi bolsillo y puse los ojos en blanco.

Seré más idiota.

Noté que me llegó un mensaje de Rose, así que lo abrí un poco extrañada ya que casi nunca me mensajeaba a no ser que fuera importante o quisiera algo de mí.

Rose: Hey... gózala ;)

No entendí a qué se refería y decidí ignorarlo e irme a dormir una buena siesta antes de que mamá llegara y me llamara para ayudarla a preparar la cena. Dejé mi celular en la mesa y cuando ya me encontraba a la mitad de las escaleras sonó el timbre de la puerta. Gruñí un poco y grité que ya iba. Abrí la puerta y no me esperé encontrarme con... esa cosa.

—¿Qué quieres? —dije en un tono cortante, al mismo tiempo que me apoyaba en la puerta medio abierta—. ¿Cómo me encontraste?

—¿No me vas a invitar a pasar? —puso una media sonrisa—. Rose Figgins me dijo dónde estabas, no sabía que a parte de mí también tenías algo con Alex Rosmmot —me observó con falso reproche.

Maldita Rose.

—No, y lo de Alex no te incumbe —al momento que dije eso le cerré la puerta en la nariz y se escuchó un gruñido de Peter al otro lado.

—¡Por qué siempre la nariz, joder!

No pude evitar que una pequeña risa se escapara. Bueno, tal vez no fue pequeña, tal vez fue un poco más alta de lo que esperé. Rose tenía razón, lo único divertido era golpearlo y verlo quejarse como una princesa.

—¿Acabas de reírte? —se escuchó su voz incrédula.

—No —dije solo un poco nerviosa.

Hubo un momento de silencio, así que supuse que se había marchado. Iba a abrir la puerta, pero su voz me detuvo en el último segundo y casi me da algo al corazón.

—Necesito curación para mi nariz —su voz se escuchaba como si se estuviera tapando la nariz.

—Ve al hospital —me negué rápidamente.

—Entonces llama a Alex para que me deje entrar a su casa.

—Alex no está, vete —hablé con tono monótono.

Se escuchó un suspiro de frustración al otro lado.

—Por favor, Annabella —gruñó—. La necesito ahora o mancharé toda tu alfombra de bienvenida con sangre y mocos.

Pensé unos segundos sobre las ventajas de tener a Peter en mi territorio, y así evitar que mi mamá me obligara a limpiar la sangre que dejaría en el piso y la alfombra con mi cepillo de dientes. De cualquier forma, no creo que Alex tardaría tanto como para que él pudiera hacer algo. No estando del todo convencida le abrí la puerta lentamente, pero me sorprendí un poco al ver que no estaba. La cerré confundida, aunque apenas me volteé el cuerpo de Peter estaba frente a mí. Casi se me escapa un gritito de nena, pero me aguanté y puse la mano en mi corazón a la vez que lo observaba con odio.

—Pero que... ¿por dónde has entrado? —miré a todos lados—. No me vuelvas a dar esos ataques de susto.

—Por la ventana —dijo encogiéndose de hombros.

—Estaba cerrada, ¿cómo?... Idiota —comenté, golpeándolo en el hombro.

Se rio un poco de mi actitud y me dieron unas ganas tremendas de arrancarle los ojos de sus cuencas con una cuchara. Tenía una conversación pendiente con él, pero su mera presencia era una molestia para mí en todos los sentidos.

—Necesito pedirte disculpas —me miró a los ojos y yo desvié la mirada para buscar algún papel higiénico para su nariz. Al encontrarlo, caminé hacia él y Peter me siguió un poco, aún hablando—. Creo que fue un poco tonto haberte tratado así. Yo...

—¿Qué quieres realmente? —le dije en tono cansado.

—Lo que dije —frunció el ceño mientras tapaba con el papel higiénico uno de sus orificios—... vine a pedirte disculpas.

—Sí... claro —reí—. Y Alex no está loco por Megan —dije con sarcasmo.

—¿Cómo sabes sobre Megan y Alex? Solo se lo dice a sus amigos más cercanos —se cruzó de brazos y se puso más derecho, haciendo que mi cuello casi se quebrara por

subir tanto mi vista.

—Pues porque soy...

Unos golpes de la puerta me interrumpieron sobresaltándonos a ambos. Miré a Peter por última vez y le di la espalda para abrir la puerta a quien sea que pudiera ser y Alex entró de golpe, pasándome a llevar. Hice una mueca de felicidad, ya que si mi hermano estaba aquí no tendría que enfrentarme al lobo sola.

—Ann, necesito mis llaves porque me iré de copas con... —no terminó la frase cuando notó que Peter estaba aquí—. ¿Qué hace él aquí? —preguntó confundido.

—Es la chica de la que te conté en el entrenamiento. Vine a pedirle disculpas por lo del chupón y por echarla de mi casa así como así después de que me subiera sobre ella y hasta casi besarnos —dijo encogiéndose de hombros y me observó con los ojos entrecerrados—. Pero no me cree... ¿y por qué está en tu casa?

Me golpeé la frente con la mano por lo imbécil que había sido. No me molestó que fuera sincero y directo con mi hermano, pero no tenía ni idea en el problema que se había metido apenas mencionó la palabra chupón. Me alejé unos pasos de ambos, porque ya veía como Alex estaba hecho piedra. Estallaría en cualquier momento, y lo más importante era que mataría a Peter.

Alex me miró con los ojos abiertos y luego regresó su mirada a Peter. Lo miró con una ceja alzada y me observó nuevamente, con cara de pocos amigos. No sabía si aumentar la llama o bajar el calor de la situación, así que decidí decir la verdad y nada más que la verdad.

—No miente, yo le dejé la nariz peor de lo que estaba —dije con los brazos cruzados y con toda la calma del mundo.

Volteó a ver a Peter, pero ahora sí parecía que iba a asesinar a alguien con sus propias manos.

—¿La siguiente de tu lista? —preguntó mirándolo fijamente.

—Eh... no lo sé —habló rápidamente, un tanto confundido por la actitud de mi hermano.

Lo miré con una expresión sorprendida. ¿Lista? La poca rabia que me dio desapareció en el momento en que Alex tomó del cuello de la playera a Peter y lo tiró contra la pared. Por una parte quería que le destrozara la cara, pero sabía que no era lo correcto. Según mi conciencia.

Hice una mueca con la boca y me extrañó ver lo furioso que se le veía a Alex, así que comencé a pensar que las cosas se saldrían de control si no hacía algo pronto.

—¿Le hiciste algo?! —me apuntó con su dedo índice y se acercó peligrosamente a Peter.

—No... —dijo Peter algo nervioso y extrañado por su reacción.

—¿La tocaste? —su tono era algo más calmado pero seguía enojado.

—Yo... ¿tal vez? —su nariz comenzó a sangrar y nos quedamos en silencio.

Adiós Peter. No fue un gusto conocerte.

El puño de Alex comenzó a cerrarse a la vez que miraba a su mejor amigo con ojos de asesino. Levantó su mano para poder golpear su rostro con fuerza, por lo que pude notar. Pero antes de que se acercara lo suficiente al rostro de Peter, se detuvo a centímetros ya que el culpable dijo la salvación más idiota que se le ocurrió.

—¡No sabía que era una de las tuyas! —tenía los ojos cerrados esperando el golpe que nunca llegó.

Ugh, fue horrible pensar en la simple idea de Alex y yo teniendo una relación. Nunca lo vería como más que el que me pegaba mocos en el cabello cuando éramos más pequeños. Alex tuvo una reacción parecida a la mía, ya que lo vi hacer una mueca de asco. Me miró un tanto confundido, así que me encogí de hombros al momento que me acercaba más a ellos.

—Peter, Alex es mi hermano —hablé asqueada por su deducción. No podría besar a este gusano apestoso.

—¿Hermanos? —me miró más aliviado, aunque enseguida se dio cuenta de que era peor.

—Por ser mi amigo no te golpearé tan fuerte —Alex hizo sonar sus dedos y Peter se encogió en su lugar.

No me sentía culpable ahora, así que me daba lo mismo si terminaba con un diente menos. Noté que las posibilidades de que saliera ileso de aquí eran muy pocas, así que no me esperaba que sobreviviera. Si el imbécil de Peter no decía algo creativo o se disculpaba de rodillas, las cosas no resultarían bien para él pero sí bien para mí. No me molestaría más después de eso.

Mi hermano tomó a Peter por el cuello de su playera, para evitar que huyera, y lo levantó un poco del piso. Ambos eran de casi el mismo tamaño, así que no sé cómo era posible.

—¡Fue culpa de Félix, él me dijo que hiciéramos una apuesta para ver si podía acostarme con ella! —juntó sus manos frente a su rostro con una mirada de súplica—. ¡No me golpees, Alexito bonito!

Resultó un poco, ya que lo soltó y se quedó parado unos segundos antes de dirigirse hacia la puerta. Claro, no sin antes regresar sobre sus pasos y golpear a Peter en el estómago. El agredido colocó las manos en la zona herida y cayó sobre sus rodillas, mientras que yo lo miraba con una sonrisilla en mis labios. Alex agitó su mano en el aire y me volteó a ver con cara de pocos amigos. La sonrisa que tenía desapareció de golpe tragué con fuerza el nudo que se formó en mi garganta. Entrecerró los ojos hacia mí, así que lo único que supe hacer fue mirar a otro lado para evitar problemas. Suspiró, y antes de que me diera cuenta me estaba agarrando de los hombros y me miraba fijamente.

—Vuelvo en seguida. Si intenta algo sabes que puedes golpearlo con mi consentimiento —me echó una última mirada y yo asentí—. Y tú —señaló a Peter— te quedas aquí, tenemos cosas pendientes que hablar cuando vuelva.

—Un gusto ser tu mejor amigo —dijo Peter sin aliento desde el suelo.

Alex se fue rápidamente por la cabeza de su próxima víctima, así que me quedé al lado de la puerta, escuchando como alguien trataba de recuperar la respiración con mucha dificultad. Miré en su dirección y noté que había manchado el piso con la sangre que chorreaba de su nariz, así que suspiré cansada y me agaché frente a él para ver si podía levantarse e irse de mi casa de inmediato.

—¿Y... desde cuándo que son hermanos? —me preguntó apenas, así que me dio un poco de lástima.

—¿No se te ocurre una pregunta mejor? —lo golpeé en la frente con mi dedo—. Pues desde que nació yo, obviamente.

—Pero no entiendo, Alex tiene un hermano llamado Jas, no una hermana —levantó la vista y me observó con los ojos entrecerrados.

Rodé los ojos con frustración. Al parecer me había confundido con un chico y además me llamaba por mi segundo nombre. Me levanté y comencé a caminar a la cocina para sacar el algodón y el alcohol del botiquín de emergencias. Al poco rato noté que Peter me siguió el paso, porque se sentó en una silla que estaba detrás de mí.

—Jazmín es mi segundo nombre, mi mamá suele llamarme Jas a veces —saqué lo que necesitaba y lo puse en la mesa a su lado.

—Oh... eso explica mucho —habló con tono de comprensión y me volteé—. Pero tienen diferente apellido.

Cerré la puerta del botiquín con fuerza.

—Eso no te incumbe.

Volví con él y saqué una gran cantidad de algodón, para después ponerle mucho alcohol. Noté que me miraba extrañado y al ver que iba a decir algo —probablemente estúpido— apreté con fuerza el algodón en el orificio de su nariz. Maldijo fuertemente, y yo sonreí con malicia por hacerlo callar tan fácilmente. Estuvimos en silencio mientras yo limpiaba la sangre de su nariz y hacía muecas pequeñas de dolor. Pero como él no podía mantener su boca cerrada, se puso a hablar como un loro.

—No necesitabas alcohol para limpiar mi nariz —se quejó de pronto.

—Es por si acaso, además quería ver qué tan nenita eres —me encogí de hombros.

Otro silencio.

—¿Te gustó la función? —me miró con una sonrisa falsa.

—Mmm... he visto mejores.

Soltó una risa leve y me comenzó a mirar mientras yo estaba concentrada limpiando el resto de sangre que quedaba. Después de unos instantes comencé a sentirme incómoda porque me observara de esa forma, no me gustaba que me vieran por tantos segundos. Levanté la vista al mismo tiempo que él, así que volví a recordar el incidente de la fiesta, cuando caí casi sobre él en la bañera.

—¿Qué miras? —pregunté un poco avergonzada.

Sonrió un poco y sentí mi corazón ir solo un tanto más rápido.

—Tu pijama de Bob Esponja es ridículo —comenzó a reír mientras negaba con la cabeza.

Lo observé con cara de no tienes remedio y me crucé de brazos ante su estúpido comentario. Sus ojos se desviaron automáticamente a mis pechos y lo miré indignada, a la vez que lo golpeaba de nuevo en el estómago, justo donde mi hermano lo hizo antes. Se agachó sobre sí mismo y aproveché de tomar los algodones usados para tirarlos al basurero.

—Eres cruel —me habló desde su asiento.

—Claro, pero porque te comportas como un cretino —respondí—. Levántate, te ayudaré a llegar al sillón.

Puso su brazo sobre mis hombros y lo ayudé a caminar hasta la sala. A pesar de que estaba caminando encorvado, me seguía ganando en tamaño y eso me hacía sentir una niña de nuevo. Tenía suficiente con Alex para que viniera él y me intimidara con su

tamaño de gigante. Lo tiré sin mucha delicadeza en el sillón, por lo cual se quejó y me observó con resentimiento.

—Si quieres que te ayude mira hacia acá —señalé mis ojos, pero con una sonrisa volvió a mirar mis pechos a propósito—. ¡Dios! ¡No se puede contigo!

Froté mis sienes y noté que Peter se había levantado del sillón con dificultad. A continuación, me agarró de la muñeca izquierda y me apresó en la pared que estaba más cerca de nosotros. Parecía que le dolía hasta estar de pie derecho, pero si ese era el caso no le importaba mucho.

—¿Se te va a hacer costumbre esto? —gruñí, a la vez que apretaba mis dientes.

Me miró con una sonrisa confiada en su rostro.

—Tal vez no me puedo resistir —alzó una de sus cejas y yo rodé los ojos.

Corrió mi cabello del cuello para ver su maravillosa obra de arte. Había tratado de cubrirla con el maquillaje de Rose los días anteriores, pero como me había duchado después de la escuela no me di el tiempo de hacerlo de nuevo. Mi madre no se había dado cuenta porque solo me veía en la mañana y a veces en la tarde, así que solo tuve que andar con un pañuelo para evitar que Alex lo notara.

—Vuelve a poner tu sucia lengua en mi cuello, Harrison, y te juro que no tendrás hijos —fruncí el ceño.

—Créeme que si te hago otro chupón, ya no será en tu cuello —dijo mientras se acercaba peligrosamente.

—Aléjate, Peter —gruñí a la vez que movía mis brazos tratando de liberarme, pero era imposible porque estaban detrás de mi espalda.

—No, hasta tener lo que me debes desde que estuviste en mi casa —comenzó a estar cada vez más cerca de mi boca.

Me comencé a poner incómoda por su cercanía y las hormonas de la adolescencia estaban comenzando a aparecer en el peor momento. Me di cuenta de que ya no me movía por resistirme, y que quizás quería besarlos porque, muy en el fondo, quería probar qué era lo que pasaría. No perdía nada en intentarlo, ya que nadie se enamora después de un beso. Nuestros labios se rozaban y mi respiración estaba un poco agitada, al igual que la de Peter.

Acunó mis mejillas en sus manos y entrecerré los ojos, esperándolo inminente. Pero, justo un segundo antes de que nuestros labios se juntaran su celular comenzó a sonar, sobresaltándonos a ambos y separando a Peter de mí rápidamente. Parecía molesto y a la vez confundido.

Noté lo que estaba a punto de hacer y abrí mucho los ojos. ¿Había estado a punto de besar a Peter Harrison? ¿Yo?

Peter sacó su celular del bolsillo y contestó de mala gana.

—¿Qué quieres, Félix? Estoy ocupado.

—¿Estoy ocupado? —escuché como imitaba su voz—. Peter, Alex me contó todo. Ahora tengo la nariz quebrada y un buen moretón en el ojo. Nunca hemos hecho una apuesta —dijo Félix con calma, pero sabía que lo quería matar.

Peter iba a decir otra cosa, pero me le adelanté y lo golpeé con fuerza en los bajos. Cayó al piso con un ruido sordo, así que aproveché, de tomar el teléfono y mirarlo con cara de pocos amigos.

—Félix, soy Ann —hablé mientras caminaba hacia el sillón y me sentaba con calma en él—. Yo me encargo de él, no te preocupes.

—Lo dejo en tus manos, sé cómo te pones cuando estás molesta —habló un poco más aliviado—. Adiós, nos vemos.

Tenía el presentimiento de que Félix se vengaría, pero eso ya no era mi asunto. Vi por el rabillo del ojo que Peter se estaba levantando con ayuda de la pared, así que me crucé de piernas y lo observé con una mirada de profunda molestia.

—Si eso era lo que querías lograr —dije con tono monótono— puedes irte de mi casa, señor masoquista.

—Alex me dijo que lo esperara aquí —se encogió de hombros.

—Yo creo que mi hermano entenderá que no quiero pasar más tiempo contigo —sonreí con los labios apretados.

—De acuerdo —suspiró rendido—, pero dame mi teléfono al menos —extendió su mano hacia mí.

Le lancé el celular sin mucho cuidado, logrando que pusiera una cara de espanto y lo agarrara apenas. Me fulminó con la mirada, pero yo me dediqué a observarlo con una ceja alzada. Me levanté rápidamente y empecé a empujar su cuerpo para que saliera de mi casa, pero en el último momento se apoyó en el umbral de la puerta con manos y pies para evitar salir.

—¿Cuándo seguiremos con las clases? —preguntó adolorido.

—El viernes. En la biblioteca —dije en tono seco mientras trataba de sacarlo—. ¿Puedes irte?

—Quiero mi beso de despedida —se acercó de un movimiento brusco, pero mi mano empujó su cara en el último instante.

—¿Notas que estás en una pose prometedora? —crucé mis brazos y lo miré con una ceja alzada.

Se quedó paralizado y por fin notó que podía golpear su entrepierna en cualquier momento. Inmediatamente se alejó y aproveché de cerrarle la puerta apenas estuvo afuera.

—¡Nos vemos el viernes! —gritó para que me lo escuchara por si acaso.

Rodé los ojos y sonreí, ya que no me creía que fuera así de masoquista.

Diablos, está volviéndome loca.

ROSA CHILLÓN Y FALSAS ESPERANZAS

ANN

Estaba harta del interrogatorio al cual mamá me sometió después de encontrar sangre en el piso el miércoles. Me preguntó si Alex se había peleado con alguien o si habíamos roto uno de sus jarrones finos y nos cortamos recogiendo los trozos que quedaban. Después de rendirme y notar que no era una buena idea decirle todo respecto a la intromisión de Peter en la casa, para su posterior «maltrato» de Alex y de mi parte; decidí decirle que el periodo me tomó por sorpresa y se me olvidó limpiar. No era la mejor mentira del mundo, pero al menos luego de eso dejó de preguntarme y me obligó a limpiar los mocos y sangre de Peter.

Mi mamá no tenía idea de las tutorías, porque no le mostraba mis calificaciones y estaba usualmente ocupada con el trabajo. Se me hacía muy sencillo evitarle ese problema.

Ahora, aburrida en casa durante un viernes, solo podía pensar en una cosa.

Nutella.

No recuerdo cuando fue la última vez que comí un poco de ese manjar de dioses, pero ya la extrañaba y necesitaba un poco de mi bebé para poder llevar bien estos días.

Me dirigí a la cocina para ver si quedaba un poco en el pote que oculté en el refrigerador, pero no me llevé una grata sorpresa al ver que el pote estaba completamente vacío, con una nota de «te lo debo» pegada en la tapa. Saqué rápidamente mi celular de mi bolsillo y comencé a escribir furiosa.

Ann: Tráeme una ahora. Ya sabes de qué estoy hablando, Alex.

Frustrada, no tuve más remedio que volver al sofá. Cuando iba aprender el televisor mi trasero vibró, indicando que Alex había captado mi mensaje. Saqué el celular de mi bolsillo y vi que había un mensaje... pero no era del idiota de mi hermano.

Desconocido: ¿qué tal?, ¿ya me extrañas;)?

Tenía el presentimiento de saber quién era, pero tenía que confirmar si era el mismo desesperado de siempre o algo mucho peor. En el fondo deseaba que fuera alguno de mis amigos, pero no tengo muchos que se atreverían a mandarme un mensaje así.

Ann: ¿Quién eres...?

Desconocido: ¿Ya me has olvidado? Vaya... sabía que no era el único en tu vida.

Agendé el nombre de Peter como se lo merecía y rodé los ojos. A veces era una total reina del drama, pero ese puesto era demasiado grande para él. Sospeché que Rose le había dado mi número, así que tendría que hablar seriamente con ella respecto a sus juguetos.

Ann: ¿Tan temprano por la mañana molestando?

Ann: ¿Que no tienes nada mejor que hacer?

La respuesta no tardó en llegar.

Princesa: La verdad no he podido dormir sin que estés a mi lado...

Sí, le puse *Princesa* porque literalmente lo era. Viviendo en su castillo, con una madre a la cual trataba de empleada, además en su rostro se veía que era dormilón como la bella durmiente. Por otro lado, ya me veía un día teniendo que salvarlo de un dragón.

No volví a responderle y él tampoco me mandó otro mensaje, pero poco me importó. Después de todo, él volvió a cancelar nuestras tutorías porque se le había hecho tarde en uno de sus entrenamientos y el entrenador le obligó a limpiar las pelotas de básquet hasta que quedaran relucientes. No me quejé, pero lo llamé irresponsable y me burlé de él por no cumplir con sus promesas. Me lanzó un balón en la cara, pero ya no me duele al menos. Quizás Peter no era tan malo como parecía, pero seguía siendo un perverso, acosador, mentiroso y despreocupado. En el fondo, creo que estaba buscando al chico con el que hablé en la fiesta. Aquél que me distrajo del mundo y me divirtió con sus comentarios ingeniosos.

Era frustrante en parte, porque parecían dos personas diferentes en estos momentos.

Me pasé la mano por el cabello suspirando, a la vez que me dejaba caer pesadamente en el sillón de la sala. Después de un rato viendo dibujos animados, decidí mandar un mensaje a Rose para que me llevara al súper a comprar la crema de avellanas, ya que había perdido la esperanza de que Alex me hubiera hecho caso. También tengo que hablar con ella por intentar juntarme con Peter.

Le decidí mandar un mensaje de texto:

Ann: Llévame al súper. Tenemos que hablar.

Me levanté para ir a mi habitación y poder cambiarme el pijama que llevaba puesto. Apenas crucé la puerta me llegó la respuesta de Rose.

Rose: Oki, besos : Pasó a las 9?

Miré el reloj del celular, son las ocho en punto. ¡No puedo esperar tanto!

Ann: 8:30. Tengo hambre y me la debes.

Rose: tan poko para arreglarme??? pense que me conosias

Sonreí un poco ante su respuesta y saqué ropa interior limpia junto a una playera y mi short blanco favorito. Me iba a hacer una coleta pero el chupón de Peter era morado, demasiado grande y muy notorio a pesar de que ya habían pasado unos cuantos días. Pero el calor que había afuera podía hacer que un ave se cociera en medio vuelo. Ya no podía ocultarlo con maquillaje, se me había acabado el poco que Rose me había dado, así que no tuve más opción que ponerme una venda alrededor del cuello. Parecía como si alguien hubiera intentado ahorcarme y ocultara las pruebas, pero esto era mejor que mostrar lo que es idiota me había hecho.

No le iba a dar esa satisfacción.

Bajé rápidamente después de tomar mis llaves y mi billetera, para así salir a esperar a que Rose llegara en su Jeep. No me esperé que al abrir la puerta Alex se apareciera con una cara de estúpido y un ojo medio cerrado. Ahora que lo pienso no creo que haya llegado a dormir. Lo primero que noté fue un fuerte olor a alcohol y arrugué la nariz inevitablemente.

—¡Anni! ¡¿cómo está mi hermana preferida?! —gritó mientras me abrazaba.

—Soy tu única hermana, idiota —dije mientras trataba de sacármelo de encima con una

mueca—. Alex, me asfixias.

—Lo sien-hip-to... pero es que te quiero como las vacas —me soltó y estiró sus brazos lo más que pudo a ambos lados de su cuerpo—, muuuuuuuuuchoooo... y creo que debemos hablar —sonrió, pero en seguida entrecerró sus ojos hacia mí.

Vaya, su cambio de humor fue rápido.

—En la tarde, cuando estés sobrio. Tengo que encontrarme con Rose —dije mientras me volteaba y lo empujaba hacia dentro de la casa.

No quería que los vecinos lo vieran así y le dijeran a mi mamá. Todos eran unos chismosos sin vida propia y prefería dejarlo en la casa para que se durmiera en alguna parte. Cerré la puerta con llave y salí corriendo por el patio, pero los gritos de mi hermano me obligaron a voltearme en medio de mi cruzada.

—¡Anni! —gritaba mientras golpeaba el vidrio del lado de la puerta.

Rodé los ojos y me llevé una mano a la cabeza. De pronto desapareció de mi vista y pensé que se había desmayado, así que me preocupé un poco y comencé a acercarme a la casa lentamente. Antes de darme cuenta, noté como estaba trotando torpemente en dirección a la ventana de la sala.

Oh no...

—¡Alex no lo ha...!

Fue demasiado tarde. Su cara chocó contra el vidrio y cayó de trasero al piso mientras se tapaba la cara y se movía como un bebé haciendo una pataleta. Mi primera reacción fue reír y tirarme al suelo con lágrimas en los ojos. Parecía una foca con un ataque epiléptico. Mi ataque de risa era tan grande, que no había oído al auto de Rose estacionándose frente a la casa.

—Ann... ¿Qué te pasa? —su tono de preocupación me trajo a la realidad.

—Alex... ventana... nariz —traté de explicar, pero no podía parar de reír.

—¿Pero qué...? —Rose se comenzó a reír cuando vimos que Alex golpeaba con un dedo el cristal.

—¡Soy Divergente! ¿¡Por qué no puedo romper el jodido cristal!? —gritó dándole énfasis al golpe.

Toda la seriedad del momento se esfumó y comenzamos a reírnos como dos maniáticas. Ambas estábamos tiradas en el suelo tratando de respirar. Cuando por fin nos calmamos nos paramos con algo de dificultad.

—¿Crees que esté bien dejarlo solo? —preguntó aún con una sonrisa.

—Sí —miré a la ventana y creo que se había quedado dormido, porque estaba en el piso chupándose el dedo—. Espera, ve al auto, ya vuelvo.

Rose se fue y yo me acerqué a Alex para poder sacarle una foto.

—¡Soborno! —dije con una sonrisa mirando la belleza que saqué.

Me dediqué todo el camino a decirle lo que había pasado a Rose. Ella parecía no escucharme del todo, pero cuando le dije que Alex había golpeado a Peter en el estómago me miró sorprendida. Le indiqué que mirara al camino y ella me hizo caso después de que le prometiera contarle después lo que había pasado. Llegamos al supermercado y partí corriendo a la sección de azúcar, dulces y esas cosas. Tomé unos regaliz, unos chocolates y a mi preciosa no la solté hasta que llegamos a las cajas.

Rose me dio el dinero para pagar mientras el empaquetador le coqueteaba descaradamente. Me estaba hartando de sus frases típicas, así que cuando terminé, tomé del brazo a mi amiga y fijé mi vista en el chico.

—Oye, tú —miré su credencial para saber su nombre—, Steven. Deja de coquetearle a mi amiga y déjala en paz.

Tomé las bolsas y tiré del brazo a Rose para sacarla de ahí lo más pronto posible, pero vi de reojo que le hacía señas para que el chico la llamara. Le di un zape en la nuca y ella comenzó a quejarse porque según ella fui muy bruta.

—¡Oye!, ¿quieres que me quede soltera y con gatos? —me preguntó mientras se soltaba de mis manos y caminaba a mi lado.

—¿De verdad quieres que te conteste eso? —le pregunté con una ceja alzada y una sonrisa—. Rose, ese chico trabaja aquí desde hace tiempo y siempre lo veo coqueteando con cualquier cosa que tenga piernas y trasero. Además, el otro día lo vi metiéndole mano a una chica en pleno estacionamiento. ¿Necesitas otra razón para que lo aleje?

Iba a decir algo pero al parecer prefirió callarse. Subimos a su auto y saqué la Nutella. Ella me golpeó en la mano cuando intenté abrirla y la guardó en su bolso.

—Después, como venganza por no dejarme hablar con Esteban —irguió su cabeza, tratando de parecer indignada.

—Steven —la corregí.

—Lo que sea —puso los ojos en blanco y se revisó el labial en el espejo retrovisor—. Oye, creo que tus problemas se acabarían si te acuestas con Peter —dijo distraídamente.

—Ugh, no... ¿Siquiera escuchas lo que te digo de él? —la observé con una ceja alzada.

—¿Qué dijiste?

Lunes. La palabra más odiosa, agotadora y puta del diccionario. No, si fuera así entonces el lunes sería fácil.

Iba caminando hacia la escuela cuando me detuve enfrente de una tienda de regalos. Un llavero me llamó la atención y una voz comenzó a decirme «cómprame, cómprame». Era un elefantito con diamantes pequeños de patitas y uno grande rosado de cuerpo. No era mucho mi estilo, pero no podía negar que me parecía un detalle bonito. Entré a la tienda y apenas cerré la puerta una anciana se asomó desde otra habitación. Parecía amable, y me ofreció té y galletas mientras echaba una ojeada en el lugar. Al final, la simpatía de la abuelita y la culpabilidad de irme sin comprar nada me ganó.

Lo compré, no lo necesitaba pero era muy lindo... Así que supuse que valió la pena.

Bueno, quizás no tanto ya que llegué diez minutos tarde a Biología. El profesor me reprendió, pero en seguida me mandó a sentarme al fondo de la clase con el único alumno que quedó sin pareja. Apenas me senté noté que Jasper estaba dormido y su cuaderno se encontraba todo baboseado.

—Despierta, dormilón —le pegué en la espalda y pasé mi mano de abajo hacia arriba.

Bostezó exageradamente y el profesor nos echó una mirada a ambos. Me disculpé con una mueca.

—Buenos días —dijo estirándose y frotándose los ojos—. ¿Cuándo hacemos el trabajo?
¿Qué?

—¿Qué trabajo? —abrí mucho los ojos.

—El trabajo de Biología, boba —su sonrisa me decía que no era broma.

—Demonios... ¿para cuándo es?

—Para el miércoles... tal vez podríamos hacerlo mañana, si no te molesta —me sonrió y apoyó su brazo sobre mis hombros—. Ann y Jasper, juntos contra Biología.

—Claro —reí un poco y el profesor nos mandó a callar.

Todo pasó normal... hasta que la hora del almuerzo llegó.

Después del entrenamiento, Félix sacó toda la ropa del casillero de Peter y se la llevó lo suficientemente lejos para que tuviera que salir desnudo a buscarla. Salió corriendo tras Félix pero se detuvo detrás de un negocio al notar que la directora estaba fuera de su oficina sentada «admirando» el paisaje.

Corrección, fumando mientras espiaba al entrenador con ojos lascivos.

Félix aprovechó la oportunidad para poder correr y esconderse, mientras que Peter estuvo media hora esperando que se fuera la directora.

O eso es lo que me acababa de contar Félix, porque llegó conmigo para esperar que Peter saliera. Nos sentamos en el pasto juntos a mirar cómo Peter tapaba sus partes nobles con una toalla diminuta. Y que conste, cuando digo *diminuta* es diminuta literal.

—¿Cuánto crees que puede estar en el negocio? —preguntó Félix con los ojos entrecerrados.

—Espero que ya salga, no creo que la toalla le agrade estar allí —hice una mueca fingida y enseguida sonó el timbre que indicaba que el descanso había terminado.

—Ojalá —Félix lanzó una carcajada y movió las cejas—. Ven, te acompaño a tus clases.

Se levantó y me ayudó a ponerme de pie. Comenzamos a caminar hacia mi clase de arte tranquilamente. Félix me estaba contando que las cosas estaban yendo bien con el equipo, y que pronto un representante de la universidad a la cual quiere ir, viene a buscar nuevos talentos. De los tres, al parecer el rubio siempre ha sido el más responsable y consciente de su futuro, pero eso no evita que se divierta con mi hermano y princesa.

Empezamos a reír después de que a Félix se le ocurriera la idea de colocar sus ropas en el techo de la escuela, pero un grito de Peter hizo que nos detuviéramos en seco. Me volteé y noté que el muy idiota venía corriendo como si el mismo diablo lo persiguiera; en un segundo mi acompañante estaba en el piso y la ropa de Peter se encontraba volando por los aires. La tomó desesperado y comenzó a correr de vuelta a los camerinos. No sin antes decir que se vengaría.

Me acerqué a Félix y creo que estaba medio inconsciente... o medio muerto.

Traté de levantarlo pero el muy gorila era pesado. Suspiré, saqué mi celular para ver la hora y noté que llegaría tarde a clases. Me mordí el labio inferior.

Mmm... no creo que pase algo malo, ¿o sí? Lo miré por última vez y corrí hacia la clase. Por suerte llegué a tiempo. Me senté en la mesa del fondo tranquilamente, para después comenzar a sacar mis materiales y ponerme pronto a dibujar. Pude notar cómo alguien tapaba mis ojos y apreté los dientes.

Odio.que.hagan.eso.

Di un golpe hacia arriba y las manos salieron de mi cara, junto con un quejido que logré reconocer.

—Odio que hagan eso —dije mientras abría mi cuaderno de dibujo y lo miraba con falso enojo.

—Lo siento, no me resistí —se quejó Jasper con una sonrisa—. ¿Me puedo sentar aquí? —preguntó señalando el asiento que estaba a mi lado.

—Si quieres —sonreí sin prestarle mucha atención.

El profesor no tardó en llegar, así que después de que diera las instrucciones terminé el trabajo sin problemas después de media hora. Siempre me ha gustado la pintura y obvio que se me hace fácil esta clase, ya que mi papá nos solía llevar a Alex y a mí a museos de arte o a exposiciones y me enseñó muchas cosas que hoy recuerdo con cariño. Mi hermano se aburría y se burlaba de muchas de las pinturas, pero aún así yo lo ignoraba e inventaba mis propias historias sobre cada cuadro. Después de recorrer casi todo el lugar nos invitaba a comer un emparedado al restaurant que eligiéramos. Siempre pedía lo mismo, el emparedado de pollo, una gaseosa y de postre helado de arándano.

Eran bonitos tiempos.

Estaba tan aburrida que decidí hacer rayas sin sentido dejándome llevar por lo que fuera que rondara mi mente en esos momentos. Solía hacer esto para relajarme, pero después de un rato comencé a darme cuenta de que las líneas estaban creando un rostro sin darme cuenta. Tenía solo la forma la cara y el cabello, así que empecé a dibujar las facciones que creía se verían bien con esos rulos desordenados. Inicé con la nariz, los labios y las cejas, para terminar finalmente dibujando unos iris más oscuros que la córnea.

Cuando me alejé para observar lo que había hecho, mi corazón dio un vuelco y me asusté. Terminé cerrando cuaderno rápidamente para que nadie lo viera.

Había dibujado a Peter.

¡¿Por qué lo acababa de dibujar?!

Respiré agitadamente y me levanté a entregar el trabajo al profesor. Le pedí si me dejaba salir antes y por suerte me dio permiso.

—Ehh... señorita Berries —me di la vuelta y noté como el profesor me mostraba el dibujo lleno de trazos.

Reí nerviosamente y me acerqué a él. Con un movimiento rápido, cambié los trabajos y le sonreí tiernamente. Agarré mis cosas, bastante sonrojada y salí del salón de clases. Fui a mi casillero para tomar mi patineta y me dirigí a mi casa.

Uh, martes.

Ayer me quedé dormida viendo *Mi novio es un zombie* en el sofá y mi espalda me está matando porque nadie se dio el detalle de despertarme y mandarme a dormir a mi cómoda cama. Apenas desperté, sentí un tirón en mi cuello y me tuve que quedar quieta durante unos minutos, porque ya parecía que me iba a morir por hacer un movimiento muy brusco. Lo siguiente que hice fue subir a mi habitación arrastrando los pies a cada paso que daba. Llegué finalmente a mi habitación, pero recordé que en las mañanas el agua caliente a veces no servía. Decidí ir al baño de visitas para no arriesgarme, aunque

a penas entré y abrí la llave me di cuenta de que no salía agua caliente. Estornudé una vez y me asomé por la puerta, con solo la toalla.

—¡Alex! ¿Te acabaste el gas? —grité hacia su habitación para que me escuchara.

—Tal vez sí, tal vez no —se asomó desde la puerta.

—¿Por qué no me dijiste antes? —le reclamé mientras mi cuerpo se encontraba tiritando.

Cerré la puerta y miré el chorro de agua que salía, casi retándome a enfrentarlo. Suspiré, entrando rápidamente a la ducha y chillando exageradamente al principio. El agua estaba más fría de lo que esperaba y terminé tiritando una vez me salí para secarme el cuerpo. No estaba acostumbrada a bañarme con agua helada, la verdad nunca en mi vida lo había hecho y no paraba de tiritar. Así que me fui corriendo a mi pieza para poder vestirme lo más apresuradamente que me permitieran mis brazos. Estornudé muchas veces seguidas, así que si terminaba con un resfriado fuerte por culpa de Alex... lo dejaría durmiendo afuera.

Salí mi habitación ya lista y vi como Alex estaba afuera del baño con una toalla rodeando su cintura. Me sacó la lengua y entró rápidamente al baño. Observé la puerta con una ceja alzada y luego escuché como sonó el ruido de que estaba prendido el gas... esperen, ¿qué?

Me acerqué furiosa y golpeé la puerta bruscamente. Sentía mi cara roja de la rabia.

—¡Alex! —le grité desde el otro lado de la puerta.

—¡Tenías que salir rápido del baño, Ann, no iba a esperar, así que apagué el gas! —me gritó de vuelta.

Agh. Por estas razones a veces quería dejarlo debajo de un puente a merced de los lobos.

Fui a mi habitación, tomé mi celular, mi mochila y salí de la casa dando un fuerte portazo. Estornudé apenas llegué a la parte de atrás de la casa para buscar mis patines, así que ahora por culpa de este voy a estar todo el día con mocos en la nariz. Una vez me los puse, oí como el tono de mi celular sonó, mostrando que tenía un mensaje.

Rodé los ojos al ver quién era.

Princesa: Hola, ¿llegarás tarde?

La verdad, mi mañana no había sido la más agradable, y podía explotar con cualquier cosa. Para no dar problemas, simplemente ignoré el mensaje.

Me levanté del suelo y empecé a dirigirme a la escuela lo más rápido que podía. Sentí como mi celular vibraba de nuevo y bajé la velocidad para ver qué me había escrito.

Princesa: ¿Qué pasa? ¿Ya hice algo malo?

Volví a meter mi celular en la mochila y llegué a la escuela en tiempo récord. Como aún era temprano, me tomé mi tiempo para ir a mi casillero y sacar mis cuadernos de Física y un bolígrafo. No necesitaba más que eso, así que cuando llegué al aula no había nadie más aparte de Jasper y unas chicas que no conocía del todo, pero parecía como si les cayera mal. No sé porque era eso, pero tampoco quería (ni necesitaba) ser amiga de ellas.

El asiento junto a Jasper estaba ocupado, así que me senté dos puestos detrás de él y me observó con carita de cachorro herido. Me encogí de hombros con una sonrisa y me despedí de él con un movimiento de mi mano. De nuevo no había desayunado porque

estaba molesta con Alex, pero por suerte recordé que tenía unos cuantos dulces en mi mochila. Estaban desde hace más de una semana, pero no creí que me fueran a hacer daño.

Cuando saqué uno de fresa del bolsillo pequeño sentí algo raro, y cuando lo saqué encontré el elefantito que había comprado y comencé a jugar con él. Lo había olvidado por completo, pero debo admitir que me hipnotizaba verlo.

Jasper, de pronto, se apareció a mi lado y me quitó el elefantito de las manos en menos de tres segundos.

—¡Oye! —arrugué un poco la nariz y él se rio de mi cara.

—¡Tranquila! —me sonrió y me hizo un gesto para que me calmara—. Mi tía tiene uno igual y te quiero enseñar algo.

Lo dejé que se quedara con el llavero, por ahora. Cuando vio que me relajaba, se acercó a la ventana que estaba a mi lado y corrió la cortina dejando entrar la luz del sol. Me observó con expectación y yo lo miré con curiosidad. Acercó el elefante a la luz y un montón de pequeños círculos de arcoíris se reflejaron en el techo y parte de la pared.

—¡Wow! —mi mirada estaba pegada en el techo.

Era algo tan bonito y colorido. Al parecer solo algunos de los alumnos lograron notar lo que ocurría sobre sus cabezas, pero yo me encontraba jugando con las luces que llegaban a mis dedos. Estaba tan concentrada que no noté como alguien se apoyaba en mi mesa y me observaba con una sonrisa.

—No le muestres eso al profesor, te dará una clase completa sobre los prismas dispersivos —me desordenó el cabello—. ¿Qué haces, frutita?

Odio ese sobrenombre. Mi apellido puede tener que ver con frutas y esas cosas, pero no es para ese tipo de burlas. Estuve a punto de reprocharle el que me llamara así, pero Jasper giró un poco el elefante y un pequeño arcoíris se posó en su entrepierna, justo en el medio.

Traté de aguantar la risa, pero me estaba resultando un tanto difícil.

—Oye, Félix —le dije soltando una risita, ya calmándome—. Mira tu entrepierna.

Él me miró confundido y dirigió su mirada a su animada parte baja. Abrió mucho los ojos y una extraña sonrisa apareció. Algo me decía que estuvo hablando con Alex esta mañana, porque pude ver cómo su modo infantil —que aparecía cada dos semanas más o menos— se hacía notar. Lo único que escuché antes de casi caerme de la silla fue algo que nunca olvidaré.

—¡Mi amigo! ¡Mi pene está en modo *party*!

Con Jasper estallamos en carcajadas mientras Félix lo señalaba como si fuera algo digno de exhibición. Había levantado sus brazos y cuando me fijé de nuevo en el punto arcoíris, noté algo más interesante y divertido todavía.

—Félix —dije tratando de respirar—. ¿Desde cuándo tú tienes ropa interior rosa?

Me observó con una ceja alzada y paró de celebrar por unos momentos.

—Es roja —me corrigió como si no supiera lo que son los colores.

—Es rosa, solo mira —contraataqué.

—Roja.

—Rosada —reí.

Su sonrisa desapareció, pero no parecía dispuesto a creermelo. Siempre había sido un cabeza dura y con el ojo morado y la nariz parecida a la de Peter, no podía tomarlo nada en serio.

—Es roja, mira —se bajó un poco los pantalones sin mirarse.

Algunas chicas de la clase ahogaron la respiración y otras simplemente se dedicaron a ver con diversión porque sí era rosa. Jasper se rio por lo bajo y se puso la mano tapándole los ojos, fingiendo que estaba avergonzado.

—Félix, es un rosa chillón —alcé una ceja y lo miré algo divertida.

Se puso algo pálido y miró rápidamente hacia donde estaba su ropa interior. No parecía creerse lo que veía, aunque enseguida su cara se volvió roja y se levantó los pantalones de un movimiento brusco. Por suerte, el profesor estaba retrasado, sino preguntaría por qué un alumno de último año estaría dando tal espectáculo en su clase.

—Era roja —dijo en un susurro pero su cara pasó de vergüenza a enojo—. Peter...

Escuché solo eso porque se fue corriendo a no sé dónde. Jasper y yo nos quedamos en silencio y comenzamos a oír unos gritos.

—¡Tú fuiste! —era la voz de Félix.

—¡No me hagas nada, fue algo inofensivo! —...y Peter.

—¡Ahora sí que te mato!

—¡No, tengo sueños que cumplir!

No se oyó nada más, hasta que vimos a Peter correr con cara de película de terror y a Félix como toro enfurecido. Comenzamos a reír como maníacos y noté que Peter se había subido al techo de la escuela y trataba de subir las escaleras al techo para que Félix no lo alcanzara.

Después del numerito que habían hecho, el profesor no tardó en llegar. Se excusó con que a su auto le había fallado la batería, pero ninguno de nosotros le recriminó o mencionó la marca de labial en el cuello de su camisa.

La clase se me estaba haciendo más larga de lo que debería, pero aún así antes de darme cuenta ya habían tocado el timbre para salir. Quise preguntarle a Jasper si querría acompañarme a la cafetería a comprar una soda, pero vi como unos cuantos chicos se le acercaban y lo saludaban con ánimo. Parecían ser sus amigos, así que guardé mis cosas en mi mochila y me dirigí sola a la cafetería, sin pensar en que era un poco triste. Cuando me estaba acercando a la máquina, tuve el impulso de comenzar a fijarme en las mesas que estaban alrededor. Una chica con coleta me pareció vagamente familiar, y luego recordé que era la que me había ayudado con el chocolate ese día. Pensé que sería correcto devolverle el favor comprándole algo, así que cuando me estaba acercando noté que estaba sobre las piernas de un chico. No lograba verle la cara, pero una vez se dio la vuelta me quedé parada en mi sitio.

El chico del supermercado... ¿Era su novio?

Era aquel que coqueteó con Rose el otro día y lo había visto varias veces con otras chicas. Me dio rabia y pena ver que estaba con ella, y coqueteaba con más chicas. Elizabeth me parecía una buena chica y no podía permitir que Steven se quedara con ella en una relación con poco compromiso. Seguí caminando hasta su mesa, más decidida que antes, y el primero en percatarse de mí fue el mismo traidor. Lo observé con desprecio y él alzó una ceja en mi dirección, sin saber por qué lo miraba así.

—Ehh... Elizabeth —llamé su atención y se volteó hacia mí con una sonrisa—. Soy Ann, me ayudaste el otro día con lo de la máquina.

—¡Claro! ¿Leíste mi sección del periódico? —me habló animadamente.

—No..., pero necesito hablar contigo un momento —dije sin apartar mi vista de odio de Steven.

—De acuerdo —se despidió de Steven con un largo beso, lo que provocó que mi poco desayuno de dulces quisiera salir a la fuerza.

Cuando se separaron y se levantó de las piernas de él, le dediqué una última mirada asqueada y tomé a Elizabeth de la muñeca para llevarla a un lugar más privado. Cuando llegamos a unos árboles que estaban cerca de los basureros, la solté y verifiqué que no había nadie cerca. Suspiré tratando de tranquilizarme y comencé a jugar con mis manos en un acto de nerviosismo.

—Elizabeth, necesito hacerte unas preguntas y quiero que me contestes sinceramente —le dije en tono serio.

—Es raro que me pidas eso considerando que casi no nos conocemos —me reprochó con los brazos cruzados y un poco de desconfianza—. Normalmente yo hago las preguntas.

—Lo sé, pero créeme que las preguntas que te voy a hacer van a ser importantes —dije con la misma seriedad de antes.

Al notar que no me reprochó y me dio paso para hablar, comencé a pensar en cómo iba a decirle la noticia. Tal vez sea mejor decirle de una vez, o hacer una broma para matar la tensión... Ugh, decirle la verdad a alguien no es fácil. Sería buena idea comenzar con lo básico, para ir viendo cómo avanzan las cosas.

—¿Ese chico de antes es tu novio? ¿O solo es algo para el rato?

Empezar por algo sencillo, muy bien.

—Es mi novio —dijo con una sonrisa.

—¿Cuánto llevan? —pregunté esperando que no fuera mucho.

—Once meses, el próximo fin de semana cumplimos un año —me contestó con una sonrisa tonta en su rostro.

Ugh... la cosa se estaba complicando más de lo que era debido. No quería tener que terminar su ilusión de una relación perfecta, aunque también pensaba en la falta de compromiso por parte de Steven y las promesas que nunca se cumplirían.

—¿Por qué me preguntas sobre mi relación? —me preguntó un tanto preocupada.

—Quiero que sepas que todo lo que te diré es absolutamente verdadero y tengo testigos que lo demues...

—Steven me ha estado engañando, ¿no? —su mirada se volvió triste y me dedicó una pequeña sonrisa.

—Tú... lo sabías —hablé extrañada y sorprendida a la vez.

Asintió y sus ojos color verdes se cristalizaron, cuando creí que iba a comenzar a llorar una débil risa se escuchó de su parte. Era un tanto incómodo tener que consolar a alguien, así que no sabía si esta era una reacción normal o debía preocuparme de algo.

—Gracias por aclarar mis sospechas —su voz se fue apagando y poco a poco fue cayendo hasta quedar sentada en el piso con las rodillas dobladas. Unas lágrimas

comenzaron a salir por sus ojos y la verdad me sentí un tanto entrometida.

Sentía una opresión en el pecho y no tenía idea qué mierda hacer, así que simplemente me agaché junto a ella y comencé a pasar mi mano una y otra vez por su hombro. Quería preguntarle porqué seguía con alguien como él si en el fondo sabía cómo era, pero decidí callarme y dejar las preguntas para después. De verdad se sentía mal, porque de pronto se acercó a mí para que la abrazara. No me sentía muy bien de estar así, porque quizás sus amigas harían un mejor trabajo para consolarla. Al parecer no había nada que pudiera hacer, así que me dediqué a devolverle el abrazo y a acariciar su cabeza.

El timbre para entrar a clases sonó, pero no le hice caso ni tampoco ella. Así que nos quedamos ahí un largo rato, hasta que se separó de mí y se acomodó, apartándose las lágrimas de los ojos.

—Si quieres me respondes. ¿Por qué estabas con él si sabías que te engañaba? — saqué unos pañuelos que tenía en la mochila y se los ofrecí.

—No lo sé —me agradeció y enseguida se sonó la nariz—. Siempre estuvo ahí cuando era menor y como somos vecinos comencé a sentir algo por él. Aceptó salir conmigo y éramos como amigos, pero me encerré en una burbuja y dejé de ver a otras personas. Para mí solo existe él, así que me negué a creer lo que mis amigas decían y me peleé con todas ellas —se quitó una lágrima de la mejilla. Hablaba sin mirarme, como si ella tratara de explicárselo a sí misma—. Ahora no sé quién es, ya no como antes.

—Las personas cambian, no puedes estar con alguien que casi te ama por obligación —la miré a los ojos. Estaban rojos—. Tienes que salir de la burbuja y conocer a más personas, no es el fin del mundo.

Le sonreí para tratar de animarla, y al parecer funcionó un poco porque me sonrió de vuelta débilmente. Siempre sabía qué decirle a los demás, pero era una pésima auto-consejera.

—Gracias, nadie me había dicho que estaba mal... Solo que yo no me esforzaba lo suficiente —se encogió de hombros.

—No te echas la culpa, hombres y mujeres así están en todas partes —le acaricié el cabello—. Son solo piedras en el camino. Y además creo que es un puto —dije tratando de animarla.

—Y de los que cobran barato —dijo con un asqueroso sorbido de mocos.

—No me sorprende que tenga que trabajar en otra cosa para poder comer —le dije mientras secaba sus lágrimas con mi manga.

Una pequeña risa escapó de sus labios y luego se puso seria.

—Voy a terminar con él, lo había intentado antes pero nadie me apoyaba —me miró fijamente, esperando algo.

—Pues, ahora yo te recordaré que no vale la pena —sonreí dulcemente y me levanté, para luego extenderle la mano—. Vamos, hay que limpiarte esa cara de ogro.

Apretó los labios e hizo una pequeña sonrisa con estos. Tomó mi mano y cuando despegó su trasero del piso, comenzamos a caminar platicando de cualquier cosa que se me viniera a la cabeza para poder distraerla. Le empecé a narrar muchas de las anécdotas que había sobre mi familia, como cuando la tía Amber se tragó un hueso de pollo y cuando llegaron los paramédicos comenzó a coquetear con el más joven de ellos. Ella se reía de la forma en que los contaba, exagerando los hechos. Algo me decía que para llevar una relación de casi un año, en el fondo estaba esperando que alguien le diera el apoyo para

terminar esa relación tóxica, porque se le veía más calmada que antes.

Llegamos al baño después de un rato y cuando entré primero, me encontré con Rose. Estaba retocando su maquillaje y cuando se percató de nosotros, fingió que no me conocía, como siempre. Dejé que Elizabeth se limpiara la cara en uno de los lavabos y comencé a sacar papel para que se secara el rostro después.

—Hola, Ann —Rose me susurró—... ¿y esta quién es? —preguntó al ver a Elizabeth con la cara en el agua.

Era incómodo para mí tenerlas a las dos juntas, porque yo sabía muy bien que Rose coqueteó con Steven esa vez en el súper.

—Una amiga, ¿podrías dejarnos a solas? —dije señalando a Lisa—. Te explicaré después.

Sí, desde ahora le diré *Lisa* porque me sonaba más lindo.

—No hace falta —puso su cartera en su brazo y cuando pasó por nuestro lado le pegó un codazo a Lisa, quien acababa de sacar la cabeza del lavabo—. Oops, perdón —habló un tanto sarcástica a mi parecer.

Apenas salió, Lisa me miró con una cara de confundida.

—¿No es contigo así, cierto? —preguntó Lisa cuando Rose salió.

—No —dije algo triste y le pasé el papel higiénico—. Bien, sécate el rostro y te espero afuera —comencé a acercarme a la puerta pero me tomó del brazo.

—Oye, gracias de nuevo —me dijo algo sonrojada—, por todo.

—No es nada —le dediqué una pequeña sonrisa y ella me la devolvió.

Salí del baño y choqué con algo bastante duro. Unos brazos me tomaron por la cintura y al levantar la cabeza me encontré con Peter. Puse una mueca de desagrado y mis ojos se pusieron en blanco.

—¿Qué quieres ahora? —le pregunté con voz cansada. Me sentía un poco mal.

—Vaya... Mira a quién tenemos aquí —sonrió de lado y me observó de pies a cabeza—. Te gustan los encontrones conmigo, ¿no?

—Qué gracioso —dije sarcástica entre risas—. ¿Puedes soltarme?

Su sonrisa se amplió y se alejó un poco de mí. Creí que por fin me haría caso, pero de pronto pasó ambos brazos por mis hombros y me abrazó fuertemente, dejándome apegada por completo a su cuerpo. Me tomó por sorpresa, así que el olor de su colonia me dejó un poco atontada. Era una esencia suave, pero que no dejaba de ser masculina. Sentí que me derretía por unos momentos.

—No quiero —respondió con voz de niño haciendo un puchero.

Por un momento creí escuchar su corazón un poco acelerado.

—¿Pero sí quieres un golpe mío en tu entrepierna? —traté de alejarme de él empujándolo por el pecho.

—Quiero ver que lo intentes... —se burló, pero por fin me dejó libre.

—Como quieras —le di un fuerte golpe con la rodilla pero él ni se movió, en cambio una sonrisa se asomó en su rostro.

¿Pero qué?... Claro, debe de estar usando protección para su amiguito.

—Te odio —iba a golpearlo en el rostro, pero justo cuando se cubrió me detuve.

El mundo pareció volverse difuso y de repente me sentí mareada. Apoyé mi frente en una de mis manos y me sentí que me caía de espaldas, pero Peter alcanzó a tomarme ambos hombros, evitando que cayera. Sentí que yo era la princesa en apuros esta vez.

—¿Estás bien, Ann? —me preguntó rápidamente.

Parecía preocupado, pero me concentré más en que nunca me había llamado así antes. Se oía raro, pero de alguna forma no se sentía como si estuviera mal.

De pronto, me fijé más en nuestro alrededor. Algunos alumnos se habían detenido a ver qué pasaba, y otros susurraban entre ellos cosas que alcanzaba a escuchar. ¿Por qué Peter la sostiene así? Apuesto a que está fingiendo para llamar la atención. ¿Estará enferma? Puede que sea la nueva novia de Peter. Imposible, él es demasiado para ella.

Basta.

—Estoy bien —me logré soltar con un movimiento brusco y lo miré a los ojos, por lo cual me miró extrañado.

Noté que Lisa ya había salido del baño y observaba la escena un tanto asombrada. Fui apresuradamente hacia ella y la tomé del brazo para poder apoyarme bien. Seguía un poco mareada.

—Ann, ¿te pasa algo? —preguntó Lisa preocupada cuando ya estábamos lejos de Peter—. Estás pálida —tocó mi brazo— ...y muy fría, ¿pasa algo?

—Ayer no dormí bien, tal vez solo esté cansada —no podía pensar en otra cosa.

—Quiero preguntarte qué pasa entre Peter y tú, pero lo dejaré para después —me sonrió con comprensión y yo le agradecí con la mirada.

Seguía sintiendo el olor de la colonia de Peter.

PETER

La vi alejándose hasta que la perdí de vista entre los demás alumnos. No sabía muy bien por qué, pero verla en ese estado me dejó un tanto inquieto. Justo después de soltarla, noté cómo me miró, era una especie de resentimiento diferente a los otros que en broma solía dedicarme.

No le di más vueltas al asunto y decidí marcharme a mi clase con los demás alumnos, pero de pronto los altavoces emitieron un sonido molesto, lo que indicaba que la directora haría un anuncio.

«Atención alumnos, se les informa que un partido de tenis se va a realizar en exactamente diez minutos, los que quieran ir están invitados... Solo por esta vez».

Al instante, todos salieron de sus clases como una multitud poco organizada. Claro, después de todo nadie quiere ir a concentrarse en la materia que les deben pasar. Decidí que sería bueno ir a distraerme un poco, ya que no se me daba mal estudiar y tampoco pasaría nada si me saltaba una clase a la cual nadie iría.

Caminé hacia la entrada de la escuela como los demás, pero unas chicas me detuvieron preguntando si me podía ir a sentar con ellas. No me importaba acompañarlas, pero desde lo lejos vi a Ann con la otra chica riendo. Mi concentración se quedó con ella, porque noté que se veía peor que antes. Apenas podía reír con normalidad. Rechacé amablemente la invitación de las chicas y ellas se observaron decepcionadas. Comencé a seguir a la morena disfrazándome con la multitud que salía y continué así hasta que se sentó en la penúltima fila de asientos.

No sé por qué la seguía, pero no encontraba una buena idea dejarla así.

El partido pasó lento y muchos alumnos se marcharon, entre ellos Alex, que me dijo que al fin las cosas iban a cambiar. No comprendí del todo su frase, pero al menos noté que ya no continuaba tan enfadado.

Las gradas empezaron a vaciarse poco a poco, así que pude ver como Ann se había quedado dormida con el gorro de la chaqueta puesto y recostada a lo largo de la tabla. Su amiga le habló cerca del oído y vi cómo Ann le asentía levemente. Le dijo otra cosa y se levantó para irse corriendo al interior de la escuela. Llegó el momento en que solo quedábamos ella y yo, porque todos habían vuelto a clases.

Me acerqué para tratar de levantarla: la llamé, le tiré piedritas y la sacudí, pero nada pasó.

Estaba comenzando a preocuparme seriamente, así que le di la vuelta y noté que sus mejillas estaban de color rojo, sus labios estaban un poco morados y respiraba con dificultad. Toqué su frente y estaba ardiendo.

Pensé en llamar a una ambulancia, o algo más sencillo como llevarla a la enfermería de la escuela. Rápidamente la tomé modo princesa y la llevé hacia el interior del edificio. Me estaba apresurando para llegar luego a la enfermería, y en el camino me encontré con su amiga, que traía medicamentos en la mano y una botella de agua en la otra.

—¿A dónde crees que la llevas, Harrison? —me observó con precaución.

—A la enfermería. ¿Por qué la dejaste sola? —hablé con tono tosco.

—Le ofrecí llevarle medicamentos y me dijo que sí.

Lo entendía, pero si yo no hubiera estado ahí se hubiera quedado completamente sola. Suspiré y seguí mi camino hacia la enfermería, escuchando los pasos de la chica detrás de mí. Cuando por fin llegamos, la enfermera se levantó de su asiento de golpe y se acercó rápidamente. Me indicó que la dejara en la camilla que estaba al lado de la ventana y le hice caso sin hacer muchas preguntas.

Nos indicó a mí y a Lisa que fuéramos a clases, pero los dos nos negamos y no siguió insistiendo después de la segunda vez. Saqué mi teléfono y llamé a Alex para decirle que su hermana estaba en la enfermería, pero no contestó a la primera. Tuve que llamarlo por segunda vez y cuando contestó, sentí que pude respirar normalmente.

—Alex, necesito que...

—Peter, no es el momento, estoy ocupado —oí unas risitas el fondo.

—Si no te importa que Ann esté en la enfermería, entonces quédate con quien quiera que sea y diviértete —le dije con excesiva frialdad antes de cortarle la llamada.

Escuché unos quejidos detrás de mí y me volteé enseguida para ver cómo Ann se movía un poco, con el ceño fruncido. Me acerqué a ella y metí mis manos en los bolsillos, viendo cómo la chica de antes se sentaba en la camilla y le quitaba unos mechones del rostro.

—¿Qué está pasando? —dijo Ann un poco confundida y con la voz apagada.

—Tranquila, enana. Estás en la enfermería —le sonreí a pesar de que no me podía ver.

La enfermera le puso un paño frío en la cabeza y nos dijo que se trataba de solo el inicio de un resfriado bastante fuerte, pero que no debíamos preocuparnos. Aún así, le iba a dar antibióticos y un permiso para que faltara los próximos días. Le pidió a su amiga si podía ir donde la directora para que firmara el permiso y le avisara a la madre de Ann

para que la buscase.

Apenas se fue, la enfermera comenzó a abrir los cajones buscando algo y yo me quedé observando a Ann. Se veía más tranquila que antes, y eso me hacía sentir mejor a mí también.

—Tu novia tiene mucha suerte de tener a alguien tan fuerte para cargarla —rio suavemente y cuando me giré para verla me señaló el último cajón de arriba—, ¿puedes pasarme el termómetro?

—No es mi novia —aclaré a la vez que me acercaba al mueble y agarraba el termómetro.

—Oh... —me miró confundida y luego fijó su mirada en Ann—. En ese caso... tiene suerte de que seas su amigo —dijo en tono sarcástico y tomó lo que le estaba tendiendo de mis manos.

Le eché una ojeada a Ann, que seguía sin recuperar la conciencia del todo. Solté una pequeña risa.

—No creo que ella me considere su amigo —fruncí los labios.

Me golpeó con el termómetro en la nariz y me quejé un poco. Seguía doliendo, a pesar de que estaba un poco mejor. Se acercó a Ann y puso el instrumento en su boca después de agitarlo.

—¿Ves? Entonces, no hay razón para no ser novios —dijo alegre y me guiñó un ojo.

—Creo que es un tanto imposible lo que está diciendo —reí—. No lo dije en ese sentido de todas maneras.

—Entonces, ¿por qué estabas tan preocupado por ella hace un rato? —sonrió.

—Es la hermana de mi mejor amigo —me encogí de hombros.

No sonaba como una respuesta convincente.

—Terco... —rodó los ojos—. Tienes unos hermosos ojos, y brillan mucho cuando me estabas hablando de ella. Mírate al espejo de vez en cuando. La nariz no es lo único que sobresale —rio y cerró la puerta, desapareciendo detrás de ella.

Me quedé solo en la sala con Ann. Brillan mucho cuando me estabas hablando de ella, la frase me daba vueltas en la cabeza. ¿Un brillo?... No, claro que no es como si sintiera algo por esta golpeadora enana.

Observé a Ann otra vez. Sus ojos estaban cerrados y su labio tiritaba levemente. Acerqué una silla a su camilla y me senté en ella para después quedármela viendo como un acosador. Se veía tan tranquila durmiendo que casi parecía inofensiva. De pronto, me encontré acercando mi mano para tocar su mejilla, pero me detuve en el último instante. No sabía por qué, pero quería saber qué tan suave era su piel, sus cabellos, sus labios. La otra vez no pensé mucho en lo que hacía, así que no tenía la seguridad de cómo era. No noté lo cerca que estaba de su rostro hasta que escuché cómo la puerta se abría. Retrocedí como si una fuerza invisible me hubiera tirado y me quedé quieto en mi lugar.

—¡Hermanita! —el grito de Alex me provocó aguantar mi respiración.

—Shh... la vas a despertar —le susurré mientras agitaba mis manos.

Iba a decir algo más, pero Ann comenzó a murmurar cosas incoherentes.

—Peter... —sonreí, mostrando todos mis dientes al oír mi nombre saliendo de sus labios—. Aléjate de mí, pervertido.

Me congelé en mi lugar y me comencé a voltear lentamente en dirección a su hermano.
—¿Por qué dijo pervertido? —preguntó Alex con una ceja alzada y una sonrisa macabra.
—No tengo idea —me reí nervioso—... creo que será mejor que me vaya a mi casa — comencé a acercarme a la puerta tratando de hacer el menor ruido posible. Alex me miraba como un animal a punto de atacar a su presa, pero me dio la espalda para acercarse a su hermana.

Antes de salir, dirigí la última mirada hacia Ann y cerré la puerta con delicadeza.

ANN

Desperté por unos gritos de Alex y por el olor a desinfectante. Odiaba ese olor...

Esperen... el campo de tenis no huele así.

—Ann... —escuché levemente.

Me dolía la cabeza y sentía el cuerpo un poco acalorado, pero aparte de eso no podría decir que estaba peor que antes. Comencé a abrir mis párpados poco a poco, segándome por la luz que entraba desde alguna ventana. Cuando logré ver bien, noté que Alex estaba a mi lado mirándome con una sonrisa aliviada. Me pregunté dónde estaba, pero algo me decía que era la enfermería de la escuela.

—¿Alex? —mi voz sonaba rara y cansada.

—¿Cómo te sientes, hermanita? —dijo, acercándose y observándome con detenimiento.

—Como si... —hice una pausa—, ¿cómo llegué aquí?

—Peter te trajo porque te vio casi muriendo en el partido y blablablá... la cosa es que tenías la fiebre muy alta y la enfermera me dio esto para que te lo tomaras apenas despertaras —me entregó un medicamento y un vaso de agua que estaban en la mesa a mi lado.

Me senté con cuidado en la cama y noté que la cabeza aún me daba un poco de vueltas, así que tuve que esperar un poco antes de tomar lo que me estaba ofreciendo Alex. Tomé rápidamente la pastilla y me terminé toda el agua que había en el vaso. Tenía mucha sed.

—Me pregunto quién habrá sido el imbécil que me dejó en el sofá durmiendo —le miré con el ceño fruncido y dejé el vaso vacío a mi lado.

—Tú fuiste esa, idiota.

—Alex, estoy enferma, no puedo pensar bien. Aunque hay un idiota que me hizo bañarme con agua fría —le miré con una ceja alzada y se comenzó a rascar el cuello.

—También fuiste tú —rio y me sacó la lengua—. Llama a mamá, está trabajando pero no ha parado de llamar para ver si estabas bien cada cinco minutos.

Me tendió su teléfono y yo lo tomé con sumo cuidado. Marqué el número y a los dos pitidos la llamada fue atendida.

—Hola, mamá... —hablé lo mejor que pude, pero de un momento a otro no pude contener un estornudo que delató mi estado de salud.

—¡Hija! Me dijeron que te habías desmayado, ¿estás bien? —preguntó mamá una vez me quedé en silencio.

—Sí, mamá, fue un resfriado pequeño —dije, mintiendo un poco.

—No me mientas, Annabella —hice una mueca de dolor ante su tono maternal—. Hablé con la enfermera y me dijo que debías descansar estos días —se calló durante unos segundos y luego retomó la llamada de forma que no esperé—. También me dijo que un chico te trajo en brazos...

—¡Mamá! —chillé—. No espíes la vida de tu hija.

—Ann, cariño, puedes tener novio pero quiero con...

—¡No es mi novio! —la interrumpí, eufórica.

Escuché su risa al otro lado y noté como Alex reía un poco también. Ninguno de los dos me había visto hacer este tipo de escándalo, así que supuse que les parecía divertido por eso.

—Está bien, está bien... —su risa se volvió más leve—. Hoy trabajo hasta muy tarde, las salas de urgencias en estas fechas están llenas por culpa de las fiestas y el alcohol.

—Okey, ¿nos vemos mañana? Tal vez podamos ver una película o...

Comencé a escuchar murmullos al otro lado y estuvo así un buen tiempo.

—Te tengo que colgar, llegó un paciente de un choque en auto —parecía que iba corriendo—. Te amo, cariño.

—Yo tam... —los tres pititos sonaron, me había colgado.

—¿Nos vamos? —me dijo Alex con una mueca triste.

Mentiría si dijera que no me lo esperaba.

IV

SORPRESAS, MUCHA SALSA Y ALGUNA QUE OTRA CANCIÓN

ANN

Era un lindo sábado por la mañana. No había ido a la escuela estos días y me sentía extrañamente relajada, pero Peter sí había venido a darme clases en casa, no sin que Alex estuviera con nosotros vigilando que su mejor amigo no hiciera nada sospechoso. Era divertido como cada vez que se acercaba de más, mi hermano carraspeaba y se alejaba como si lo tiraran de la correa.

Obviamente me sentía mejor, pero seguía estornudando un poco y solía estornudar cerca de Alex para molestarlo. Lisa consiguió mi número de alguna forma y comenzamos a hablar seguido. Me dijo que había terminado con Steven y le había lanzado las flores que le compró para disculparse por la cabeza. Aún sentía algo por él, pero yo sabía que lo superaría de a poco.

Hoy había dicho que vendría a mi casa a verme, por lo que había comprado algunas cosas dulces para recibirla. Me había dicho que le gustaban mucho.

—¡Ann, te buscan! —gritó Alex desde el primer piso.

Me saqué mis audífonos y me dirigí a las escaleras para ir abrirle la puerta a la que suponía era Lisa. Aunque no me esperé que al llegar abajo Félix, quien había hecho acto de presencia desde hacía ya un rato para acompañar a mi hermano y comerse todo lo que se llamaba chatarra, hubiera abierto la puerta y mi amiga lo observara como si estuviera soñando. Recuerdo que me dijo que siempre había tenido una especie de amor platónico por Félix, pero ahora que lo veía con mis propios ojos no cabe duda de que le gustaba.

Carraspeé de forma exagerada y Félix se apartó apresuradamente de la puerta. Tenía el rostro un poco rojo al igual que Lisa. Me pareció tierno ver a los dos así, pues nunca creí que mi amigo podría tener un flechazo tan rápido.

—Hola —saludé, mirando a ella y a Félix sucesivamente.

—Ho-ola, Ann —Lisa me miró con vergüenza en el rostro.

Qué ternuritas.

Bajé rápidamente las escaleras y pasé mi brazo sobre los hombros de Lisa. Cerré la puerta detrás de nosotras y observé al rubio con una mirada cómplice.

—Félix, ella es mi amiga Elizabeth —incliné mi cabeza hacia ella—. Y Lisa, este es mi amigo Félix.

Se saludaron con un apretón de manos y por un momento logré ver como ambos se sonrojaban más.

—Lindo nombre —susurró Félix.

Lisa soltó su mano y tomó la mía rápidamente para comenzar a tirarme hacia las escaleras. Tenía ganas de reírme, pero podía evitar querer juntarlos en una habitación para que se conocieran más. Cuando llegamos al pasillo de arriba, Lisa estaba completamente roja y caminaba de un lugar a otro.

—¡Es más lindo que en las fotografías que le tomé! —me tomó por los hombros y comenzó a sacudirme.

Me reí por su reacción tan entusiasmada.

—¿Por qué le sacaste fotos? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Oh, era para un artículo —me sonrió inocentemente, así que tuve que creerle—. ¿Vamos a tu habitación? La verdad es que corrí para acá sin pensar.

—No te preocupes, mi pieza está allá —le señalé una puerta que estaba entreabierta.

Se rio un poco y yo la guié hasta mi habitación. Parecía que miraba detenidamente todo a su alrededor, como si tuviera la costumbre de mirar lo que la rodeaba sin dejar ningún detalle. Se dejó caer en la cama, yo me senté en la silla del escritorio. Revisando las cosas que había comprado. Lisa comenzó a tararear una canción a la vez que se sentaba en la orilla de mi cama y me observaba con detenimiento.

—Hace tiempo que me preguntaba esto —comenzó a decir y le presté más atención—. ¿No fuiste tú la chica que empujó a Peter Harrison por las escaleras?

Me quedé congelada en mi lugar y me volteé hacia ella lentamente. Tenía la mirada perdida, como si estuviera tratando de recordar algo. Si alguien más me hubiera dicho eso, pensaría que me quería chantajear o algo parecido; pero como era Lisa no tenía por qué pensar mal de ella. La había conocido hace solo unos días, pero no se veía como alguien para desconfiar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con un poco de miedo.

—Yo estaba ahí. Estaba hablando con... —calló—, la verdad no importa mucho con quién y te vi golpearlo antes de que cayera y todo el mundo lo notara —se encogió de hombros y me miró—. ¡Oh! No te preocupes, sé que no lo hiciste a propósito.

Suspiré un poco aliviada y me relajé en mi asiento. Si alguien más se enteraba de esto, probablemente sería el centro de atención.

—¿Podrías no decirle a nadie? —le dije con súplica en los ojos—. No quiero más rumores sobre mí de los que ya hay.

—Claro que no le diré a nadie, si tú me ayudaste yo haré lo mismo —me sonrió mostrando todos los dientes y la miré agradecida.

Comenzamos a hablar normalmente, contando anécdotas o algunas de sus historias de cuando iba a buscar reportajes jugosos. Era diferente a estar con Rose, con ella me podía relajar y ni siquiera le parecía preocupar que nos fueran a ver juntas. Por fin sentía lo que era tener una amiga real.

Las cosas siguieron bien mientras comíamos los dulces y tomábamos las sodas que compré. Traté de sacarle información sobre Félix, pero ella parecía feliz de no decirme qué pensaba sobre mi amigo a pesar de que era hermoso a su manera. Después de eso me preguntó a mí si tenía algo con Peter, y aunque dudé unos segundos terminé diciendo que éramos amigos o algo así. Me dijo que se topó con él el día que me llevé a la enfermería, y que nunca había visto que se preocupara así por una chica. Siempre que lo entrevistaba o lo espiaba, a favor de sus fans en el club de periodismo, notaba que rechazaba a las chicas que hablaban con él. No parecía que fuera el mujeriego que

todos pensaban, solo estaba rodeado siempre de alumnas.

Me puse a pensar un poco más en eso un rato, pero descarté la idea de que no se metiera con muchas chicas a la vez.

Un rato después noté una pequeña sombra debajo de la puerta de mi habitación y me asusté al principio, aunque luego supe instantáneamente quién era.

—¿Te pido un favor? —le susurré a Lisa y ella asintió—. Halaga a Félix mientras voy a abrir la puerta.

Me miró un tanto extrañada pero luego se dio cuenta de qué planeaba hacer. Comenzó a halagar a Félix como si fuera un Dios o mucho más. Casi me creí sus palabras, ya que algunas parecían ir en serio. Me acerqué a la puerta y la abrí de golpe, dejando ver a un chico desesperado por oír lo que decíamos, tratando de recuperar su equilibrio.

—¿Se te ofrece algo, Félix? —mi tono inocente se merecía un premio.

—Ho-hola, vi-vine a decirles que...

—¿Qué? —pregunté mirando de reojo a Lisa con una sonrisa cómplice.

—Que emh... Alex dijo que...

—¿Qué dijo? —pregunté, interrumpiéndolo.

—¿Tienen que bajar? —señaló con su pulgar las escaleras y noté como su rostro se ponía un tanto más rojo.

—¿Para? —es tan divertido torturar a este chico.

—Para... que coman —dijo más como pregunta—. ¡Sí, para comer!

—¿Qué cosa comeremos?

Félix me observó enojado y sus ojos se desviaron levemente a Lisa, antes de que contestara con un solo «bajen rápido» momentos antes de que se fuera corriendo al primer piso. De seguro para hacer a Alex cómplice iba a inventarle una tonta excusa y nosotras tendríamos que hacer como que le creímos.

—Vamos a ver qué quiere ese... Félix —parecía que iba a decir algo no muy adecuado, porque parecía un poquito nerviosa.

—Te gusta —le dije cuando vi que se había puesto a mi lado.

—Nadie me prohíbe no divertirme un rato, ¿o sí? —no me podía creer que dijera eso con esa carita.

—Eres una perra —bromeé, abriendo la boca y tocándome el pecho con dramatismo.

—Gracias —se tapó la nariz con los dedos e hizo una voz chillona.

Nos reímos un poco y traté de sacarle información acerca de por qué se había sonrojado cuando vio a Félix. Me trató de cambiar el tema casi toda la tarde, así que decidí que aún había mucho que hacer. Alex tuvo que improvisar y dijo que haríamos pizzas, vi por el rabillo del ojo que Félix tenía una expresión agradecida, así que buscamos una receta en Internet y ahora me tenían a mí como la encargada de la masa, a Lisa de los vegetales, Félix de la carne y mi hermano se había autonombrado el «jefe supervisor capitán». Era tarde, y mi estómago ya rugía por no haber comido. En un momento, Félix decidió hablar con Lisa y a pesar de que ella a penas lo miraba, las cosas parecían ir bien y preferí no interrumpirlos.

Alex estaba aburrido, así que no encontró mejor cosa que invitar a Megan. Al parecer, algo había pasado entre ellos y sospecho que algo no me iba a gustar de lo que sea

que tuviesen. Según mi hermano, ellos eran novios.

—Me niego a quedarme en medio de una pareja y un coqueteo en progreso —le reproché cuando me comentó al respecto en la sala.

—Mi única opción es llamar a Peter para que no te sientas sola —Alex se encogió de hombros y lo miré con cara sorprendida.

—¿Por qué no puede ser otra persona que no sea Peter? Deberías ser un hermano responsable y alejarme de ese idiota —me crucé de brazos y el suspiró.

—Ese idiota no es tan malo, créeme —me miró con una ceja alzada—. Además, Megan es mi novia, Ann. Es normal que venga de vez en cuando.

—Te pasas. ¿Nunca has visto alguna serie en que hay una zorra, pero de las zorras — recalqué— que se mete con todos solo por tener buen culo y delantera? —dije haciendo un demostración con mis manos—, ¿o que sea leído un libro con una perra que le hace imposible la vida a la protagonista?

—Me dices esto porque... —comenzó a hablar con un tono aburrido.

—¡Siempre se llaman Megan! —dije gritando en un susurro y pegándole un zape—. Sin ofender a las Megan buenas, pero es la verdad.

—De todos modos llamaré a Peter.

—¿Lo llamarán? —preguntó Félix asomándose por la cocina con ojos maliciosos—. No le digan que estoy aquí.

—Adelante, llámalo —le dije, volviendo a la cocina para amasar con rabia la masa de la pizza—. ¿Por qué no quieres que sepa que estás aquí, Félix? —pregunté con un poco de curiosidad.

—Querida Ann, la venganza es dulce como la miel —contestó haciendo una macabra risa.

Estaba recostada en el sillón junto a Lisa, cambiando los canales al azar para ver si había algo bueno, y Félix se había dormido sentado en una de las sillas de la mesa del comedor. La chica lo miraba de reojo y a veces cuando le preguntaba si le gustaba algún canal, ella solo asentía perdida. Habíamos dejado la idea de la pizza de lado por ahora, esperaríamos a que llegara Peter para que él se encargara de las cosas. El sueño me estaba ganando, pero antes de poder cerrar los ojos completamente, el timbre comenzó a sonar repetidas veces y me tuve que levantar a abrir, ya que Alex y Megan (quien había llegado hacía veinte minutos más o menos) habían subido y dudaba que fueran a bajar. Apenas abrí, alguien entró rápidamente y abrió los brazos de forma exagerada, casi golpeándome en el rostro si no me hubiera alejado. No me costó saber quién era.

—¡Hola, mundo! —gritó Peter apenas tuvo un pie adentro—. ¡Ha llegado la diversión a la *party*!

—Ponte a trabajar, tenemos hambre —le dijo Lisa tirándole un delantal de cocina a la cara y yo aproveché de ir a sentarme al mueble de la cocina.

No sé qué había pasado con esos dos. Por alguna razón parecía que en cualquier momento Lisa le pincharía el corazón al moreno con un tenedor. Claro, si no es que antes Peter la empujara de un barranco.

Me vio sobre el mueble y me sonrió de manera agradable, pero cuando venía a

saludarme, Félix saltó desde el otro extremo de la habitación, logrando que Peter gritara muy agudo y yo me sorprendiera porque creí que seguía en el comedor. El ninja sacó un paquete de harina del estante para lanzárselo a Peter, cayéndole en toda la cara y dejándolo de un lindo color blanco. Lisa soltó una pequeña risa y la sonrisa que se había formado en la cara de Félix pronto se anchó.

—Listo, estamos a mano —el atacante se sacudió las manos, dejando caer la harina de sus palmas en la alfombra.

Algo me decía que tendría que limpiar el desastre que esos dos iban a hacer, pero comencé a reír por el ataque sorpresa y choqué los cinco con Félix.

—¡Félix! ¡Me entró en los ojos, troglodita! —dijo Peter, frotando y sacando la harina de su rostro.

Bajé del mueble riendo para seguir amasando lo que sería nuestra pizza. Escuchaba parte de la discusión que ambos amigos tenían, pero lo único que decían eran incoherencias y justificaciones simples. La cosa no llegaba a mucho, pero pronto noté cómo Peter tomaba un puñado de harina y se la lanzaba a Félix. Me quedé sorprendida y apreté mis puños sobre la masa con mucha fuerza, de forma que se escurría entre mis dedos.

—¡Peter! —lo recriminé y él me miró extrañado.

—¡Él empezó! —alcanzó a reclamar, antes de que un tomate le golpeará el rostro.

Giré mi cabeza en dirección a la sala, donde Félix había tomado un jarrón y parecía que estaba a punto de lanzárselo a Peter. Corrí hasta él y salté un poco para quitarle el objeto de las manos. Apenas lo tomé, algo se estampó en mi trasero, y no tardé mucho en notar que era salsa de tomate. Antes de que me volteara y fuera a matar a Peter, el candelabro comenzó a moverse y todos nos quedamos mirando.

Lisa se acercó rápidamente a nosotros y nos comenzó a indicar con las manos que nos acercáramos a ella.

—¡Terremoto! ¡Pónganse debajo de la mesa y no...! —comenzó a gritar.

Unos gemidos vinieron del segundo piso y luego me fijé que Alex y Megan nunca habían bajado. Lisa captó lo que en realidad estaba ocurriendo, por lo cual me miró con cara de asco y fue corriendo hacia la cocina. Félix se frotaba el rostro con una mano y Peter observaba extrañado al techo, cuando mi amiga volvió, traía consigo la escoba y una cara de pocos amigos.

—Félix, agáchate —le ordenó Lisa sin quitar la mirada del candelabro que aún se movía. Quitó la mano de su rostro y se apuntó, sorprendido.

—¿Eh? ¿Yo? —Félix se agachó un tanto avergonzado.

Lisa se apresuró en poner sus muslos en los hombros de Félix, con ayuda de él. Noté que se estaba arrepintiéndole de la idea porque alcancé a ver como un leve sonrojo aparecía en sus mejillas. Cuando estuvo a la altura de tocar el techo, lo golpeó con la escoba y gritó a todo pulmón.

—¡No están solos, ninfómanos! —parecía realmente molesta, aunque pronto su rostro cambió a uno de análisis—. ¿Saben qué? Sigán, escribiré para el periódico de mañana que ya son oficialmente una pareja.

Sonreí por la forma en que mi amiga le había encontrado provecho a la situación y vi que Félix no parecía estar consciente de lo que ocurría a su alrededor. Tenía una cara

de tonto, pero algo me decía que la razón era bastante obvia.

—Félix, ya puedes bajar a Lisa —reí levemente y él centró su atención en mí.

—Oh... claro —soltó un sonido nervioso y se agachó para dejar a Lisa en el suelo.

Se miraron por última vez y Lisa le dio la espalda para ir a dejar la escoba en el lugar donde estaba antes. El rubio se le quedó viendo hasta que desapareció detrás de la pared. Peter y yo intercambiamos una mirada cómplice y volvimos nuestra vista al embobado.

Si antes no creía que entre esos dos pasaba algo, ahora no tendría ni qué preguntar cuando daría el primer paso.

Lisa volvió rápidamente, evitando mirar a Félix directamente, y se puso entre él y yo. Parecían unos niños de diez años en su primer amor, pero cada persona tenía formas diferentes de expresarse sobre sus sentimientos.

Los gemidos cesaron justo unos segundos después y se escucharon pasos desde arriba. Me pregunté si ya habían terminado, aunque descarté la idea después de ver bajar a Alex desnudo, cubriendo sus partes con ambas manos y uno de los osos de peluche de mamá. Si se enteraba, lo mataría.

Yo me encargaría de decirle, obviamente.

Antes de que nos diéramos cuenta, Félix se encontraba tapando los ojos de Lisa con sus manos. La boca de ella se abrió de la sorpresa y en estos momentos parecía que se había vuelto un tomate.

—¿Se te ofrece algo, Pepe? —me dirigí a él por el nombre del peluche.

—Nope, vine a buscar algo —sonrió con sarcasmo y acercó a Peter—. Hermano, ¿tienes algún *preser*?

Peter lo miró extrañado antes de meter la mano a su bolsillo trasero y sacar su billetera.

—Ten —rebuscó y terminó tomando un paquetito plateado.

Alex lo tomó con rapidez y subió las escaleras corriendo de dos en dos. Todos pudimos ver su trasero de bebé menos Lisa, que aún tenía los ojos tapados por Félix.

—Eh... ¿Fe-Félix? —mi amiga parecía que estaba a punto de tener un ataque de pánico.

El rubio reaccionó separándose de golpe y se alejó unos cuantos pasos para darle espacio.

—Si quieres... vamos afuera a que tomes un poco de aire —dijo Félix con un tono suave, a la vez que se pasaba las manos por el cabello.

Lisa asintió y comenzó a caminar a la puerta que daba al patio delantero. Peter le hizo una señal a Félix que la siguiera y este se apresuró a abrirla la puerta con una sonrisa de medio lado. Casi veía como ella caía desmayada, pero de alguna forma logró caminar sin muchos problemas. Antes de que el rubio saliera, Peter le hizo un gesto con la mano y él lo volteó a ver un tanto apresurado.

—¿No necesitas uno tú también? —hizo un ademán de sacar su billetera nuevamente y lo miré con los ojos entrecerrados.

Félix volteó a ver afuera y después sonrió antes de dirigir su mirada a uno de sus mejores amigos.

—No, creo que no —cerró la puerta tras de sí, dejándonos a Peter y a mí técnicamente

solos.

Me reí de la cara de confusión de mi acompañante y fui hacia la cocina a seguir con la pizza que se supone prepararíamos todos juntos. Me lavé las manos rápidamente y me puse frente a la mesa para estirar la masa y tomar el pote que tenía la salsa para poder ponerla encima. Escuché unos pasos detrás de mí y escuché cómo Peter comenzaba a tararear una canción lenta que no conocía pero me parecía un tanto dulce y famosa.

—Si te pones a cantar un musical, te meteré un tomate por la garganta —dije a la vez que tomaba un poco de salsa con mis manos y comenzaba a esparcirla con estas.

Sentí que me tomaba por la muñeca, así que me preparé para darle otro golpe si se le ocurría acorralarme en alguna parte contra su cuerpo. Iba a reclamarle que me dejara en paz, pero apenas mis ojos se toparon con su rostro noté que me miraba con una sonrisa casi diminuta, pero a la vez muy sincera. Era raro verlo sonreír así, ya que me imaginaba al chico del baño con la misma sonrisa. Hablando claramente, parecía que pensara en dos personas completamente diferentes.

Mis manos seguían con salsa cuando las tomó y me tiró levemente lejos del mueble, donde había espacio suficiente para movernos sin chocar con todo. Comenzó a moverse lentamente de izquierda a derecha, obligándome a seguirle el paso debido a nuestras manos entrelazadas. Seguía tarareando, pero ya no me molestaba tanto como antes. Tenía una voz bonita.

Pronto me soltó y volvió a sonreír con esa cara idiota que tenía a veces. Se puso en posición de bailar vals, pero parecía que se había inventado una pareja porque se movía de un lado a otro con movimientos exagerados. Comencé a reírme de las caras graciosas que estaba haciendo y sus extraños pasos de baile. Terminó con una pose de diva y tapé mi boca con el dorso de mi mano para evitar seguir riendo. Peter me observó con una sonrisa satisfecha y se acercó un poco a mí.

—¿Por qué fue eso? —pregunté con una sonrisa—. Y pobre de tu pareja de baile imaginaria, eso fue horrible.

Se encogió de hombros y sonrió levemente a la vez que se acercaba más a mí. Posó una de sus manos en mi mejilla y mi sonrisa desapareció poco a poco.

—No parecías muy contenta de que nos encontráramos, así que si parecía menos amenazante... No me molestaría que nos encontráramos fuera de las tutorías —se acercó un poco más a mí y me alejé a la misma distancia—. No sé por qué, pero parte de mí te quiere conocer más.

Parecía tan sincero al decir eso, pero tenía que arruinar el momento al aplastar una bolsa de salsa abierta de tomate en mi pelo. Comenzó a reír a carcajadas y yo estaba tan sorprendida que no me puse a analizar lo que había dicho antes y rápidamente tomé un puñado de la harina que estaba a mi lado para tirársela directamente a su boca que estaba abierta gracias a las carcajadas.

Comencé a reír cuando sacó su lengua y la comenzó a raspar con sus dedos.

—Edstas me das padgas, Ann.

Me reí para luego salir corriendo por toda la casa, le tiré a Peter harina en los ojos, cosa que cuando corríamos él tropezaba con todas las cosas.

Estábamos llenos de salsa y harina... éramos pizzas andantes.

El aire me faltaba y cuando me detuve en seco el pecho de Peter me golpeó en la espalda. Respiré con dificultad y las únicas palabras que me salieron fueron susurros.

—Bandera blanca, espera un segundo.

—Ven, te llevo al sofá —dijo, calmando su risa.

Cerré mis ojos en cuanto caminaba y cuando me senté, mi trasero se empezó a sentir más húmedo de lo normal. Me levanté y vi que Peter había dejado un poco de salsa esparcida en el sofá.

—Peter, eran mis pantalones favoritos —hablé haciendo un puchero, molesta.

Se sentó a mi lado y me corrió un mechón de pelo de mi mejilla.

—Te verías mejor sin ellos de todos modos —comentó y sonrió inocentemente. Lo miré mal—. De acuerdo, mal comentario.

Rodé los ojos ante su obviedad. Solo lo hacía para tenerme en su cama o quizás qué tipo de venganza estaba planeando por lo de la fiesta.

—Y... ¿Lisa y Félix? —dije, tratando de cambiar el tema.

—Siguen afuera, creo... —se encogió de hombros sin darle mucha importancia.

Un silencio incómodo nos invadió. Largos y silenciosos minutos de pura incomodidad.

—Megan y Alex aún no bajan, vaya conejos —dije más para mí misma que para él.

—¿Megan está aquí? —se levantó rápidamente, casi como impulsado por un resorte.

—Sí, está con mi hermano arriba —hablé sin saber por qué había reaccionado así.

—Me tengo que ir... —se removió nervioso y miró hacia todas partes antes de dejar su mirada en las escaleras.

—¿Por qué te tienes que ir? —interrumpió Lisa, entrando a la sala con Félix a sus espaldas—. Todavía ni comemos, deberías terminar la pizza y luego irte.

Peter la miró raro, queriendo fulminarla con la mirada. Al parecer, esos dos no se llevaban muy bien.

—Porque sí —dijo cortante—. Félix, tengo que hablar contigo —sin previo aviso, tomó al chico por la camiseta y lo arrastró hacia el patio de adelante.

Lisa y yo quedamos solas, sin saber bien lo que había pasado.

—Wow... ¿Qué te paso? —Lisa estaba tratando de contener la risa luego de verme.

—Créeme no quieres saberlo —me levanté del sofá—. ¿Te importaría si voy a bañarme? —alcé una ceja con picardía—. Te puedes quedar con tu enamorado cuando ese otro lo suelte.

—Claro... ¡Oye! ¡No es mi enamorado! —reprochó algo sonrojada.

Me reí un poco y comencé a subir a mi habitación pero antes de entrar noté que los gemidos aún seguían en la habitación de mi querido hermano y decidí acercarme y golpear la puerta fuertemente.

—¡Ey, Alex! —golpeé más fuerte hasta que mis huesos dolieran—. ¡Tienes amigos abajo! ¿Puedes bajar y dejar a esa tipa?

Entré a mi habitación y saqué mi ropa lo más rápido posible antes de quedar pasada a salsa de tomate. Dejé la ropa en el canasto de la ropa sucia y me metí a mi baño esperando que el agua caliente saliera.

Saqué mi *shampoo* y lo esparcí haciendo espuma en mi pelo y repetí el proceso con el acondicionador. Espero no me de alergia la salsa de tomate o la harina. Mi cara se volvería roja... y parecería irónicamente un tomate.

Cuando terminé, salí de la ducha envuelta en mi toalla. Iba tarareando una canción al azar, pero no me esperé encontrarme con Peter en mi cama. Ensuciando todo y mirándome con una cara poco reservada.

—Sal de aquí —le dije señalando la puerta.

—¿Sabes lo caliente que te vez ahora? —su famosa sonrisa apareció en sus labios.

—Sí, lo que digas, ahora sal de aquí si no quieres quedarte sin herederos.

Se comenzó a acercar a mí pero rápidamente lo tomé por el brazo y se lo puse en su espalda.

—Ouch, eso duele.

Comencé a empujarlo a la puerta, noté que el agarre de la toalla no aguantaría mucho. Abrí la puerta de golpe y lo empujé hacia afuera.

Al momento en que estaba cerrando la puerta, él puso su pie impidiéndome cerrarla.

—Necesito bañarme —dijo un tanto más serio.

—Pues ve a tu casa, ¿no te querías ir? —empujé su pie con el mío y le cerré fuertemente la puerta en la cara.

—¡Deja mi jodida nariz en paz! —me gritó desde el otro lado.

Me reí y escuché su risa tras la puerta.

—En el baño de abajo está Lisa arreglándose para Félix, y si voy a la habitación de Alex —hizo una pausa para hacer un ruido de dolor—. Joder, Ann, creo que me la fracturaste —suspiró—, como decía, no creo que pueda entrar de cualquier forma. Además, no quiero ensuciar mi auto.

Solté una risa fingida por su preocupación.

—Vale, princesa. Pero deja que me vista antes —cerré con seguro la puerta y comencé a buscar ropa.

Elegí algo cómodo y decidí dejar mi pelo alborotado y salí de la habitación con una toalla en mano. Peter estaba sentado en el suelo y me miró de pies a cabeza, cuando me vio a los ojos sus labios se movieron y susurró para sí mismo algo que no logré escuchar.

—Listo —le dije, lanzándole la toalla.

—Gracias, enana —la atrapó sin problemas y me golpeó la cabeza con la palma de su mano como si fuera su mascota antes de entrar.

Luego de un momento recordé que el agua empieza hirviendo, estaba por gritarle cuando escuché el bello sonido de que lo había comprobado él solo (el sonido fue un corto y agudo chillido de Peter).

Me acerqué a la habitación de mi hermano y pude notar cómo la puerta estaba abierta y no había nadie adentro. Bajé las escaleras y noté que Lisa y Félix no estaban en la sala, así que me acerqué rápidamente a la ventana que estaba cerca de la puerta y me asomé por una esquina. Estaban sentados en el pasto del jardín de mi casa, parecían relajados. Él comenzó a hacer unos gestos bastantes exagerados, como si contara una historia con lujo de detalles. Lisa reía sin parar y trataba de cubrirse la boca con su mano derecha, para que el rubio no la viera. Félix la miraba con una sonrisa leve, de la forma que a cualquier chica le gustaría ser apreciada.

Creo que están avanzando rápido, y que si alguien no creía en el amor a primera vista tenía que tomar como ejemplo a esos dos.

Decidí que era hora de limpiar. Aunque con todo el desastre que dejamos no me sorprendería que terminara a la madrugada, pero si dejaba esto como estaba, mi mamá nos mataría.

Suspiré y me puse a ordenar todo. Mi estómago rugía como nunca y de a poco me fui cansando y eso que aún me faltaba por limpiar la cocina. No sabía dónde mierda estaban los chicos para que me ayudaran y la única esperanza era Peter... que estaba demorando un siglo en la ducha.

Fui corriendo hasta mi habitación y entré, iba a tocar la puerta cuando escuché que estaba cantando una canción lenta y suave. Aunque me duela admitirlo, este chico musculoso canta bien...

Decidí deleitarme con su voz y me recosté en la puerta sentada en el piso. Su voz era afinada, nunca lo vi venir de él. Me empecé a quedar dormida como si me estuvieran cantando una canción de cuna... Cuando de pronto abrió la puerta y mi cabeza dio contra el suelo de cerámica. Solté un quejido y abrí mis ojos. Vi a un Peter con el pelo mojado y con la toalla que hace poco le había pasado. Me dio una sonrisa confiada y apoyó su brazo en el marco de la puerta.

Vaya... esta vista era perfecta. Quién se imaginaría a un chico con abdominales, brazos musculosos y ojos miel mirándote desde arriba mojado y con vapor de fondo. Mejor que una película porno.

—Te hubieras bañado conmigo si querías verme desnudo —sonrió y me ayudó a levantarme.

—No bromees, Peter. Mi hermano y Félix están mejor que tú —dije, mirando hacia otro lado con una sonrisa.

Lo de Félix era técnicamente cierto, pero la vez que lo vi él tenía 12 y ambos gritamos de miedo. Fue horrible y gracioso.

—Vamos Ann, son bromas —dijo viendo mis labios y relamiendo los suyos.

—Creo que...

Sus ojos se conectaron con los míos. Mi pecho comenzó a subir desesperadamente cuando noté que Peter se estaba acercando a mi rostro.

No tuve tiempo de reaccionar, cuando sus labios estaban sobre los míos besándome desesperadamente, sentí que el corazón se me iba a detener. Me acorraló contra la pared, levantó mi pierna izquierda y la enrolló en su cintura, acariciando con sus manos mis muslos. Con la otra mano tomó mi mejilla e hizo profundizar el beso. «Irradiábamos el deseo que sentíamos uno por el otro», pensé.

—¿Creo que..., Ann? —preguntó moviendo su mano enfrente de mi cara, sacándome de mis pervertidos pensamientos.

Oh... ¿lo imaginé todo? La sangre subió a mis mejillas en el momento en que me di cuenta de que había tenido una mini fantasía sexual con él.

—Deberías ponerte la ropa —hablé demasiado rápido como para ser humana.

—Pero está sucia —sonrió coquetamente.

—Ve a buscar ropa de Alex o no sé... —me di media vuelta para irme.

Me agarró de la muñeca y me giró.

—¿Pasa algo?

—Nada —dije mirando al suelo. No era capaz de mirar a sus ojos porque era vergonzosa la idea de contarle lo que me imaginé.

—Mmm... —tomó mi barbilla y me obligó a verlo—, ¿qué te pasa?

Nuestros labios estaban peligrosamente cerca, si alguien me empujara en este momento... ¿estoy pensando en eso?, ¿en serio, Ann?

—Nada, no me pasa nada —fue lo único que dije antes de cerrar la puerta y bajar al primer piso.

Me senté en la silla y respiré profundamente. El sonido de un mensaje de mi celular me estremeció.

Desconocido: ¡Ey!, ¿haremos el trabajo de Bio? ;)

Traté de recordar a qué trabajo de Biología se refería la persona, pero no me costó acordarme y le contesté algo que de por sí era importante.

Ann: ¿Cómo es que tienes mi número, Jasper?

Jasper: Tengo mis contactos, soy un mago asombroso ;)

Ann: Debí sospecharlo. No sé... ¿podrías venir a mi casa ahora?

Jasper: Claro ;)

Abusador de guiños dónde.

Ann: Tengo un sentimiento de que conoces mi dirección...

No me contestó, así que supuse lo peor. Cuando Peter ya se estaba tardando, subí a ver si no se había quedado husmeando en mi habitación. Una vez llegué, vi que se había quedado dormido en mi cama... sin bóxer ni ropa y con la toalla a punto de dejar ver su trasero desnudo. Hice unos sonidos raros y sentí como mi corazón se estaba a punto de salir por la garganta. Una vez me calmé lo suficiente, entré con rapidez y evité fijarme en lo firme de su trasero para tirar unas sábanas encima de él. No se despertó, así que suspiré con alivio antes de salir.

Oí el timbre cuando estuve a la mitad de las escaleras y me dirigí a la puerta. Se trataba de Jasper, que sonreía alegremente.

—Hola, Ann —dijo sonriente—, comencemos a trabajar.

Eran casi las diez de la noche y nosotros estábamos a cinco preguntas de terminar, solo que estas eran las más largas...

—Jasper, ¿quieres algo de pizza? —dije, estirando mis brazos con cansancio.

—Claro, gracias —me dio una sonrisa sincera.

Caminé hacia la cocina y empecé a rastrear en el refrigerador para llevar algún refresco y la despensa, para llevar algunos dulces con mucha azúcar. Al final de todo, Lisa y Félix habían terminado la pizza solos mientras yo estudiaba con Jasper en la sala. Después, Félix fue a dejarla a su casa. Y, como siempre, no sabía el paradero de Alex.

Al regresar, seguimos inmediatamente con las preguntas, me desconcentraba cuando él comía un caramelo de regaliz y le sacaba el ácido con su lengua. Su mandíbula se movía lentamente y se relamía los labios a cada momento.

Vaya, de alguna forma parecía más serio que de costumbre. Me miró y una sonrisa se

formó en su boca.

—Ann, ¿qué haces?

—No lo sé, te ves diferente a lo de costumbre y estoy tratando de pensar por qué —me encogí de hombros.

Me miró con los ojos entreabiertos y una sonrisa casi inexistente a la vez que se acercaba y yo fruncía el ceño. ¿Por qué se estaba acercando a mí con un rostro de deseo? ¡¿Por qué Jasper estaba a punto de besarme?!

Un fuerte portazo desde el segundo piso resonó por toda la casa y el chico se alejó rápidamente de mí un tanto nervioso por lo repentino del sonido y se levantó.

—Perdón... Emh... Yo terminaré el trabajo en mi casa, ya es tarde —habló rápidamente, tomando sus cosas y dirigiéndose a la puerta.

Lo seguí hasta la puerta y lo despedí.

—Adiós, Ann, descansa —dijo serio.

Entré a la casa un poco avergonzada y encendí el televisor. Luego vi bajar a Peter en bóxer y pasar directo a la cocina.

—¿Ya se fue tu novio? —habló cuando estuvo cerca y comió de mi trozo de pizza, poniendo una cara de aprobación.

—No era mi novio —me levanté y se lo quité de las manos. Nuestras manos se tocaron por un mini segundo—. ¿Cómo sabes que vino alguien?

Mi pregunta la tomó por sorpresa.

—Fui al baño y vi como se besuqueaban.

—¿Sabes que lo que acabas de decir es bastante estúpido? —le reproché y antes que dijera algo lo interrumpí—, hay un baño en mi cuarto.

—No había papel higiénico —dijo en el mismo tono de antes, cortante.

—¿Y por qué diste un portazo?

—Ya para con el interrogatorio —rio.

—¿Qué? Pero si... —puso uno de sus dedos en mis labios, callándome.

Abrió la boca para decir algo pero la cerró. Hecho esto subí las escaleras lentamente, parte de mí quería correr y otra quería que viniera y me dijera que estaba celoso.

Abrí la puerta de la habitación y la cerré con fuerza. Tomé mi iPod y puse los audífonos al máximo. La canción *Safe and Sound* —canción que consideraba un poco gay— me quitaba los pensamientos de mi mente. Me acosté en mi cama mientras miraba el techo, en donde escribía letras de canciones y grupos.

Cerré los ojos tratando de dormir pero todas las cosas que habían pasado hoy se interponían. Mi estómago rugía como nunca..., ¿dejo mi orgullo y bajo con Peter? Saqué mis audífonos e inmediatamente escuché el sonido de un vaso quebrarse. Bajé corriendo las escaleras y me encontré a un Peter furioso tirando cosas y golpeando los cojines... Tenía una mano cubierta de sangre.

—¿Qué haces, Peter? —le grité.

—¡No te importa! —no me miraba, estaba muy ocupado golpeando los cojines y pateándolos.

—Claro que me importa, estás destrozando mi casa.

No me hizo caso y siguió arrasando con todo lo que se le cruzaba. Estaba dispuesta a dejarlo aquí solo e irme a mi habitación, pero en cuanto vi en el espejo su mirada estaba perdida y sus ojos estaban cristalizados.

—Peter, ¿estás bien? —le pregunté suavemente y puse mi mano en su hombro.

—Perfectamente.

La sonrisa con que lo dijo se esfumó apenas apareció. Peter no pudo sostenerme la mirada, de hecho, ni siquiera me miró más de un segundo. Comencé a mirarlo detalladamente y noté como sus pantalones claros estaban teñidos de un fuerte rojo. Estaba completamente vestido, probablemente estaba listo para irse. ¿Qué pasó que se detuvo?

—Quédate aquí, no te muevas —fui hasta la cocina y saqué el botiquín de primeros auxilios que mamá tenía para nosotros.

Al regresar a la sala, Peter tenía la mirada baja, sumido en sus pensamientos. Tal vez no lo conocía mucho, pero parte de mi se sentía un tanto preocupada.

—No me mientas —le reproché inmediatamente cuando llegué a su lado otra vez—. No eres el mejor en eso.

—Estoy bien, Ann, déjame solo —se sentó en el sofá, justo en el lado que estaba lleno de salsa.

—¿Sabes que ese lado es el sucio verdad? —me arrodillé al frente de él.

Una pequeña sonrisa se formó en su boca, y luego se pasó las manos por su rostro en signo de frustración.

—Peter, por favor, dime qué ha pasado.

—Ven —no comprendí, pero pasó un brazo por mi cintura y me sentó en su regazo—. Pronto te lo contaré, ¿sí?, necesito superarlo yo primero —me dio media sonrisa. Vi de cerca sus ojos miel tristes, aguados y con riesgo de soltar lágrimas—. Siento todo este desorden, juro que lo pagaré todo. Me comporté como un niño de tres años.

Me sentía un tanto incómoda por compartir un momento que parecía tan privado y sensible, pero tampoco es que me fuera a alejar si quería apoyo.

—Si no me quieres contar lo entenderé —le sonreí y toqué su mejilla.

—Gracias —hundió su cabeza en mi cuello y me abrazó fuerte.

—¿Por qué?

—Por quedarte conmigo —confesó en un susurro apenas audible.

Le sonreí y me alejé solo un poco.

—Sé que es un gran cambio de tema, pero... ¿te irás a tu casa pronto?

—¿Quieres que me vaya a casa?

—No —dije inmediatamente, mis mejillas se encendieron—, digo, quiero decir... que tu mamá tal vez se preocupará por.

Una leve sonrisa apareció en su rostro y cuando comenzó a levantarse, mi boca no pudo quedarse callada.

—Pero si quieres... puedes quedarte aquí.

«Mi gran bocota la ha cagado otra vez», dije para mis adentros.

—¿Qué quieres decir con eso, Annabella Berries?

—No me hagas repetirlo.

Su risa resonó por toda la sala. No sabía qué estaba pasando por su mente, pero me miraba con picardía.

—¿Aquí? —preguntó lentamente—, ¿o en tu habitación?

—Uh...

Antes de poder decirle que tendría que dormir en la sala, su mano se estrelló en mi rostro y corrió por las escaleras. Lo perseguí gritándole que ni se le ocurriera tirarse a mi cama otra vez, pero cuando llegué a mi habitación él estaba como un niño pequeño esperando a que le contaran un cuento dentro de mis sábanas.

—¿Haremos cucharita?

—Ni lo sueñes, Harrison.

Dejé pasar lo que había pasado abajo, pero de todos modos la curiosidad me carcomía por dentro.

—Buenas noches, princesa —me dijo en un susurro, a la vez que se daba vuelta y se encontraba con una almohada separándonos—. ¡Ey! ¡Esto no es divertido!

Me acerque a él en plena oscuridad y le respondí con una sonrisa.

—Buenas noches a ti también, princesa —le repetí divertida.

Oí su risa muy cerca de mi oído e inmediatamente supe que estaba acostado por la almohada que separaba la cama (en este caso, nuestros espacios personales). Me di media vuelta, y reí ante mi acierto. Una de sus piernas (en este caso la izquierda) estaba encima de la almohada al igual que su cabeza. Al poco rato, noté que sentía su respiración y estoy segura que en ese momento mis mejillas estaban rojísimas. Acaricié mi cabello hasta que su mano dejó de moverse y se quedó así en mi mejilla. Me hubiera dado vuelta o simplemente hubiera sacado su mano pero mis parpados me pesaban tanto y mi cuerpo estaba tan relajado que el simple hecho de hacerlo se sentía lejano.

De todas formas, no estaba segura de querer hacerlo.

Estaba descansando en un columpio viendo como unos niños se tiraban por un resbalín, recibéndolos por abajo por su padre, que al atraparlos les daba vuelta en el aire.

El más pequeño de los niños tenía unos enormes ojos verdes y la niña tenía unos muy lindos ojos miel y un largo cabello castaño.

Vinieron corriendo hacia mí, diciendo palabras que no podía escuchar, comenzaron a darme besos y el más pequeño acarició mi estómago.

Le grité a su padre para que se los llevara pero mi voz no salía... Su padre vino corriendo hacia nosotros y le vi el rostro... ¿Peter? Me depositó un casto beso en los labios y lo único que pude escuchar fueron voces lejanas.

—Agradezco a la profesora de Matemáticas por acercarnos más —recibí un beso en mi mejilla—. En serio me haces feliz, Annabella. Te amo demasiado como para ser verdad.

Desperté sobresaltada y sudada. Ahogué un grito y luego me di cuenta de que Peter

estaba a mi lado. Estaba segura que por prestar atención en Matemáticas, había soñado eso. Peter comenzó a despertarse y retiré su brazo que me rodeaba la cadera. Me senté en la orilla de la cama y pasé mis manos desde mi cara hasta llegar a mi cuello.

—¿Ann? —la voz de Peter me sobresaltó.

—No pasa nada, duerme tranquilo —le dije mientras me estremecía con un hilo de voz.

—Ven aquí —abrió sus brazos.

Lo miré raro y negué con la cabeza. No me hizo caso y me tiró hacia él de todos modos. Suspiré en su brazo por impaciencia y logré ver que ya era tarde para ir a la escuela. A esta hora ya debería estar desayunando.

—Peter... —hizo un ruido para ver qué pasaba—. Ya es tarde, tenemos que llegar a tiempo a clases —gruñí y me zafé de su agarre.

—Cinco minutos más, por favor —se tapó los ojos con su brazo.

Levanté mi cabeza y lo miré. «Te amo demasiado», su voz me vino a la mente y me estremecí.

—Sé que soy hermoso pero no te quedes embobada mirándome...

Sonreí con sarcasmo y me incorporé a duras penas. Vaya... tenía una vista perfecta desde aquí. Sí, había un pote de Nutella en mi escritorio.

Toda la flojera desapareció de mi pequeño cuerpo y traté de salir de la cama para ir a buscar a mi preciosa, pero sentí como la mano de Peter me tomó de la muñeca y me volteé a verlo extrañada.

—Ann...

—¿Sí...?

—Yo creo que... —hizo una pausa.

—¿Qué pasa, Peter? —mi mirada volvió hacia él y vi sus ojos observándome fijamente. Mala elección.

—Ann, ayer... —esta vez un ruido desde la sala lo interrumpió.

Alguien golpeó mi puerta fuertemente y comenzó a tocar ollas.

—¡Vamos, hora de escuela!, ¡hay que ir a clases, Ann! —abrimos los ojos como platos, Alex no sabía que Peter se había quedado—. Peter, ya sé que estás aquí, así que si no están abajo en menos de cinco minutos te golpearé... Sabes que no tengo miedo a hacerlo —canturreó.

Soltamos un gruñido al mismo tiempo. Solté una pequeña risa y me liberé del agarre de Peter.

—Vamos, sabes que no tiene miedo para venir y golpearte —dije, sacudiéndolo.

—Ann... te contaré luego, ¿vale?

—No hay problema —le respondí con media sonrisa incómoda—. Ahora ve a bañarte, tienes una cara de idiota.

—Cara de idiota la que tienes tú —rio—. Iré a mi casa, creo que has tenido mucho de mí por hoy.

—Mucho nunca es suficiente —dije con sarcasmo, más una risa que no me dejaba hablar.

—Vaya, sabía que te estabas enamorando de mí —suspiró y miró el techo. Está claro

que recibió un fuerte golpe mío en su hombro—. ¡Eh! ¿Por qué no puedes golpear como una chica normal? —me reprochó.

—¿Por qué no puedes gritar como un chico normal? —le recordé su grito de niña por el agua caliente y por el susto que le causó Félix.

—*Touché*, cariño —me señaló y entrecerró los ojos—. *Touché*.

Comimos como cerdos porque ya íbamos con más de una hora de atraso a la escuela. A este paso seguramente estaría en detención por el resto de mi vida.

—Bueno, hermosa —dijo Peter al estacionarse en el aparcamiento de la escuela—. Aquí nos separamos, sé que fue una noche genial y que me extrañarás pero...

—Ya, Peter —lo interrumpió Alex con un leve tono de enojo—, ya déjala en paz.

—Nos vemos —dije, despidiéndome con un movimiento de mi mano y bajándome del auto para correr a mi clase.

—¡Nos vemos, hermosa! —gritó Peter con entusiasmo, recibiendo un gran zape de parte de mi hermanito.

Corrí a Biología y noté que Jasper —que regularmente llegaba de los primeros— no estaba. Me senté a esperarlo, un tanto preocupada y avergonzada por lo que había pasado la noche anterior pero bueeeno... Si él no venía, tenía una excusa de por qué no entregué el trabajo...

Princesa: Mi corazón sufre por no estar contigo, tan cerca y a la vez tan lejos amor mío </3

Ann: Creo que te fumaste algo y tienes alucinaciones...

Princesa: No, solo me aburro en Matemáticas Avanzadas, ya sabes... Tienes el novio más sexy e inteligente, bebé.

Ann: Qué raro... no recuerdo tener novio y menos que fueras tú, bebé.

Princesa: Cuando tengamos hijos les contaremos estos momentos en que me negabas... ¡QUÉ HERMOSO!

Princesa: Me dijiste bebé ;)... ese es un comienzo.

Golpeé mi rostro con mi mano y dejé el celular en mi bolsillo. La profesora me miró raro porque al parecer sonó un tanto fuerte el golpe, pero me ignoró y siguió escribiendo en la pizarra. Como no había bloqueado el celular aún, vi que llegó otro mensaje de él y le eché un vistazo por pura curiosidad.

Princesa: Te dejo amor mío, si la fósil me ve con el móvil me lo quitará. Te veo en el almuerzo ;)

Traté de concentrarme y a los pocos segundos llego Jasper corriendo, se sentó a mi lado y me dio un sonoro beso en la mejilla. Estaba muy raro. Todo su cabello estaba desordenado, su ropa consistía de una playera blanca y una chaqueta de cuero negra. Muy diferente a su estilo normal.

—¿Qué tal, amor? —dijo, pasando un brazo por mis hombros, dejándose caer pesadamente en la silla.

¿Amor?... ¿Y a este qué le picó?

—Uh... ¿Jasper? ¿Pasa algo?

—Nada, cariño —dijo, jugando con un mechón de mi cabello—, ¿por qué lo preguntas?

—Berries y Dawson —la profesora bajó sus lentes—. ¿Tienen algo que compartir con la clase?

—Que ahora oficialmente somos novi...

—Nada, profesora —lo interrumpí—. Lo siento.

Jasper me miró extrañado y la profesora prosiguió con su clase.

¿Cree que somos novios?

V

CÓMO MATAR DOS PÁJAROS CON MENTIRAS

ANN

¡¿En serio cree que somos novios?!

—Ann... ¿Qué pasa? —habló el castaño—. ¿Lo quieres mantener en secreto?, respetaré lo que...

—¿De qué hablas, Jasper? —lo interrumpí con una sonrisa y voz nerviosa.

—Ann, no lo niegues —dijo naturalmente—. Yo te gusto, tú me gustas. ¿Por qué hay que escondernos?

—¿Escondernos? —alcé una ceja—. ¿Eh?

Abrió la boca para decir algo, pero la profesora lo interrumpió.

—Berries y Dawson, me cansaron, lárquense —señaló la puerta—. Si tanto quieren conversar, salgan de mi clase.

¡Lo que faltaba!

Tomé mi mochila rápidamente y salí del salón sin mirar ni esperar a Jasper. Comencé a alejarme de la sala y a lo lejos escuché cómo me estaba llamando, así que me apresuré a abrir la puerta donde estaba la piscina de la escuela y esconderme ahí hasta que se fuera.

¿Por qué cree que somos novios si ni siquiera nos besamos? Solo estuvimos a punto.

Apenas entré, vi que había chicos y chicas haciendo natación. Saludé con la mano al entrenador, ya que era amigable y a veces yo le llevaba cafés que la cocinera le

preparaba con esperanza de que se fijara en ella. Me senté cerca para ver cómo nadaban y me tranquilicé un poco al ver el agua clara.

—¿Qué haces aquí sola? —una voz me sacó de mi trance y vi a un chico completamente empapado que algunos lo miraban riendo—. Pensé que una única amiga de mi hermana sería menos rebelde.

—¿Eres hermano de Lisa?

—Sí, y he oído hablar de ti —dijo sonriente.

—¿En serio? —pregunté algo sorprendida—. Nunca me dijo que tenía un hermano.

—Bueno... yo vivo con nuestro padre y ella con nuestra madre —asentí—. Así que es normal que se olvide que tiene un hermano de vez en cuando. Pero aún no me dices por qué estás aquí.

—Me han sacado de clases —solté un risa un tanto incómoda.

—Así que problemática, ¿eh? —se sentó a mi lado—. Soy Ryan —me tendió la mano.

—Ann —miré su mano y cuando se dio cuenta que no la iba a tomar, la sacó.

Sabía que los padres de Lisa estaban separados, pero nunca nombró un hermano. Le sonreí para que se volviera un ambiente más agradable.

—Por lo que veo, prácticas natación —señalé la piscina y me volví hacia él—. ¿Desde qué hora entrenas?

—Desde las 5:00 de la mañana hasta la hora que considere necesaria, se acercan los nacionales —miré mi reloj, eran las 12:45—. Tomé un tiempo para tomar agua, quedé seco —se rio.

¿Soy muy lenta o el chiste no era bueno?

—¿Estás todo el tiempo en el agua y descansas para tomar agua? —le dije irónicamente.

Soltó una risa.

—Tienes muy lindos ojos, Ann.

Gran cambio de tema.

—Mmm... gracias —dije incómoda y luego lo miré a sus ojos cafés—, tus ojos también son lindos...

—Por favor... son solamente azules —dijo bromeando, claramente sus ojos eran cafés—. ¡No como esos ojos, por Dios!

Solté una risa y luego la paré rápidamente. Tomé una gran calada de aire y traté de buscar una salvación. La verdad es que me ponía incómoda hablar con personas extrañas. Ryan era hermano de Lisa, pero no lo conocía tan bien como para hablar normalmente con él.

—Gracias por lo de Lizy —di vuelta mi cabeza hacia él—. Estaba pasando por un mal momento, siempre le dije lo que pasaba con Steven. No hay peor ciego que el que no quiere ver —dijo sacudiendo la cabeza y mordiéndose el interior de la boca.

—¿Lo sabías? —dije sorprendida.

—Nos contamos todo con Steven —puso una mueca—, era mi mejor amigo, pero ahora lo es Lisa... Esto fortaleció nuestra relación de hermanos.

—Con mi hermano la única frase que nos decimos es «pásame el ketchup» —me miré

las manos, sonriendo.

Ryan lanzó una risita y luego detuvo su mirada en la piscina.

—Creo que tengo que ir al agua antes de que me descu...

—Ryan... Ryan... Ryan... —dijo el entrenador sacudiendo la cabeza—. ¿Qué te he dicho de tomar descansos sin mi permiso?

Le sonreí al entrenador y después él fijó su mirada en mí. Me extendió la mano y yo choqué mi palma con la suya para después chocar los puños. Este entrenador también era de básquetbol... Y creo que también de voleibol.

—Ya voy —le sonrió tiernamente al entrenador y cuando este se fue, me miró con una mueca—. Ya me voy... Mándale saludos a Lizy y cuídate.

—Igualmente, Ryan.

—Solo mi madre me llama por mi nombre —me guiñó un ojo.

Dejé mi boca abierta con una sonrisa y luego junté los dientes.

—Entonces te diré Ry —dije con una mueca y luego me reí—. ¿Está bien?

—Está bien... te veo luego —se despidió y corrió hasta la piscina para después meterse. Iba a sacar mis audífonos cuando el entrenador llegó a mi lado.

—Viene la directora, yo que tú, me voy de aquí —dijo, tomándome del brazo y haciéndome correr.

Corrí por el pasillo y cuando pasé fuera del armario del conserje mis ganas no previstas de vomitar aparecieron.

Dios... ¿por qué tengo folladores compulsivos como compañeros?

PETER

Separé mis labios de los suyos cuando mordió y sentí un sabor metálico en mi boca. La morena estaba tan excitada que podría ganarse el primer lugar de todas las chicas con las que he estado.

Pero yo no me sentía igual. No podría, me sentía así con la novia de mi mejor amigo.

—Joder, Megan, ya basta con eso —le gruñí a la vez que me pegaba contra la puerta.

—Te he hecho cosas peores, Peter —susurró en mi oreja, mientras mordía el lóbulo—. Uno más y dejaré de ser una chica mala —soltó una risita y trató de acercarse a mi cuello, pero la aparté.

—No, yo ya cumplí con mi parte.

Sé que esto está mal. Quitarle la chica a mi mejor amigo como si este no la hubiera deseado desde hace años. Fui débil, ella me buscó en una ocasión y no pude resistirme a pesar de que mi cerebro me decía que esto estaba mal. Pero recién ahora me decidí a terminar esto definitivamente, porque no me enteré antes de que Alex tuviera una relación con esta arpía. Y también porque anoche, cuando dormí con *ella*, fue una de las mejores cosas de la vida. Nunca había dormido sin llegar a besos o a sexo... No digo que Ann me guste, de hecho, no me va a gustar nunca. Repito, *nunca*. Todos estos «sentimientos» y las fantasías que tengo con ella no llegarán a más... Pero me hizo darme cuenta de que puedo aspirar a más que esto.

—Megan, esto tiene que acabar, me dijiste que esta sería la última vez.

—Claro, nos vemos mañana —sonrió y me besó cortamente en los labios. La tomé con firmeza del brazo.

—Me parece que no entiendes... esto entre tú y yo se acaba aquí y ahora mismo.

—Vamos, sabes que no me puedes dejar así como...

Salí del cuarto enseguida y me alejé de ahí desordenando mi cabello con ambas manos. Sonó el timbre que marcaba la salida y fui primero que nada al baño a lavarme la cara. Aún tenía que decirle toda la verdad a quien se la merecía.

No había visto a Alex en todo el día, y terminé interpretando eso como una señal de que no debía decirle al menos ahora. Tampoco me topé con Ann y por un momento pensé que se había ido con él, pero cuando llegué a la entrada, una pequeña figura estaba sentada en la escalera y sonreí un poco. Me acerqué y le tapé los ojos con ambas manos.

—¿Qué quieres, Jasper? —dijo Ann sin ganas.

—Me ofendes —le respondí sacando las manos de sus ojos—. ¿Qué haces aquí como un gatito abandonado?

—Alex se fue a no sé dónde —suspiró pesadamente—, y no tengo en qué irme. Mi patineta está en su auto.

—Te llevo —le tendí la mano pero ella dudó un poco—. Vamos... No muerdo, a menos de que eso quieras —la miré con una sonrisa.

—Ya vamos —me apartó de su camino y empezó a caminar.

Miré cómo caminaba y fruncí el ceño. Era imposible que sintiera algo por ella.

—¿Vas a moverte o no? —se dio vuelta y me miró fijamente. Sonreí.

Fuimos hasta mi auto y le abrí la puerta del copiloto. Me dedicó una sonrisa y entró a este. Un grupo de chicos que estaban en mi equipo de básquetbol me levantaban el pulgar en señal de que estaba buena. Derek, un defensa, hacía su silueta en el aire. Lo señalé y pasé mi pulgar por mi cuello, amenazándole.

Subí al asiento del conductor y comencé a conducir a su casa.

—¿Quieres hacerlo en tu casa? —pregunto Ann.

Abrí los ojos como platos y susurre un *qué mier...*

—No seas perverso, te preguntaba si quieres hacer las tutorías en tu casa, la mía está oficialmente prohibida después de que mi mamá viera el desorden que causamos —negó y miró por la ventana.

Al momento en que lo dijo la sangre subió a mi rostro... recordar haberle cantado en la cocina y susurrarle antes que se durmiera que soñara conmigo porque yo lo haría. ¿Quién pensaría que yo diría eso? Normalmente digo esas cosas de broma, pero la noche anterior juro que no sé qué me pasó. Sentí su olor, no el de su colonia, sino su olor corporal y simplemente me dejé llevar por la sensación que me provocaba. Sí, eso tal vez significaba decir mis sentimientos hacia ella...

¿Qué digo? ¿Sentimientos hacia ella? Me he repetido todo el jodido día que no siento algo por ella...

—Peter... —salí de mi reflexión mental—. ¿Qué es esto? —preguntó Ann, levantando

unas bragas rojas con un palo de helado.

—Me lleva la... —no pude terminar ya que Ann me miró con los ojos inexpresivos.

—Para el auto —me miró fijamente—. ¡Ahora!

Antes de poder parar completamente, Ann salió y dio un portazo que me hizo estremecer. Detuve el auto y luego salí dándome toda la vuelta por atrás para alcanzarla mientras caminaba.

—Ann —comencé a seguirla—. ¡Espera!

—Aléjate —dijo en tono frío y siguió caminado—. No tienes por qué darme explicaciones.

—¿Estás celosa o qué? —me detuve. Poco después, ella lo hizo también.

Y lo que faltaba... como una película romántica se puso a llover, solo que por la frustración en la cara de Ann la película parecía de terror.

—¿Celosa? —se rio como si le hubiera contado el mejor chiste de la historia—. No, solamente me decepciona saber que eres tal y como pensé.

Se deslizó la manga de su sudadera por el rostro y me observó con... ¿furia?, ¿asco?... no, con decepción. Su mirada me provocaba darme una y mil palizas yo mismo, pero ella simplemente se alejó caminando, trotando y después... Después corriendo.

No sabía qué hacer, estaba inmóvil.

¿Por qué no me golpeó?, ¿o insultó?

La lluvia que caía en mi cara me sacó del trance y comencé a seguirla. No la veía por ninguna parte y cuando creí haberla encontrado me detuve en seco.

Un chico la estaba abrazando pero ella negaba con la cabeza y lo apartaba. Hasta que él le tomó las mejillas y Ann lo miró con una expresión de tristeza. Él la acercó a él y comenzó a acariciarle la cabeza de manera familiar, para después preguntarle algo que no lograba escuchar. Ella negó con la cabeza y lo abrazó fuertemente otra vez.

Un sentimiento me quemaba en mi pecho, sentía que el corazón se me iba a salir por la boca. Se subieron a un auto y tuve por certeza que ese idiota la iba a llevar a su casa. Me balanceé hacia atrás y puse el gorro de mi polerón en mi cabeza. Caminé lentamente, restregándome la manga por mis ojos y golpeándome la frente reiteradas veces.

Me sentía pésimo. Verla así... era justo lo que yo no quería. Hacer sufrir a alguien hasta el punto de que tenga esa mirada por mi culpa.

Conduje hasta el lugar que iba siempre con los chicos. Era temprano, pero no me importó. Entré y me senté en la barra, esperando a que tomaran mi orden. Casi como algo normal.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó el chico que atendía la barra del bar.

Estaba tan sumido en mis pensamientos que ni siquiera me acuerdo de lo que pido siempre.

—Lo más fuerte que tengas —hablé secamente.

Necesitaba valor para hacer semejante estupidez.

No sé si tomé mucho o poco, pero sé que salí del bar y era casi de noche. Conduje mi auto hasta la casa de Ann y cuando llegué repasé el discurso que le había preparado. Luego de varios minutos me propuse a bajar y decirle claramente las cosas que había en mi cabeza. Golpeé la puerta, me importaba una jodida mierda de que hubiera timbre. Cuando esta se abrió, cerré los ojos inmediatamente y empecé con mi discurso.

—Escucha, Ann, perdona por todo lo que te dije, hice y por ser un total hijo de ...

—¡Ann, te buscan! —gritó una voz masculina.

Abrí un solo ojo para después abrir los dos rápidamente. Él me miraba con una sonrisa engreída y una expresión que reflejaba plena confianza.

—¿Quien, Ry? —preguntó Ann desde adentro.

Ry...

El idiota sonrió mucho más y giró un poco su cabeza para adentro.

—¡Un chico! —gritó—. ¿Disculpa, tu nombre? —me preguntó de forma burlesca.

—Peter —le contesté frío.

—¡Peter! —gritó.

La respuesta de Ann tardó en llegar. De hecho, no llegó. El chico estaba cerrando la puerta con un leve encogimiento de hombros, pero Ann —mi umpa lumpa de 1,50m—, llegó al pasillo y me miró. Su mirada quemaba mi pecho. O no sé si era la sensación de todo el tequila que había tomado.

—Vete —se cruzó de brazos y caminó hacia la sala, sentándose.

—Deberías pasar —me dijo de forma amable y fingida—. Soy Ryan —me tendió la mano y yo me le quedé mirando, sin estrecharla.

Pasé al salón y vi a una Ann en pijama. Me miraba con una cara de desprecio.

—Hay que hablar —dije, sentándome a su lado.

Levantó una ceja, desafiante. Se alejó de mí y pude sentir la tensión en el ambiente, interrumpida por ese imbécil.

—Creo que será mejor que me vaya —«creo que sería mejor que te mueras», pensé—. Di lo que quieras, lo arruinarás de todas formas —susurró solo para mí y cerró la puerta tras de sí.

Mejor que te mueras.

ANN

Miré fijamente a Ryan mientras se iba y cuando cerró la puerta, me preparé mentalmente para lo que fuera que viniera a soltar Peter. El silencio predominó en la habitación, por lo que cuando ya estuve cansada de los rodeos y de que siguiera en mi presencia, lo interrumpí antes de hablar.

—Ya, suéltalo —me crucé de brazos con expresión aburrida—. Seguramente me dirás que todo fue un error, que nunca quisiste que viera eso... que te arrepientes —lo miré fijamente y él abrió la boca, sin decir ninguna palabra—. Lo sabía... Eres tan poco original que incluso hueles a alcohol.

Me decepciona en cierto modo. Trató de acercar su mano a mi mejilla y me levanté rápidamente.

—Aléjate de mí —dije entre dientes—. No quiero ni saber por dónde han estado esos dedos.

Soltó una risa y negó con la cabeza. Se acomodó en el sillón y lanzó una risa más fuerte.

—¿Es tu novio? —levantó una ceja y cuando yo me le quedé mirando él sonrió—. Claro que lo es... ¿Dónde se conocieron? ¿Ya te lo metió? —casi me tiró las palabras como si le hablara a alguien despreciable.

—¿Qué?! —pregunté, golpeando su mano, que había tratado de volver a acercarla a mí.

Él se levantó a duras penas, quedando frente a mí y provocando que lo mirara hacia arriba.

—¡Primero que todo no es mi novio! —tomé una pausa para relajarme—, y si vienes a mi casa solo para confundirme con tus zorras puedes irte por dónde llegaste.

—¿Eres estúpida? —me gritó.

¿Y este qué mierda?

—¡Pero qué mierda, Peter! —solté furiosa—. ¿¡Qué es lo que te pasa!?

—¿No te das cuenta? —continuó gritando.

—¿Darme cuenta de qué? —mis ojos se cristalizaron y arrugué la nariz.

Peter pestañeó rápidamente y miró hacia arriba.

—Siempre haces todo difícil, ¿no? —se acercó más a mí y bajó la cabeza para mirarme—. Siempre haciéndome la vida imposible, pequeña.

Le di un fuerte golpe con mi puño en su mandíbula haciéndolo tambalear.

—Al menos cambiaste de lugar —dijo, sobándose la zona afectada.

—Vete de mi casa ahora... —dije remarcando todas las palabras.

—¡No! —me gritó—. ¡He venido a disculparme!

—¡Pues, vaya forma! —exploté—. ¡Ahora fuera de mi...!

—¡Joder! —me interrumpió, parecía furioso—. ¡Estoy ebrio, cansado, estresado y por primera vez estoy aprovechando mi estado de borrachera para tratar de decirte me que gustas!